

Premio Azorín de Novela 2020

Mónica
Carrillo
La vida
desnuda



Premio Azarín de Novela 2020

Mónica
Carrillo
La vida
desnuda



lectuepubgratis.com

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Premio Azorín de Novela 2020](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Mi vida](#)

[Vida 1](#)

[Vida 2](#)

[Vida 3](#)

[Vida 4](#)

[Vida 5](#)

[Vida 6](#)

[Vida 7](#)

[Vida 8](#)

[Vida 9](#)

[Vida 10](#)

[Vida 11](#)

[Mi vida privada](#)

[Vida privada 1](#)

[Vida privada 2](#)

[Vida privada 3](#)

[Vida privada 4](#)

[Vida privada 5](#)

[Vida privada 6](#)

[Vida privada 7](#)

[Vida privada 8](#)

[Vida privada 9](#)

[Vida privada 10](#)

[Vida privada 11](#)

[Vida privada 12](#)

[Vida privada 13](#)

[Vida privada 14](#)

[Vida privada 15](#)

[Vida privada 16](#)

[Mi vida secreta](#)

[Vida secreta 1](#)

[Vida secreta 2](#)

[Vida secreta 3](#)

[Vida secreta 4](#)

[Vida secreta 5](#)

[Vida secreta 6](#)

[Vida secreta 7](#)

[Vida secreta 8](#)

[Vida secreta 9](#)

[Vida secreta 10](#)

[Vida secreta 11](#)

[Vida secreta 12](#)

[Vida secreta 13](#)

[Vida secreta 14](#)

[Vida secreta 15](#)

[Vida secreta 16](#)

[Vida secreta 17](#)

[Vida secreta 18](#)

[Vida secreta 19](#)

[Vida secreta 20](#)

[Créditos](#)

PlanetadeLibros



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Una llamada de teléfono lo cambió todo. Cuando Gala emprende el viaje para despedirse de su abuela Rosario no puede imaginar que pronto descubrirá que nada es lo que parece en su familia: a pesar de las apariencias, o precisamente por ellas, todos tienen una vida pública que muestran al mundo, una vida privada reservada para unos pocos y una vida secreta que permanece oculta para todos.

Poco a poco, Gala irá destapando las distintas capas que envuelven a sus padres, a su hermano Mauro y a su tía Julia. Y en la cima de tantos descubrimientos hallará aquello que siempre buscó y que se le resistía: el amor sin condiciones.



LA VIDA DESNUDA

Mónica Carril o

Premio Azorín de Novela 2020

Esta novela obtuvo el Premio Azorín de Novela 2020, concedido por el siguiente jurado: Reyes Calderón, Manuel Cifo González, Juan Eslava Galán, José Ferrándiz Lozano, Luz Gabás, Julia Parra, que actuó como presidenta del jurado, Belén López Celada y Amparo Koninckx Frasset, que actuó como secretaria sin voto.

La Diputación Provincial de Alicante y Editorial Planeta convocan y organizan el Premio Azorín de Novela. Editorial Planeta edita y comercializa la obra ganadora.

A Álex y a Vega.

Por enseñarme nuevas formas de amar

Me doy cuenta también de que he vivido tres

vidas: la vida pública, la vida privada y la vida secreta.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Mi vida

Vida 1

La culpa me pesa desde el día en que maté a mi abuelo. Llevaba más de un año postrado en una cama tras sufrir un ictus que le había dejado medio cuerpo paralizado. La hemiplejía había relegado la vida del yayo Fermín a una habitación, donde su único entretenimiento era mirar el techo y las paredes recubiertas de gotelé, en las que imaginaba siluetas y rostros de otras vidas que pudieron ser.

Aquel día su cuerpo dijo basta. Esa fue la versión oficial del equipo médico que lo atendió durante todo el proceso degenerativo, aunque yo, y nadie más que yo, sabía la verdad. Aquel 15 de septiembre de 1995 su nieta Gala cortó el fino hilo que sujetaba a Fermín a la vida.

Para entonces mi abuelo ya no era mi abuelo. Ya no hablaba y apenas nos reconocía. Con suerte algunos días, sobre todo a primera hora de la mañana, lograba abrir los ojos y sonreírnos con la mirada. Al menos eso interpretaba yo, o eso quería entender de sus escasos gestos. En algunas ocasiones, mientras le acariciaba el entrecejo para que lo relajara, me apretaba suavemente la otra mano. Como diciendo: «Aquí estoy. Te siento y te agradezco la compañía y tus caricias. Sigo vivo, Gala».

Fermín fue muchas cosas, pero en el carné de identidad se podía leer que su profesión era la de practicante. Nos ponía las inyecciones con una destreza que no he vuelto a ver en nadie tantos años después. El abuelo hervía el material en una cazuela para

esterilizarlo y lo reutilizaba luego en cada una de las nalgas que se le ponían a tiro. Aquella diminuta sala de tortura tenía un olor muy particular. Una mezcla de alcohol, medicamentos y miedo. Porque el abuelo sería muy diestro y atinado en lo suyo, pero eso no impedía que mi hermano y yo tembláramos cada vez que nos tenía que pinchar el antibiótico con aquella aguja cargada por el mismo diablo.

Fermín el Agujas, el Espadachín, el Lanzaflechas: al abuelo le acompañaban muchos mote en el pueblo. Mi favorito era el de Azotaculos. Y era cierto. El ritual siempre se repetía: cogía una gasa y la empapaba en alcohol, te daba unos golpecitos en el glúteo y te hincaba la aguja sin piedad hasta descargar todo el contenido de la inyección. Una vez que el émbolo tocaba el extremo, el abuelo repetía las mismas palabras: «Bueno, pues ya está. ¿Has visto como no ha sido para tanto? Miedica, que eres una miedica». Y se reía.

Los días previos a su muerte, su salud había empeorado mucho y los mayores —como mi hermano y yo llamábamos a los adultos en aquellos tiempos— decidieron ingresarlo de nuevo en el hospital.

Ya no salió de allí con vida. Lo intubaron, oxígeno, suero, sondas...

Aquel sí que ya no fue mi abuelo nunca más. Mi recuerdo de aquella nueva habitación era aún peor que el que conservaba de su casa. En el hospital compartía el reducido espacio con otro paciente, un hombre con una enfermedad terminal a quien, como a Fermín, le quedaba un resuello de vida.

Fueron cuatro o cinco días de internamiento en los que apenas pudieron hacer nada por él. «Se trastornó anoche», dijeron mis padres a la tía Julia. Con ocho años, yo no era capaz de saber a qué se referían exactamente. ¿Qué tipo de trastorno tendría el abuelo? ¿Acaso era posible empeorar más? Yo lo miraba y veía las

llagas de las caderas en carne viva, las extremidades retorcidas y la inapreciable masa muscular, fruto de la apisonadora del tiempo que juega en contra. A mi mente inocente e infantil le parecía imposible que hubiera algo peor que aquello. Pero lo hubo.

Hay veces en las que, por muy luminoso que se haya despertado el día, en nuestra casa anochece pronto. Aquel iba a ser uno de esos días.

Veinticinco años después de ese 15 de septiembre de 1995 recibí una llamada que me transportó en el acto a aquel momento: a la noche en que le quité la vida a mi abuelo.

Vida 2

Existen personas a las que sabes que no podrás olvidar en toda la vida, pero llega un día en el que dejas de quererlas.

No fue mi caso. Nunca llegó ese día. El tiempo solo curó las heridas que ya no importaban, lo intrascendente, lo que era ajeno a mis sentimientos. Prácticamente nada.

Fuera llovía. Era una de esas tardes en las que está justificado enfundarse el pijama y arroparse con la manta sin salir de casa, y justo eso había decidido. Estaba dibujando ensimismada en mis bocetos cuando sonó el teléfono. Sin saber por qué, me inquietó.

«Qué raro —pensé—, si ya nadie me llama al fijo.» Fue un mal presagio, aunque al segundo siguiente lo estaba achacando a alguna operadora telefónica dispuesta a tentarme con una oferta.

Me equivocaba.

—¿Sí?

—Hola, preguntaba por Gala.

Era la voz de un chico joven. Tenía un timbre agradable.

—Sí, soy yo.

—¡Hermanita! Soy Mauro. Perdona, no te había reconocido.

Me quedé bloqueada, aturdida, paralizada. Mi hermano nunca me había llamado al fijo, no sabía a qué venía aquello. Otra vez el mismo presentimiento.

—¡Vaya sorpresa! —acerté a decir al fin—. Yo tampoco te había reconocido. Qué raro que me llames a este teléfono.

—Tienes el móvil apagado.

Lo miré: sin batería.

—¿Va todo bien? —pregunté, directa al grano.

—Bien... Bueno, más o menos. Te llamo por papá. Me ha pedido que lo haga.

—¿Qué le ocurre? —me apresuré a preguntar.

—No, tranquila, él está como siempre, Gala. Es la abuela...

Mi corazón se agitó con violencia y sentí que me mareaba y me fallaban las piernas. Me acerqué con el inalámbrico al sofá donde un momento antes disfrutaba plácidamente de la entrada del otoño y me senté despacio.

—¿Qué ha ocurrido, Mauro? No me asustes.

—Bueno, el diagnóstico es complejo, pero por la evolución de las últimas horas, creo que no hay mucho margen de mejora. Gala, la vida de la abuela se apaga y hemos creído que deberías saberlo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la abuela?

Lancé la pregunta con un grito seco, desesperado, mientras un intenso dolor se instalaba en mi garganta y me comprimía las cuerdas vocales, impidiéndome articular correctamente las palabras.

La voz me temblaba al compás de las manos, que de repente se tornaron frías como el cristal que tenía delante. Esa ventana a través de la cual había contemplado el paso de las horas, vacías de todo salvo de recuerdos.

—Está en el Hospital del Norte. Hemos preferido que la ingresen aquí porque así puedo tratarla yo mismo. Ahora estoy de guardia —

añadió mientras yo pensaba si sería más rápido el puente aéreo o un AVE a Madrid.

Vida 3

Me dejé caer a plomo en el asiento: coche 11 del AVE Sants-Atocha, ventanilla.

Había llegado por los pelos después de una carrera hacia el control de seguridad, de un traspie que me lanzó de bruces contra el suelo camino de los andenes y de un esprint final con la mochila para viajes relámpago a la espalda, mientras el último revisor gritaba: «¡En un minuto cerramos puertas!». El doble pitido de aviso me pilló en el aire, literalmente, saltando para salvar los escalones y no quedarme en tierra.

No podía creerme lo que habían dado de sí los últimos cinco minutos.

Por lo general, el tiempo, y en muchas ocasiones también la vida, me pasa por encima. Las horas transcurren lentas y rápidas a la vez. Y yo continúo impertérrita, haciendo caso omiso al devenir de las rutinas.

Siempre ha sido así. Desde niña he tenido una enorme facilidad para quedarme embobada observando el aleteo de una mosca, la laboriosa tarea de una hormiga que carga con una pipa o las mil y una imágenes distintas que adivino en el suelo de mármol en casa de mis padres.

—Gala, ¿qué haces? —me preguntaba más de una vez mi padre desde el otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—Estoy en mi trono, que para algo soy una princesa —le respondí ufana en una ocasión.

—¿Todavía seguís ahí, alteza? Se os van a dormir las piernas. —

Mi padre siempre fue muy rápido en las respuestas.

—Mejor. Si se me duermen, quizá sueñen con algo bonito —le contesté igual de deprisa.

Nos encantaba hacer eso. Era como jugar un partido de tenis que se va convirtiendo en otro de *ping-pong*; cada vez las respuestas más veloces y el ritmo más endiablado. Escuché la risa de mi padre desde el otro lado, pero ya no dijo nada. Esperó a que se abriese la puerta para espetarme a bocajarro:

—¿Y bien? ¿Con quién han soñado esas piernas dormilonas?

—Han tenido un sueño tórrido con otras piernas estilizadas mientras fantaseaban con enfundarse en unos pantalones pitillo de cuero.

— *Touché*. —Mi padre se inclinó haciéndome una reverencia—.

Habéis ganado la batalla dialéctica, princesa —dijo mientras yo sonreía satisfecha—, pero cerrad la puerta del inodoro para que no se escape el búfalo, porque visto el hedor que sale de ahí dentro, se lo han traído aquí para el curtido.

La réplica borró de un plumazo mi orgullosa sonrisa de niñaata y me volvió a confirmar que era imposible rebatirle sin que saliera victorioso del envite.

Vida 4

La llamada de Mauro la víspera de mi viaje me había instalado en una angustia de la que intuía que me costaría salir, aunque a decir verdad ya llevaba un tiempo coqueteando con la tristeza.

Concretamente ciento diecisiete días, los mismos que hacía que Hernán y yo habíamos roto. El que pensaba que iba a ser el hombre de mi vida, el futuro padre de mis hijos, mi compañero de viaje, ya no viajaba conmigo. Llevaba sin verlo tres meses, veinticinco días y diecisiete horas.

Ahora, el jarro de agua fría del empeoramiento del estado de salud de la abuela Rosario iba a hacerme bucear aún más en la melancolía, un terreno en el que empezaba a sentirme preocupantemente cómoda.

Había elegido el coche 11 con toda la intención. No solo porque es mi número de la suerte, sino también porque es el vagón del silencio. Ese lugar en el que pagas porque en tu entorno se mantenga la quietud y, además, tienes legitimidad moral para pedir a cualquiera que se calle sin ningún reparo. Esa es la teoría. En la práctica, hay personas que no entienden así como así lo que quiere decir «vagón del silencio» y lo interpretan a su antojo.

Desde conversaciones por WhatsApp en las que no se ha bajado el volumen del tono del teclado hasta el sonido de llamada de una canción machacona que no sonaría ni en la discoteca del

polígono menos recomendable de las afueras. Eso me sucedió una vez, y el propietario del Smartphone —que muy inteligente no tenía que ser si

permitió que le cambiaran el tono por aquella música del infierno—

me observó y me perdonó la vida con una mirada que en realidad me estaba diciendo: «Me voy a salir a hablar fuera del vagón porque quiero y porque en el fondo soy un tipo majo».

Aun así, torturó al resto del pasaje con aquella canción hasta que, por fin, descolgó la llamada y se desvaneció como una sombra etérea en la intersección de los dos convoyes.

En otra ocasión, una señora llamó a su marido y a sus tres hijos para decirles —uno por uno— que ya estaba sentada en el tren y que en breve saldría el tren de la estación y que el tren llegaría a Valencia en dos horas y quince minutos. «Bueno, cuelgo que ya se mueve el tren.»

Finalmente tuve que girarme para recordarle a la señora que estábamos en el vagón del silencio. Ella, muy amable, me sonrió y me dijo: «Ya, ya lo sé, por eso he colgado en cuanto se ha movido el tren».

Como si el valor del silencio solo durara el recorrido en sí mismo.

Antes de partir y una vez en la estación de destino todo valía: conversaciones en voz alta, contemplar embelesados vídeos de los nietos en Dolby Surround o explicar a su compañero de viaje todo lo que le acababa de decir por el móvil a su marido y sus tres hijos.

Tengo que reconocer que en el fondo me provocó cierta ternura aquella señora e incluso le sonreí cuando me respondió con aquella sonrisa de «seño, ya he terminado, ¿puedo salir al patio a jugar?».

No quería decirle nada más ni escucharla pronunciar de nuevo la palabra *tren*. Y lo dejé correr.

Cuando conseguí recuperar la respiración y calmarme ligeramente, entré en el silencioso espacio. Todavía persistía un leve jadeo tras la carrera que acababa de echarme. Encontré mi sitio,

dejé la mochila en el compartimento superior y me senté en uno de esos asientos enfrentados.

Delante de mí viajaban dos chicos australianos que llevaban tres meses recorriendo Europa. Chris y Hugh eran bastante guapos, bastante rubios y bastante morenos de piel. Lo cierto es que eran

«bastante todo».

Habían recorrido Croacia, Italia, Suiza y Francia, y este último mes era el turno de Portugal y España. Oporto, Lisboa, Sevilla, Málaga y Granada, y después de pasar una semana en Barcelona, viajaban a Madrid unos días. Tras su aventura por la península Ibérica, solo les quedaban las islas Baleares, y vuelta a casa. Al menos, esos eran sus planes de momento.

Todo eso me explicaron en el bar del AVE mientras tomábamos una cerveza, porque en el vagón del silencio no se podía hablar y seguramente alguna pasajera neurótica como yo se habría

quejado si nos hubiésemos puesto a conversar.

Minutos antes de salir con destino a la cafetería, yo andaba ensimismada mirando el paisaje a ratos y buscando fotos antiguas en el teléfono. A mi lado no viajaba nadie y el asiento lo ocupaba mi bolso. Uno de los chicos que iban sentados enfrente me preguntó de un modo muy educado si me importaba que dejara en aquel sitio su mochila con el portátil. Su inglés fue tan pulcro y cortés que le pregunté si eran británicos. El chico sonrió y bromeó: «Creo que me he pasado en mi intento de parecer formal. ¡Para nada, somos australianos!», dijo riendo.

Respondí con otra sonrisa y seguí buceando en los recuerdos que de manera torticera me empeñaba en buscar en el álbum del móvil.

Allí estaban algunas fotos que había escaneado del verano del 91

en Murcia. Mis abuelos habían alquilado una casa frente a la playa y

me fui con ellos dos semanas. Fueron unas vacaciones inolvidables.

La instantánea de mi huesudo cuerpecito junto a un cubo de plástico verde y un rastrillo naranja me trasladó a aquel caluroso día.

El abuelo Fermín había madrugado mucho para bajar temprano a la playa y clavar la sombrilla en lugar preferente. Estábamos en primera línea, y sentada en su sillita la abuela podía mantener los pies en remojo si lo deseaba. Él prefería permanecer en la sombra mientras leía una novela de caballerías. Eran unos libros finísimos de hojas amarillentas que bien podrían haber sido papel de liar. En la nevera llevaba dos cervezas y fruta cortada. A media mañana siempre se cumplía el mismo ritual; yo salía del agua, me acercaba corriendo a la orilla y solicitaba mi avituallamiento: «¡Tengo hambreeeeee!». Era una manera de comunicarnos perfecta. Antes de pronunciar la última «e» arrastrada, ya tenía en mis manos la tartera con la sandía o el melón troceado.

«No salpiques al abuelo.» «Cuidado con las medusas.»

«Quédate en la orilla.» «Venga, el último baño y nos vamos a comer.»

Aquellas frases de veranos que parecían interminables se presentaron de golpe en el viaje que estaba emprendiendo hacia la despedida definitiva.

Desde el asiento de aquel tren tan veloz como el paso del tiempo me llovieron encima los recuerdos de una infancia que estaba a punto de irse para siempre. En unas horas diría adiós a la abuela, a llamar «abuela» a la abuela. Adiós a preguntar dónde pasaríamos la Nochebuena para ponérselo más fácil a ella. Adiós a esas manos que me hacían la coleta tirante y me bañaban en colonia fresca.

Adiós a «no te pelees con tu hermano», adiós a «ven y dale un beso a tu abuela, que es la que más te quiere del mundo».

La cascada de momentos y emociones que habían forjado mi niñez cabalgaban a sus anchas, me comprimían las arterias y me agitaban el pulso. Cuando llegué a una foto de la abuela con la tía

Julia, el nudo en la garganta se hizo insostenible y acabó concentrándose en dos lágrimas que rodaron mejillas abajo. Fueron la espita que se abrió y desencadenó lo que vino después.

El goteo se tornó incontrolable. Me puse las gafas de sol para tratar de disimularlo, pero fue inútil.

—¿Va todo bien? ¿Necesitas algo? —preguntó uno de mis compañeros de viaje al darse cuenta.

—Sí, todo bien, gracias. —También sabía mentir en inglés—. No es nada. Solo un momento difícil.

—Vamos a ir al bar a tomar algo, vente. —La oferta sonó tan tentadora que no pude negarme.

—Vale —me limité a decir mientras me secaba ya sin pudor las lágrimas que seguían trazando surcos en mi cara.

Nos levantamos y cambiamos el vagón del silencio por el vagón restaurante.

Vida 5

Antes incluso de las presentaciones oficiales, me dieron una botella de agua y me invitaron a relajarme y a respirar.

Lo cierto es que me resultaron muy amables y se lo hice saber.

También traté de justificar mi momento de debilidad. Muy someramente les expliqué el motivo de mi viaje fugaz a Madrid para ver a mi abuela enferma. Lo comprendieron e intentaron distraer mi atención sacando otros temas de conversación. Y lo consiguieron: su año sabático dedicado a viajar y a conocer Europa daba para una charla entretenida, interesante y más ligera en intensidad. Justo lo que necesitaba en ese momento.

Hugh era alto y tenía el pelo ligeramente más oscuro que Chris.

Ambos hablaban con la sonrisa por delante como carta de presentación. Desconozco si aquello sería una seña de identidad del australiano medio o si el hecho de estar varios meses de viaje te grababa en la cara una sonrisa.

Apuesto por lo segundo.

Apurábamos la primera cerveza cuando el teléfono de Hugh comenzó a sonar. Era una videollamada. En la pantalla apareció la foto de una chica muy guapa y las palabras *Cate is calling*. Él se encogió de hombros.

—El deber me llama, muchachos —dijo guiñándonos un ojo. Y

salió del vagón restaurante para tener más privacidad.

—Espero que no sea Cate Blanchett o yo misma iré a hablar con ella y le pediré matrimonio —le dije a Chris.

—Si fuera ella, ya le habría pedido matrimonio yo —me respondió tras una carcajada—. Siento decepcionarte, pero ni ella es Cate Blanchett ni él es Hugh Jackman. ¡Ni en Australia somos todos actores!

Ambos nos reímos con su comentario y chocamos las latas de cerveza.

—Un momento —reflexioné en voz alta—. Entonces ¿no conoces a Nicole? ¿No serás excuñado de Miley Cyrus? Confiesa, Chris:

¿Pasabas las Nochebuenas con Hannah Montana y Elsa Pataky?

La carcajada de Chris resonó en todo el vagón.

—Entiendo por tu reacción que no. Menos mal. —Le sonreí con una mirada cómplice—. Es que si fuera así, no me atrevería a pronunciar tu apellido.

A esas alturas, la cerveza ya hacía acto de presencia y me había soltado la lengua. Y, como siempre, mi Pepito Grillo comenzó a lanzarme mensajes:

«Eres la hostia, Gala, la abuela se está muriendo y te pones a charlar con dos desconocidos en el AVE».

Intenté ignorarla —ignorarame—, pero la voz de mi conciencia siguió haciendo lo que mejor sabe hacer. Lo que lleva haciendo desde que tengo uso de razón: joderme la vida.

«Has pillado el primer tren disponible, te piras a Madrid porque la abuela está enferma, ¿y te pones a decir chorradas? Deberías estar preocupada, compungida, y no bebiendo cervezas con ese tipo.»

«¿Tan malo es querer despejarse un rato? ¿Es un crimen distraerse, pensar en otra cosa?», me revolví contra mí misma.

«Tú verás, Gala.»

Conseguí acallar la conciencia y me percaté de que Chris había empezado a contarme el motivo por el que se habían lanzado a esta aventura.

—¿Que qué hago aquí, a veinte mil kilómetros de casa? ¿Que por qué hice la maleta y me eché el mundo a la espalda?

Supongo que eso debía de habérselo preguntado yo, sin ser consciente.

—Por una chica. Bueno, para recuperarme de la ruptura con una chica —confesó al tiempo que se encogía de hombros y ponía una mueca que quería pasar por sonrisa, como si intentara contener aquel dolor que lo había acompañado durante meses.

Al escucharlo, su historia me pareció mucho más interesante que cualquier disputa con mi moral y mi culpa.

—¿Así que un desamor te empujó a emprender este viaje?

Bueno, un año sabático no es tan mal plan. Quizá se lo tengas que agradecer a la chica al final.

Me sonrió apretando levemente los labios.

—Si te consuela —añadí—, yo también lo dejé con mi novio, mi exnovio... Bueno, que Hernán y yo rompimos hace unos meses y no he tenido el valor de moverme de Barcelona hasta hoy. Así que te doy la enhorabuena por tu valentía.

—En realidad, el detonante no fue únicamente la ruptura con mi novia. Para ser sincero, el problema era también mío. Llevábamos varios años juntos, pero algo comenzó a no funcionar, no sé, ya no era feliz. Ahora estoy empezando a entender lo que nos pasó. Nos queríamos, pero ella dejó de ser mi prioridad. Supongo que tampoco yo me encontraba en mi mejor momento. Cuando uno no se encuentra a sí mismo, es complicado encontrar al otro.

—Guau, eso es muy profundo, Chris. ¿No irás a llorar? —bromeé en un intento de desdramatizar la situación—, porque yo no estoy para tonterías. Si te lanzas, me lanzo —advertí—, que soy de llanto fácil.

—No, señorita. Ya he llorado lo suficiente. Ahora estoy celebrando la vida —afirmó, esta vez sí, con una sonrisa de verdad.

Y volvió a alzar la lata de cerveza y a chocarla con la mía antes de dar un trago del tamaño de Sídney entera.

—Bueno, eres joven. ¡Qué coño, somos jóvenes! Encontraremos a alguien, seguro. —Trataba de ser optimista, aunque aquello sonó al discurso de una madre cateta que se achispa en una boda.

—Ni jóvenes ni viejos, Gala —replicó—. Hay que ser felices.

Solos o acompañados. Eso ya lo he aprendido y espero que sea para siempre. Ahora no comparto mi vida con nadie y estoy bien conmigo mismo.

—Eso es maravilloso —dije mirándolo con más admiración de la que lo había hecho un rato antes—. Una vez leí —le expliqué— que para poder querer bien había que enamorarse primero de uno mismo.

Los dos nos quedamos callados unos instantes, con la mirada perdida más allá de los cristales del tren, cada uno en su mundo, mientras fuera el paisaje se desplazaba veloz ante nuestros ojos: los árboles dibujaban estelas verdes y doradas sobre el lienzo de campos de cultivo que se difuminaban ante nosotros.

Estábamos de pie, con los codos apoyados sobre una barra que descansaba contra un enorme ventanal. Mi delgada silueta quedaba reflejada frente a nosotros y dejaba entrever mi pelo recogido. A mi lado se intuía la figura masculina y alargada de Chris, más alta que la mía. Los postes de la luz pasaban como exhalaciones, signos de exclamación en un horizonte borroso, y daba la sensación de que se iban superponiendo uno tras otro.

Lo miré sin que se diera cuenta, y sus pupilas dilatadas reflejaban todo ese frenético movimiento en su interior. Volvió la cara hacia mí, como si valorase las siguientes palabras:

—Verás, te contaré algo —dijo.

Su pronunciación era perfecta; hablaba de un modo pausado, y eso me permitía entender todo lo que me decía con su inglés de Melbourne.

—Imagina que en tus ratos de descanso, en tu tiempo libre y de ocio siempre estuvieras mirando el móvil. Imagina un día apacible de playa y que todo el rato estuvieras subiendo fotos y vídeos a las redes sociales. Imagina que estuvieras obsesionada por broncearte para poder decir a la vuelta de las vacaciones que habías estado de viaje en un lugar paradisiaco. Ese era yo, Gala. Estaba enfermo, joder. Y ella también.

Se giró de nuevo hacia el ventanal y continuó su discurso ya sin mirarme, como si en vez de contemplar los campos de fuera se asomase a un acantilado.

—Imagina... Salía con mi novia a tomar una copa y antes de brindar o del primer sorbo ya nos habíamos hecho un selfi. En el local, con el cóctel en la mano o bailando. ¡Era una puta pesadilla!
Y

una mentira. Los dos repitiendo las fotos hasta encontrar el ángulo perfecto con el filtro adecuado.

De nuevo me miró a los ojos. Esta vez fijamente.

—Dejé de ser yo. Y mi novia era igual o peor. —Hizo una breve pausa y añadió—: Yo no quiero tener una vida de mentira, llena de filtros y ángulos favorecedores. No me reconocía. Cada vez me parecía menos al tipo que veía en mis redes sociales. Éramos la pareja perfecta. Aparentemente perfecta. En los últimos tiempos ya solo sonreíamos para las fotos. Imagina... —Y dejó colgando la frase.

Yo me quedé muda ante aquel arrebato de sinceridad. No sabía muy bien qué responder a aquello, así que fui más yo que nunca:

— *Imagine all the people* —le contesté tan seria como una multa de tráfico.

— *Leaving life in peace. Oh, oh...* —completó Chris más rápido de lo que lo habría hecho mi padre. Le salió del tirón y al ritmo que correspondía.

Nos contemplamos y rompimos en una estruendosa carcajada.

Aquella manera absurda de hilvanar su discurso que ya rozaba lo lacrimógeno con el *Imagine* de Lennon nos dio la vida. Y nos pedimos otra cerveza.

Vida 6

Hugh llegó contento tras su larga conversación con Cate. Su mirada lo delataba.

—¿Interrumpo algo interesante? —preguntó sonriente.

—Pues sí, justo iba a arrodillarme para pedirle matrimonio a Gala

—bromeó Chris—. Así que, querido Lobežno, vuelve a tus aposentos a sacarle brillo a tus garras.

Me divirtió la ocurrencia de Chris y se lo hice saber.

—No sé si me ha hecho más gracia imaginarme la escena de Lobežno o a ti de rodillas pidiéndome matrimonio.

—No te lo tomes a broma, Gala —me interrumpió el recién llegado—, porque el sueño de este *aussie* es casarse con una española. Lo dice desde que íbamos al colegio. ¿A que sí, Lope?

—¿Lope?, no entiendo nada —dije algo confundida.

—¡Eh! —exclamó Hugh golpeándole en el hombro a su compañero de viaje—. ¿No le has contado que eres un loco de la literatura española?

Chris bajó la mirada y juraría que debajo de ese bronceado suyo se había puesto rojo.

—Pues ya se lo digo yo. —Hugh hizo un gesto hacia mí con la barbilla—. Chris es un apasionado del Siglo de Oro. Bueno, y también se cree el nuevo Lope de Vega —se burló de su amigo.

—¿Qué es eso de que eres el nuevo Lope? —me reí, observando al más rubio de los amigos, que se atusó el pelo con vergüenza e intentó explicarse.

—Bueno, mi madre estudió Filología hispánica y portuguesa, y de pequeño me leía fragmentos de sus autores favoritos. He utilizado varias letras para adaptar canciones.

—¿Canciones?! —exclamé—. Eres una caja de sorpresas.

—Chris es músico. ¿Tampoco te lo ha contado? Eh, tío —le dijo dándole un toque en la cabeza—, no seas tímido. Dile a Gala que eres un tipo sensible.

A esas alturas, Chris apuraba los restos de su última cerveza. Lo miré sorprendida y le pregunté cuáles eran sus autores favoritos.

—Tengo varios, pero Lope es mi debilidad. También me gustan Calderón de la Barca y sor Juana Inés de la Cruz. ¡Ah, y Pessoa! En el fondo soy un triste —dijo mofándose de sí mismo.

Permanecí un par de segundos pensativa. De repente había recordado la librería en casa de mis abuelos y cómo de niña me quedaba mirando arriba del todo, donde estaban los más antiguos

—«los veteranos», como decía mi abuelo—. Una vez, a los cuatro años, trepé a por uno de tapas azules y solo llegué a la segunda balda antes de que me cazaran al vuelo.

«¿Adónde cree usted que iba? —me dijo mi abuela Rosario. Yo le señalé el libro de tapas azules, quería que me lo leyese—. ¿Ese de Calderón? Ay, Gala... Todavía eres muy pequeña para entender que la vida es un sueño...»

—¿Otra cerveza?

La pregunta de Chris me sacó de la memoria.

—Oye, que yo nunca me he emborrachado en el vagón restaurante del AVE —dije algo ruborizada por la mezcla de alcohol y de novedad.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Y añadió—: ¿Que por qué me gusta Lope? —Tomó un sorbo y, todavía con los restos

de la espuma sobre el labio superior, observó la lata, me observó a mí y exclamó—: «Esto es amor, Gala, quien lo probó lo sabe».

Me quedé algo desnortada intentando recordar el soneto de Lope cuando caí en la cuenta.

—¡¡¡Pero si hablas español!!! —grité sorprendida—. Podríamos haber estado hablando en español. Que mi inglés es regularo.

—No, no, no. Hemos comenzado en inglés y ya no cambiamos.

Vida 7

La vida continuaba su viaje paralelo al otro lado del ventanal mientras nosotros seguíamos charlando y picando unos aperitivos a este lado del tren.

De vez en cuando, el AVE hacía honor a su nombre y me recordaba que avanzaba a una velocidad de vértigo. Los trescientos kilómetros por hora me provocaban una ligera sensación de aturdimiento. Quizá el efecto de las cervezas también contribuía y aumentaba la neblina mental y el zumbido de oídos.

No podía evitarlo, el motivo de mi viaje iba y venía, entraba y salía del foco, como las luces de los coches de frente en una carretera oscura: aparecían, me deslumbraban y luego se perdían a mi espalda. Mi abuela me vino otra vez a la mente y con ella cientos de recuerdos: en la cocina de su casa, secándose las manos con un trapo de hilo blanco y rojo; en aquella sillita de la playa...

De repente, allí estaba: la sensación de culpa regresaba en tromba por haber estado distraída y haberme quitado de la cabeza a mi abuela. No estaba bien haberme bebido ese par de cervezas. Ni estar de cháchara con dos desconocidos. Iba camino del hospital, mi abuela estaba enferma, la mayor parte de mi familia ya estaba reunida allí. ¿Qué clase de monstruo se dedica a pimplarse unas birras en lugar de preocuparse?

«Pero ¡si hasta estoy un poco mareada! Soy mala persona, debería estar angustiada.»

Y así me mantuve unos segundos, absorta en mi reprimenda silenciosa. Lo cierto es que no era algo nuevo. Desde que tengo uso de razón me recuerdo así, siempre me he recreado en azotarme.

Me he dado mucha caña por lo que he hecho y por lo que he dejado de hacer.

Y la verdad es que después de todos estos años solo he sacado en claro una conclusión: que la

autocrítica es esa confidente que en pequeñas dosis te ayuda, pero que en exceso se convierte en tu peor enemiga.

Así que, ¡que me den!, pensé.

Volví en mí, miré a mis dos nuevos mejores amigos y los invité con una sonrisa: ¿otra cerveza?

—Por supuesto —respondió Chris—. Todavía nos queda la mitad del trayecto y no solo voy a hablar yo. Quiero que me cuentes con calma el motivo de tu viaje a Madrid.

Vida 8

¿En qué momento dejamos de pasarlo bien? ¿Cuándo decidimos que el objetivo en la vida no es elegir el más divertido de entre todos nuestros planes?

No sé cuándo ni por qué, pero sucede. La vida entonces deja de ser fascinante todo el tiempo. La risa ya no es tan sincera ni las carcajadas te dejan agotado después de una guerra de cosquillas.

Ya no hay tortura china con tu hermano en el horizonte ni te duele el estómago de tanto reír. Los enfados ya no se deben a que te apetece acostarte más tarde o comer más dulces. Los agobios no llegan por no poder estar un rato más en la calle con la pelota o la bici.

Cuando somos pequeños, nos enfadamos porque queremos seguir jugando. La diversión es nuestro motor, nuestro impulso, lo que nos mueve. Sin embargo, ocurre que un día —no sé muy bien cuándo, cómo ni por qué— dejamos de preocuparnos por lo realmente importante: vivir felices.

Y entonces llegan los agobios por lo que se espera de nosotros.

Por lo que piensan los demás, lo que dicen por la espalda o lo que nos sueltan a bocajarro.

Cualquier comentario, cualquier actitud, es susceptible de causarnos dolor. Nos reímos menos y cada día somos un poco menos felices. Y, a pesar de que nos sigue encantando partirnos de la risa, soltar una profunda carcajada cada día sale más caro.

¿Por qué? ¿Cuál será el motivo que nos lleva a la tiranía del ceño fruncido?

Reconozco que no lo sé. Quizá se deba a que nos creemos ese concepto tan erróneamente extendido de que vivir con responsabilidades implica seriedad. Como si el hecho de convertirnos en adultos comprometidos nos incapacitara para sonreír. O para ser felices.

De ese modo, poco a poco, se va colando en nuestras vidas un compañero inseparable en el camino: el sufrimiento. A ratos se convertirá en nuestro mejor amigo. Alguien a quien acudir en busca de consejo, aunque no nos aporte calma.

El sufrimiento, a pesar de los disgustos que aparentemente nos da, comienza a formar parte de nosotros y lo convertimos en aliado.

Uno se siente mejor si sufre. Y adoptamos un rol de víctima insostenible e inaguantable para cualquier persona que pretenda tener equilibrio emocional.

Confieso que cuando anuncian por el altavoz que se ha perdido un niño en algún sitio, siempre pienso que ese niño soy yo. Y me apeno al descubrir que nunca volveré a reencontrarme conmigo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Chris al tiempo que jugaba a encestar en la boca unos frutos secos que iba lanzando al aire.

Hugh había vuelto a su asiento y nos habíamos quedado solos de nuevo.

—Te has vuelto a ir. Gala, la ausente —concluyó con su eterna sonrisa.

—Ay, perdóname —respondí dando un respingo mientras volvía a la vida real—. Me suelo aislar con facilidad y me pongo a deambular en mis asuntos —me justifiqué mientras trataba de emularle.

Fracasé una tras otra, cada una de las veces que intenté que aquellos cacahuets terminaran en mi boca. Atinar no siempre es fácil: ni en la vida, ni al elegir nuestras relaciones ni en los concursos de frutos secos lanzados al aire.

—Tienes que dejarlos que vuelen, no trates de controlarlos.

Lánzalos con ímpetu y luego ve a buscarlos. Nunca limites su trayectoria porque no sabes dónde acabarán.

—¿Cómo? —repliqué interesada.

—Lánzalos sin miedo. Sigue con la vista el arco que van realizando y, *voilà*, mira —dijo señalándose la boca—, ellos solos encuentran su sitio.

Los cacahuets fueron claudicando y se introdujeron diligentemente en su objetivo como él mismo había anticipado. Su operación perfecta me dejó con la boca abierta. Y vacía, después de intentarlo de nuevo.

—Me rindo, soy incapaz de hacerlo.

—Solo una vez más. —Puso un puñado de frutos secos en mi mano.

—No soy capaz, ya me has visto.

—Solo una vez más. Hazlo. Es una orden.

Sonrió y simuló el movimiento que debía hacer yo unos segundos después.

Al final obedecí y, para mi sorpresa, varios de ellos terminaron en mi boca y después en mi estómago.

—¿Lo ves? Es cuestión de fe. Tú confías en ellos. Los dejas ir, y cuando sales a buscarlos, ellos solos vuelven a tí.

Me encogí de hombros, tuve que darle la razón.

—¿Siempre eres tan controladora? —me preguntó en tono de mofa. Sin dejarme responder, continuó su discurso—: Yo también era así: perfeccionista, quería que todo saliera siempre a mi gusto;

era un tocapelotas. Y ¿sabes qué?, no somos el puto ombligo del mundo. No todo se amolda a nosotros, no siempre las cosas salen como nos gustaría. Hay que moverse, variar la trayectoria, el rumbo, lo que teníamos pensado, y a veces, solo a veces, termina produciéndose el milagro y los planes salen según lo previsto.

—Ya. —Asentí con la cabeza—. Me has calado. Yo soy más rígida que las vías de este tren. Por eso hay veces que descarrilo.

—Bueno, ser rígidos nos aporta fortaleza. Lo malo es no ser capaces de ser flexibles en ocasiones, pero tú eres autocrítica, Gala

—dijo como si nos conociésemos de toda la vida y no desde hacía hora y cuarto—, así que sabrás cuándo has de aflojar.

Chris tenía la virtud de aportar calma.

—Y, ahora —añadió—, háblame de tu abuela.

—Discúlpame, no tengo muchas ganas de hablar de eso. Está enferma, ha empeorado, y nos vamos a reunir allí toda la familia. Mi hermano es médico y la abuela está ingresada en el hospital donde él trabaja.

—Vaya, lo siento. ¿Qué le ocurre? ¿Es grave? —preguntó preocupado.

—Bueno, eso parece. No me han dado muchos detalles, pero es muy mayor. Es la única abuela que me queda. No sé, es raro.

—Claro, te entiendo. Yo tengo suerte. Todavía tengo dos abuelos.

Imagino la putada que será perderlos a todos.

—Sí que lo es. Una gran putada. Yo perdí a mis abuelos de niña.

Los padres de mi madre murieron en un accidente cuando yo era muy pequeña. Apenas tengo recuerdos de ellos. Algún cumpleaños y las fiestas de Navidad. Poco más. Mi madre cayó en una depresión de la que le costó años salir. A día de hoy creo que todavía no está recuperada del todo.

—No debe de ser fácil superar la muerte de tus padres, y más si es algo repentino.

—Ella nunca se perdonó haberlos dejado solos en casa aquel día.

—¿Qué pasó?

—Fue una noche en la que hubo una tormenta eléctrica terrible.

Un brasero, una chispa, un descuido. La verdad es que nunca me atreví a preguntarlo. El caso es que la casa ardió y los encontraron los bomberos sin haber podido hacer nada para salvarlos.

—Pero ¿qué podría haber hecho tu madre? ¿Quién iba a imaginar que algo así podría ocurrir?

—Ya, eso le dijo el psicólogo durante años. Aunque le ayudó más la fórmula efectiva del psiquiatra y sus pastillas para conciliar el sueño. Ella nunca se perdonó esa posibilidad, que pudiera haber hecho algo, llevarlos a casa, haberse anticipado al desastre.

—Ya, tiene cierta lógica. Querer dar marcha atrás en el tiempo es entendible, aunque te pueda machacar.

—Mi madre ha vivido en esa moviola toda su vida. El vaivén del tiempo atrás.

—Oye, ¿y tu otro abuelo?

—Chris, ¿no crees que son ya demasiadas preguntas? Además, mis historias tristes te van a deprimir.

—A mí no me importa llorar —dijo sonriendo y añadió—: Recuerda que no hay en el mundo palabras tan eficaces, ni oradores tan elocuentes como las lágrimas.

Asentí con otra sonrisa.

—Me parece estupendo, Lope, pero prefiero que cambiemos de tercio, textual.

—No todo va a ser recitar. Brindemos.

—¿Por qué brindamos?

Un segundo de pausa para pensarlo:

—Por los abuelos.

—Por los que están y por los que se fueron.

«Y por los que se están yendo», pensé sin poder evitarlo.

Vida 9

Las vías de aquel tren se mantenían férreas en su misión de marcar mi destino: aquel viaje a Madrid. El rumbo fijo solo se veía interrumpido por las paradas en las estaciones intermedias y por mi charla con Chris.

—¡Muy bien, Gala! —exclamó el australiano, feliz—. Juguemos entonces. Ya que no quieres dramas, hablemos de confesiones.

¿Trato?

—No será «truco», ¿no?

—Todavía no es Halloween. Aquí no hay trampa ni cartón. ¿Te atreves?

—Pero ¿esto qué es? ¿La versión actualizada de «Beso, verdad o atrevimiento»? —le vacilé.

—No sé lo que es eso exactamente, pero me gusta cómo suena.

Así que mi respuesta es sí. ¿Juegas?

—Venga —accedí—. Solo te anticiparé una cosa: rompí con mi primer novio por culpa de este juego.

—¿Por culpa? Ya estamos con la culpa. Será como consecuencia de haber jugado, ¿no? Algún motivo tendrías, algún motivo te daría...

—Empieza, Chris el Suelta sermones. Elige entre verdad o atrevimiento.

—Atrevimiento.

—Atrévete a decirle al camarero cualquier cosa, lo que sea, pero consigue que te invite a algo.

—¿Ya está? ¿Solo eso? —preguntó con flema.

Dejó la cerveza en la barra, se acercó al señor que trabajaba detrás del mostrador y le dijo algo al oído. A los treinta segundos estaba de vuelta con las manos vacías.

Comencé a reírme de él:

—¡Uh, cuidado con el chico de las Antípodas! ¿Veamos qué ha conseguido? ¡Tachán..., nada!

No pude terminar la frase. Cuando me giré, vi al camarero con una minibotella de cava en una cubitera.

—El caballero me ha dicho que se casan. ¡Enhorabuena! De parte de toda la tripulación les deseamos mucha suerte en la aventura y les agradecemos que hayan elegido nuestro tren para tomar una decisión tan importante.

Me quedé boquiabierta y muerta de la vergüenza. Tanto que no pude ni supe qué decir. No fui capaz de articular palabra. Tan solo un tímido gracias salió con un hilillo de voz más débil que Kate Moss después de su fiesta de cumpleaños.

Agarré la cubitera y me giré con cara de querer matarlo.

—Pero ¿qué le has dicho?

—Eso, que nos casamos.

—Te mato.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo? A mí me ha encantado el juego.

Me toca —dijo divertido—. Tienes que besar al primero que entre en la cafetería.

—¿Estás loco? No soy capaz.

—Sí lo eres. Hazlo o perderás.

Durante unos segundos nos quedamos ambos mirando fijamente la entrada al compartimento. Las puertas correderas permanecían inmóviles y yo solo podía escuchar el latido de mi corazón. ¿Cómo era posible que estuviera nerviosa por ese juego absurdo?

¿Cómo podía estar divirtiéndome con Chris mientras mi abuela estaba postrada en la cama de un hospital?

¿Cómo?

De repente los labios de Chris rozaron los míos y su beso interrumpió cualquier otro pensamiento.

—Perdí, tú ganaste —me dijo, antes de continuar con su beso suave.

—No, ganamos los dos —le respondí tímida.

Nos miramos y sonreímos.

—Me está gustando Madrid —me dijo—. Y eso que todavía no hemos llegado. —Me guiñó un ojo y volvió a besarme—. Y ahora,

¿me contarás algo de aquel novio tuyo al que dejaste por un juego?

Vida 10

De todas mis debilidades siempre he sentido especial predilección por el miedo. Me fascina. Seguramente se debe a que el miedo engloba a otras muchas y yo soy vulnerable por naturaleza. Imagino que todos lo somos, pero yo fui consciente desde muy pequeña.

Mi miedo más primario, el que me ha acompañado desde niña, ha sido el miedo a la muerte. Me angustia desde que tengo uso de razón.

¿Me voy a morir? Seguro que sí, nos sucede a todos, sin excepción, pero ¿cuándo?, ¿adónde voy a ir?, ¿me iré sola?, ¿me dolerá? Yo no quiero sufrir, no quiero pasarlo mal, no quiero estar sola, no quiero. ¡No quiero!

Cuando el agobio se escapaba de mi control, recurría a mi madre.

«Mamá, yo no quiero morir. Ni que te mueras tú, ni papá ni nadie. Nadie de la familia, nadie de mis amigos. Nadie. Tampoco quiero que se mueran las personas buenas. Ni los niños. Bueno, ni los mayores tampoco. Yo no quiero que se mueran los abuelos.

¿Por qué nos tenemos que morir? ¿Qué clase de Dios permite que se muera la gente? Si yo fuera Dios, no se moriría ni Cristo.» Esta frase la dije muy seria en una ocasión y mi madre no pudo contener la risa. Finalmente, yo también estallé y ya quedó como una broma entre nosotras. Un código que solo conocíamos ella y yo.

Complicidad entre madre e hija cuando la trascendencia me desbordaba por los cuatro costados.

Aquello sucedió cuando todavía vivían mis abuelos maternos.

Después del incendio y del trágico final, nunca se volvió a hablar de Dios en casa, aunque mi madre seguía yendo a misa los domingos.

Y, más religiosamente, los lunes al psiquiatra.

Ahora que soy adulta y que todo el mundo da por hecho que he madurado, reconozco que sigo teniendo pavor a la muerte, pero ahora, además, he sumado otros miedos a mi larga lista de debilidades.

La hipocondría figura en los primeros puestos de mi abultado *ranking*. Es de los antiguos, si bien he ido añadiendo otros. Una vez llegué a decirle a mi padre que necesitaba hacerme un chequeo médico, pero que me angustiaba la idea. Él supuso que mi temor nacía de la posibilidad de que los resultados de las pruebas fueran negativos. Sin embargo, yo le expliqué que mi malestar venía de que, una vez que me dieran las pruebas y comprobáramos que todo estaba bien —si es que todo estaba bien, claro—, necesitaría hacerme otro examen médico, y así sucesivamente.

«Es que nunca podré estar tranquila porque, aunque me digan que estoy sana, en cualquier momento puedo enfermar. Yo quiero estar a salvo y así no hay manera. ¿Un chequeo diario podría hacerme, papá?»

Entonces tenía doce años y me acababa de venir el periodo. Las hormonas cabalgaban por mi cuerpo al mismo ritmo que mis inseguridades. La adolescencia me catapultó a una guerra conmigo misma. Pronto llegó el miedo a mirarme en el espejo. Las caderas se ensanchaban, el pecho crecía y mi cara se transformaba en alguien a quien yo no quería parecerme. No había prácticamente nada de lo que me sintiera de verdad orgullosa. Los tobillos eran demasiado anchos; la barriga, prominente; la piel, salpicada de

espinillas, y el cuerpo, cambiante y sin definir. En general, no me gustaba nada de mí.

Ahora, tanto tiempo después, firmaría por aquella firmeza y tersura en la piel.

—Ya te has vuelto a ir, Gala. ¡Vuelve! ¿No me ibas a contar cómo rompiste con tu primer novio?

—Vayamos poco a poco —maticé—. Yo creo que debería empezar por mi primer beso antes de hablarte de mi primer novio,

¿no crees?

—Tienes razón. Escucho ansioso.

—No tengo que explicarte que sobre los doce años a las chicas nos viene el periodo, nos convertimos en mujeres, ¿no?

Mi tono sarcástico le desató la sonrisa y un leve rubor.

—Puedes ir directamente al grano —respondió en el mismo tono.

—Bien, pues el mismo año que me vino la regla me dio el primer beso un chico. Y digo que «me dio» porque no me atrevo a describir de otra manera lo que sucedió en aquella callejuela de la parte trasera de mi colegio.

—Cuenta, por favor—me pidió impaciente.

—El chico en cuestión se acercó, me rozó los labios y me separé como un resorte. Juan Luis García de los Monteros iba a mi clase y me gustaba mucho. Mucho mucho. Quizá por eso no fui capaz de aguantar el beso y me limité a recibir aquel pico fugaz y me aparté.

El chaval se quedó tan cortado que no volvió a dirigirme la palabra hasta la fiesta de fin de curso.

—Pero pero pero... ¿En serio me dices que rechazaste al pobre chaval? ¡Pudiste traumatizarlo de por vida! —me espetó mientras no dejaba de reírse—. ¿Y qué pasó en la fiesta de fin de curso?

—Nada. Bailamos y en una de las canciones lentas fui yo la que se atrevió. Le di un pico, me aguantó la mirada y me dijo: «Ya

estamos en paz». Fin de la historia con Juan Luis.

—Interesante comienzo, aunque algo tajante —dijo sonriendo y mofándose de mí—. Vayamos ya con su primer novio, señorita.

—Huy, eso fue algo después. A los quince llegó mi primer novio y con él mi primer desengaño. Me dejó sin dar una explicación.

Seguramente porque no la habría, simplemente nos aburríamos mucho juntos.

—¿Sin una explicación? A ver, vamos por partes. ¿Cómo era el muchacho?

—Era alto, moreno y a mí me parecía muy guapo. Ahora veo fotos y entiendo que solo me lo pareciera a mí. Y también era muy poco interesante.

—Te cegó el amor —dijo entre risas—. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Salimos durante siete meses y no recuerdo ninguna charla relevante, algún día especial, algún tema de conversación que me sorprendiera. Solo le gustaba hablar de fútbol y de motos.

—Guau, ¿qué podía fallar? —preguntó irónicamente.

—¿Verdad? A mí que nunca me ha gustado el fútbol salvo esos partidos en los que se paraliza el país y hay una excusa justificada para beber cerveza y comer patatas fritas y altramuces. Lo demás

me la trae al fresco.

—¿Altramuces? ¿Qué es eso? —preguntó curioso.

—Mmmmm. Una cosa redonda, salada. Se chupa, bueno, y se come después. También se llaman chochos. ¿Te suena?

La cerveza que Chris tenía en la boca salió despedida contra la ventana. No podía contener la risa.

—«Chocho» —exclamó el australiano—, me suena, pero no creo que sea a lo que te refieres —dijo casi de un modo ininteligible.

Ante su reacción y al darme cuenta de mi metedura de pata, la risa tampoco me permitía a mí hablar con claridad.

—El caso —añadí intentando dejar atrás el malentendido— es que nunca comprendí que se disgustara tanto cuando perdía el Real Madrid. Había días en los que no le apetecía salir. ¿Te lo puedes creer? Pero ¿a quién no le va a apetecer salir un sábado por la noche con esa edad? Aunque hubieran perdido la Liga de Campeones. Lo cierto es que sigo sin entenderlo hoy día.

—¿Y lo del juego «Beso, verdad o atrevimiento»?

—Ah, eso fue un día que estábamos en la casa de uno de sus amigos. Me tocaba responder a la pregunta del anfitrión de la casa, un chico de mi clase mucho más guapo y divertido que mi novio:

«¿Verdad que te vendrías a una de las habitaciones de arriba conmigo?», me preguntó. Nos habíamos bebido un par de cervezas y le respondí «Sí», sin dudarle ni un segundo.

—Madre mía, Gala. Ya con quince años apuntabas maneras.

—Cierto. Allí terminó mi relación de siete meses con mi primer novio. Lo dije sin pensar, pero quizá fue lo mejor. Cualquier plan me habría parecido mejor que quedarme a su lado.

Vida 11

«Secreto que comparten dos no es secreto.» Me lo había dicho mi madre desde niña. «Si quieres que algo no se sepa, no lo hagas; y si ya lo has hecho, no lo cuentes.» Lo que mi madre quería hacerme entender era que no había manera de poner freno a un secreto desde el momento en el que le dabas forma a través de las palabras. En aquellos tiempos, la relación entre nosotras todavía era cordial. Los abuelos vivían, y mamá sonreía a la vida y a nosotros.

Madre e hija compartíamos confidencias.

«Un secreto viaja de persona en persona tomando prestadas sus bocas.» Y es cierto. Ahora que me he hecho mayor, y la vida me ha devuelto más de un revés por no cerrar el pico a tiempo, así lo entiendo.

Los secretos viajan de boca en boca como los besos, nunca sabes cuándo se van a detener.

Desconoces si esa va a ser la persona definitiva, la que mantendrá los labios sellados con los demás, la que no repartirá más besos, salvo a ti. La que guardará silencio. La que será leal. Y fiel.

Las confidencias van recorriendo mentes que a su vez distorsionan el mensaje e incluso la realidad. Algunas inventan, otras malinterpretan y otras simplemente se sostienen en la literalidad. En el mejor de los casos se mantendrán fieles al relato, pero es casi imposible que se salvaguarden imperturbables.

Casi nunca sucede como si no hubiera sucedido. En la mayoría de los casos, la debilidad humana aparece y nos vuelve vulnerables.

«Si se lo cuento, no pasa nada.» «No se lo va a decir a nadie más.»

«Tampoco es tan grave.» «Quien me lo contó no me dijo que no se lo podía contar a nadie.» Bla-bla-bla. Las excusas que nos proporcionamos son infinitas cuando tenemos ganas de largar.

Yo debo de ser una *rara avis*. Nunca he revelado un secreto.

Quizá por ese recelo y ese excesivo recogimiento guardo conmigo silencios incapaces de transformarse en discurso. Secretos que me acompañarán a la tumba como el de que fui la responsable de la muerte de mi abuelo.

—¿Qué opinas de los secretos, Chris?

—¿Hay algo que opinar? No sé, supongo que todo el mundo guarda alguno. Y tú, ¿qué opinas?

—Yo tengo toda una teoría desarrollada al respecto. ¿Estás preparado para escucharla?

Dijo que sí, tan sonriente como siempre, así que le conté con pelos y señales cómo, en mi opinión, cada una de nuestras vidas se divide en tres planos. La vida pública, que mostramos a los demás y que todo el mundo puede ver; la vida privada, a la que solo algunas personas pueden asomarse y tener acceso; y la vida secreta, la parte inaccesible. La más interesante, bajo mi punto de vista. La vida secreta es invisible a los ojos del resto del mundo. Son las historias no contadas a nadie, aquellas que únicamente quedan guardadas en el recuerdo.

Chris asentía con la cabeza.

—Vaya, qué interesante. Nunca me lo había planteado así.

Tienes toda la razón, aunque yo no creo que todos tengamos una vida secreta... No todo el mundo miente o tiene algo que esconder.

—Te equivocas, Chris. Todos guardamos secretos que no mostramos a nadie.

—¿Te refieres a historias furtivas y todo eso?

—Me refiero a amores imposibles, relaciones prohibidas, y a mucho más.

Hablaba de todo eso, tanto de acciones como de omisiones, que podemos haber llevado a cabo en

nuestra vida y de las que nos sentimos avergonzados. De aficiones, adicciones. Hay muchos trapos que esconder. Todo el mundo guarda algo debajo de la alfombra, y yo lo sabía bien.

—Juguemos a los secretos, entonces —propuso entusiasmado.

Solté una carcajada ante su inquietud por saber.

—No vaya tan deprisa, caballero. De momento hemos cruzado la línea de la vida pública y comenzamos a adentrarnos en la vida privada. Surquemos ese mar primero. Además, yo nunca cuento mis secretos o dejarían de ser secretos.

—¿Entonces?

—Ya sabes, «secreto de dos no es secreto».

—Eso ya se verá —consintió—. Adentrémonos en nuestras vidas privadas, pues.

—Bueno, ya lo estábamos haciendo. Te he contado cómo fue mi primer beso.

—Uhhhh. Cierto. Ya hemos llegado a la primera base con el beso y a la segunda con el novio al que abandonaste, o que te abandonó, con razón, por cierto, tras jugar a «Beso, verdad o atrevimiento».

—Ahora toca ya el *home round*, ¿no? —pregunté divertida.

—Exacto —sentenció.

—La verdad es que no sé el motivo, pero contigo he cruzado rápidamente las líneas de mis otras vidas —confesé.

—Creo que he sido yo el culpable al empezar hablándote de mi exnovia. A mí me ha venido muy bien contárselo a otras personas para recuperarme. De mi ruptura y de todo lo demás. Por eso no tuve ningún reparo en confesarte que estábamos enganchados a las

redes sociales. Pero ahora que he escuchado tu teoría, creo que quizá debí mantener el secreto. No deja de ser una obsesión o algo de lo que uno no se siente muy orgulloso.

Sus palabras sonaban sinceras y sus ojos sustentaban su discurso.

—Te agradezco la confianza —le dije devolviéndole una mirada tierna.

—¿Lo ves? Yo no tengo secretos. —Sonrió y dibujó una divertida mueca haciéndose el interesante.

—Vuelves a equivocarte. Tienes secretos. Tan escondidos que crees o quieres haberlos olvidado, pero están ahí. Te lo aseguro.

Terminé mi frase con un beso mudo lanzado al aire que él cogió al vuelo y depositó en su boca.

—Venga, cuéntame un secreto confesable.

Su voz sonaba a susurro capaz de seducir al interlocutor más severo.

—Mmmmm, explícate mejor. ¿A qué te refieres con secreto confesable? —pregunté remarcando sobre todo la última palabra, casi silabeando: con-fe-sa-ble.

—Imagino que los secretos confesables son esos que solo cuentas a personas especiales alguna vez, ¿no? ¿Podríamos definirlo así?

—Déjame pensar —mascullé dubitativa.

Le miré, seguía esperando.

—Creo que lo tengo —le dije en un tono... mucho más convincente—. Es una historia que tardé mucho en contar a alguien, y la verdad es que no sé muy bien por qué esperé tanto.

—¿Por vergüenza, quizá? —interrumpió Chris.

—Exacto. Esa parte de los secretos también me interesa mucho.

Quiero decir, que hay secretos ocultos que para unas personas se

podrían revelar sin ningún problema y que otros tardamos una eternidad en hacerlo, e incluso en ocasiones forman parte de nuestro mundo secreto que nunca verá la luz. Muchas veces depende de nuestros prejuicios.

—Ay, los prejuicios, Gala. Qué gran atraso.

—Ay, la moral recalcitrante. Qué coñazo.

Y me lancé a contarle la historia...

Mi vida privada

Vida privada 1

La música entraba por la ventana entornada. En los últimos días de ese mes de mayo había subido la temperatura, pero todavía no hacía un calor intenso. El verano llamaba a la puerta, quería llegar, aunque de momento se contentaba con ratos cálidos a mediodía.

Esa mañana corría algo de brisa y el olor a mar se colaba en el interior e inundaba toda la casa.

Acababa de volver de la playa y aún llevaba puesto el bikini. Era blanco, bastante escueto y acentuaba mi bronceado, que aquel año había comenzado a asomar antes de lo habitual.

Me tumbé en la terraza. El reflejo del sol sobre mi piel destacaba las pequeñas motas de salitre dispersas por mi cuerpo. En un cubo a mi lado, varios botellines de cerveza enterrados en hielo. Nada podía salir mal.

Y así fue como sucedió.

Aquel se iba a convertir en uno de esos días en los que, sin planear nada, todo fluye. Había alquilado aquel apartamento con vistas al mar apenas una semana antes. Los caseros resultaron ser encantadores y me ofrecieron un día extra gratis por «buen comportamiento», dijeron.

Era una pareja joven, los dos en los treinta y tantos, sin niños.

Después de vivir varios años en Madrid, Claudio y Marta habían hecho las maletas y se habían mudado a la costa. «Al sur», subrayó él con una sonrisa que reflejaba la satisfacción por haber vuelto a sus raíces. Claudio era un niño bien, con posibles, que había

heredado una fortuna de sus padres. De tez morena, ojos grises y pelo rubio aclarado de tanto baño de sol. Practicaba surf desde que tenía memoria y su modelado cuerpo daba fe de su afición por coger olas.

«La vida en la playa va a otro ritmo —decía ella—. Vivir aquí es vivir en el paraíso.» Marta tenía el pelo castaño y la piel clara. Con los ojos marrones, muy vivos y enormemente expresivos. Se dedicaba a diseñar ropa que ella misma vendía en un chiringuito mientras su chico daba clases de *kitesurf*. Era menuda, de complexión delgada y muy delicada. Lo cierto es que formaban un gran tándem.

Me acababa de abrir un quinto de la cerveza local. Estaba helado y aquel primer trago me supo como un chapuzón en el desierto.

Tenía calor, mucho, y me había quitado el blusón transparente con el que había bajado a la playa. Estaba tendida en la hamaca, disfrutando del sol, de la calma y de la vida.

Oí un ruido que me espabiló y me sacó del letargo.

—Gala, ¿estás ahí?

Era la voz de un hombre. Me incorporé rápidamente y me asomé para cerciorarme. En efecto, era Claudio.

—¡Hola!, pasa, estoy en la terraza —le grité mientras me ponía con premura el vestido.

—Venía a invitarte a casa. Estamos tomando un aperitivo. Y

nada, eso, por si te apetecía subir.

Se mostró cauto pero directo, tímido y a la vez certero.

—Claro —respondí esbozando una sonrisa—, pero ¿por qué no le dices a Marta que baje ella? Me voy mañana y tengo cervezas para aburrir. ¡Necesito ayuda! Es imposible que me las acabe en un día y, además, está a punto de llegar algo de comida mexicana a domicilio.

Yo tenía la extraña sensación de que aquel día sería irrepetible. Y

sé que en el fondo todos lo son, aunque la mayor parte del tiempo lo pasemos por alto, se nos olvide y consideremos que nuestra vida es monótona, repetitiva. Y eterna.

Aquella mañana fue distinta. Desde muy temprano fui consciente de que los días pasan y cada uno nos deja una huella. Y aquel lunes de mayo no lo iba a olvidar jamás.

Claudio aceptó mi propuesta y a los tres minutos regresaba por la puerta con un par de botellas de vino blanco.

—Lo traigo bien frío, señora —dijo mientras entraba al ritmo de la música.

Llevaba un bañador estampado; la cinturilla le caía por debajo del ombligo dejando a la vista el elástico de un calzoncillo de marca que se le ajustaba al abdomen. Por arriba, una camiseta amarilla con el cuello y las mangas recortadas por él mismo, como me explicó luego. Pero, sobre todo, Claudio trajo una gran sonrisa que solo le abandonó en algún momento puntual de la tarde.

Detrás de él apareció Marta, vestida con un diminuto mono negro que dejaba asomar las cintas de un bikini fucsia anudado al cuello.

En las manos llevaba algo para picar y una botella de Martini rojo.

—¿Tienes aceitunas para el vermut, Gala? —me preguntó ella con una amplia sonrisa.

«Esta pareja siempre está contenta», pensé mientras saludaba a Marta. Me pregunté si de verdad serían tan felices.

No sé cómo, pero a los cinco minutos estábamos los tres charlando y bebiendo en mi casa y a la media hora ya bailábamos en la terraza. Después de la tercera cerveza, me serví una copa de vino que apuré rápidamente mientras Marta me preparaba un Martini con hielo y aceituna en una copa propia de los combinados más *gourmets*.

Sonaron las canciones que se convertirían en los éxitos de aquel verano incipiente. Nosotros seguimos bailando y bailando, y el alcohol siguió su curso cumpliendo su misión.

En un descuido, desaparecí para ir a buscar más hielo a la cocina y a la vuelta me encontré a Claudio y a Marta enredados en un apasionado beso.

Sin pensarlo, agarré la manguera, apunté a los cuerpos fundidos en la pasión y abrí el grifo.

—Esto es un incendio. ¡Dispérsense, hay mucho calor en el ambiente! —grité mientras los empujaba con la goma.

Empezaron los gritos, las risas y la guerra sin cuartel. Nos desvestimos y, cuando todos estábamos en traje de baño, continuó la batalla acuática. Las manos rozaban los cuerpos mojados. Nos inclinábamos, nos tocábamos y nos empujábamos los unos contra los otros.

Al final ellos pararon y comenzaron a besarse de nuevo. Yo me quedé inmóvil contemplándolos. Se giraron, se miraron y Marta me dijo:

—Ven, si quieres.

Yo seguí como una estatua. Solo pude sonreír. Claudio avanzó, me cogió de la cintura y me acercó a su boca. Comenzó a besarme mientras Marta me acariciaba el cuerpo. La lengua de Claudio se movía primero lentamente y después ligera, buscando el placer en todos los recovecos de mi boca.

Cuando me quise dar cuenta, ya no llevaba la parte de arriba del bikini. Él continuó dibujando mi silueta con la lengua mientras ella acercaba su cuerpo por detrás. Sus delicadas manos me recorrían los brazos mientras notaba el roce de sus pechos en mi espalda. Me giré y la besé apasionadamente y entonces fueron las manos de Claudio las que empezaron a discurrir por mis caderas hasta

alcanzar el pubis. A partir de ahí llegó una danza cruzada de besos, arrumacos, brazos que se entrelazaban, manos que iban y venían sin preguntar. Sin pedir permiso ni perdón.

El baile a tres continuó en el interior de la casa. Besos y caricias en todas las combinaciones posibles hasta que al fin recalamos en la cama, donde los tres dispusimos de nuestros cuerpos a nuestro antojo. La única finalidad de aquel encuentro era gozar, dar rienda suelta al deseo y disfrutar. Y eso hicimos. La alcoba se convirtió en una estancia donde dos no eran suficientes y tres no fueron multitud. El baile de cuerpos armoniosos nos llevó hasta donde quisimos, hasta que quedamos satisfechos.

Al final resultó que mis caseros no solo me regalaron aquel día de más en el apartamento de la playa, sino también una experiencia inolvidable que no revelaría hasta mucho tiempo después.

Vida privada 2

—¡Así que tu secreto confesable es que una vez hiciste un trío!

Vaya, vaya con Gala. Empiezas fuerte.

Chris había escuchado con sumo interés mi confesión. Ni una sola vez me había interrumpido. Tan solo una ligera mueca o un gesto de sorpresa al dar algún detalle, pero de manera silenciosa y sin perder ni un segundo el hilo de mi relato.

—Me gusta que hayas tenido el valor para contármelo —añadió sincero—. Tenías razón, enfrentarnos a los secretos siempre depende de los prejuicios y los tabúes que nos autoimpongamos.

—Sobre todo los confesables —maticé.

—¿A qué te refieres?

—Hombre —repliqué—, si tu gran secreto es que has maltratado a alguien, pues ya no estaríamos hablando de que seas una persona libre o de moral abierta, es que te habrías saltado todas las reglas y la ley.

—Ah, ya entiendo lo que dices. ¡Joder! Nunca había analizado tanto los secretos —dijo en tono reflexivo.

—Si lo piensas bien, es un mundo fascinante. Son vidas dentro de otras vidas. —Hice una ligera pausa y añadí—: Nunca llegamos a conocerlas a fondo ni a saber toda la verdad.

—Lo extraño es que si todos tenemos ese cofre insondable, tampoco conocemos del todo a las personas más cercanas. —

Resopló y concluyó algo inquieto—: Es raro no poder confiar por completo en los demás, ¿no?

—Yo no lo veo así, Chris. No creo que seamos un pozo desconocido y sin fondo. Simplemente doy por hecho que todos tenemos cartas bajo la manga y no tenemos por qué mostrarlas necesariamente.

—¿Y con tu pareja?—interrumpió.

—En mi opinión, si tienes mucha confianza con tu pareja, dejarás que se adentre en esas parcelas secretas.

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde tú quieras. Pero piénsalo bien, tu pareja hará lo mismo. Estaréis empatados. — Sonreí, se acercó a mi boca y rozó sus labios con los míos—. Y dime, ¿alguna confesión para mí?

¿Cuál es tu secreto confesable? Alguno tendrás, ¿no?

—¿Me estás preguntando si alguna vez he hecho un trío? —se rio.

—No exactamente, aunque la verdad es que ahora que lo dices, me apetecería saberlo, sí.

—Antes de tener novia tuve una temporada de bastante desenfreno en la que salía mucho de fiesta con mis amigos. Éramos tres compañeros de batallas inseparables. Lo cierto es que con las chicas nos iba bastante bien y raro era el día que no terminábamos acompañados. —Interrumpió su discurso, me guiñó un ojo y con una sonrisa condescendiente añadió—: Fue una temporada corta, que sé que te pones celosa.

Le reí el comentario irónico y él siguió hablando.

—Una de esas noches en las que nos iba a amanecer de juerga habíamos salido a bailar a un club. Después de unas copas, Phil empezó a tontear con dos chicas. La cosa se fue calentando y al final acabó liándose con una de ellas. Al rato desaparecieron y nos quedamos en el bar Ryan, la amiga de la amiga de Phil que se había quedado colgada y yo.

»Era ya muy tarde y apenas quedaba gente en el local. La chavala empezó a acercarse a nosotros. Bailaba muy bien y se movía de un modo muy sensual. Ryan y yo comenzamos a seguirle el juego. Cada vez estábamos más cerca, y de repente me besó y acto seguido le besó a él. Nos miramos extrañados, y antes de que nos diéramos cuenta, la chica había juntado nuestras caras.

»De pronto, allí estábamos, Ryan y yo comiéndonos la boca delante de una desconocida en un bar remoto. La chica siguió con sus movimientos y se puso en medio de los dos. Yo no tenía claro a quién estaba besando ni quién me tocaba qué. Así seguimos un rato hasta que Ryan comenzó a encontrarse mal y terminó vomitando en la puerta del club.

»Perdona que finalice la historia de una forma tan abrupta, pero te aseguro que es fiel a la realidad —dijo entre risas, y concluyó—: Es decir, oficialmente comencé a hacer un trío, pero técnicamente nunca llegamos a concretarlo.

—¿Y no has vuelto a sentir curiosidad? —pregunté mientras contenía la risa socarrona.

—La verdad es que no. Aquello surgió de manera espontánea, de un modo natural. Si alguna vez se da el caso, imagino que lo haré, pero tampoco lo he buscado —sentenció convencido. Y continuó—:

¿Me estás queriendo decir algo, Gala? ¿Alguna proposición?

—Nunca haría un trío con mi pareja —respondí resuelta.

—Espera, espera, espera... ¿Tú y yo somos pareja?

No pude contener la carcajada al percatarme de mi metedura de pata.

—No, no, no me malinterpretes. No he querido decir eso. Es solo que...

—Es solo ¿qué? Explíquese, señorita —dijo él mientras simulaba peinarse una barba imaginaria.

—Eres bobo. Yo creo que solo lo haría con alguien a quien no volviera a ver en el futuro. Es decir, una aventura para guardar en el cajón de la memoria y listo. Sin más importancia ni vínculo emocional.

—Estoy de acuerdo contigo. Entonces —añadió seductor—,

¿piensas volver a verme?

—Es posible, Chris, es posible.

Una voz femenina interrumpió mi respuesta. Próxima parada: Madrid-Atocha.

Vida privada 3

El tráfico en Madrid estaba como siempre. «A todas horas es hora punta en la capital», contesté al taxista cuando me dijo que tardaríamos un buen rato hasta llegar a la clínica donde estaba ingresada la abuela.

Confieso que en aquel momento me gustó reencontrarme así con mi ciudad. Madrid siempre te recibe con estruendo, con ánimo, con ilusión.

En aquella ocasión, el serpenteo interminable de coches en el paseo de Recoletos y la Castellana

me ayudó a distraerme.

Neptuno, la Cibeles, el antiguo edificio de Correos. Todo lucía majestuoso.

La luz de Madrid me arropó en un día oscuro y lleno de incertidumbres. Ya en el camino rumbo al Hospital del Norte me dedicué a observar a las personas con las que nos íbamos cruzando a nuestro paso.

¿Tendrían ellos también a algún familiar enfermo? ¿Estarían sanos? Lo intentaba, procuraba desviar mi atención, pero los pensamientos de lo que me encontraría al llegar a mi destino ocupaban mi mente.

El sonido del móvil interrumpió por un instante esa espiral en la que mi abuela lo centraba todo. Era un mensaje de Chris.

Hola, Gala. Me ha encantado conocerte.

Tomarme unas cervezas contigo, charlar y

besarte ha sido lo mejor de mi viaje a España.

Espero que me hagas un hueco estos días y nos volvamos a ver.

Hola, Chris. Lo mismo digo. Ojalá podamos

vernos.

Además, tengo que confesarte algo. Yo también tengo vida secreta. Pero para eso tendremos que volver a vernos. ¿Trato?

Trato, por supuesto que había trato. Tras los mensajes me quedé ensimismada pensando si realmente nos encontraríamos de nuevo.

En la radio sonaba una emisora de éxitos de los ochenta y acababan de poner a los australianos INXS. Me pareció una señal.

«Seguro que nos veremos», pensé, y conseguí esbozar una media sonrisa.

—¿Dónde la dejo? ¿En urgencias?

La pregunta del taxista me devolvió de un plumazo a la vida real.

¿Cómo me habría encontrado aquel hombre para preguntarme si me llevaba a urgencias? ¿Tan mala cara tendría?

Tuve que pensarlo unos segundos y tras un titubeo acerté a decir que iba a la entrada principal, donde los ingresos en planta. A punto estuve de preguntarle: «Caballero, ¿la puerta de desahuciados sabe dónde está?».

Y la angustia de pensar que quizá aquella sería la última vez que vería a mi abuela con vida hizo que rompiera a llorar en silencio.

Vida privada 4

Hay realidades que son irrefutables. Una de ellas es que los hospitales huelen mal. Eso es así, incuestionable. Un hospital huele a hospital. Todo el mundo te entiende cuando lo dices. Es sencillo.

Es un edificio donde hay enfermos. Lo raro sería lo contrario. Aquí no ha lugar a matices, no valen paños calientes. La mezcla de olores a medicamento, comida de rancho y enfermedad forman un cóctel mortal para la pituitaria. Y para el alma. Y, a eso, hay que sumarle el miedo. Generalmente cuando uno entra en un hospital no le esperan buenas noticias. Incluso en el mejor de los casos, el mal rato seguro que te lo llevas.

El Hospital del Norte era nuevo, un centro privado que parecía sacado de una serie de médicos norteamericana. Aun así y, a pesar del esfuerzo por disimularlo, aquello era un hospital. Con sus enfermos en sus habitaciones individuales; con sus camas articuladas, sus sueros y con su comida sin sal. Y ni rastro de George Clooney ni del Doctor Macizo por los pasillos.

Entré en aquel edificio con el miedo y la incertidumbre de un cachorro abandonado en una perrera. Unos minutos antes de llegar había enviado a Mauro un audio.

—Hermano, ya estoy de camino, ¿dónde nos encontramos?

Mi nota de voz sonaba temblorosa como aquel día que llegué a casa con las notas y ya anticipaba la reprimenda de mis padres al certificar que tendría que repetir curso. O aquel otro día, cuando les

pregunté adónde se iban los muertos. Como si a aquellas alturas no supiera ya que no había nada después de esto.

Vé a la habitación 269. Al í están papá y mamá con la abuela. Me paso en un rato. Bs.

El mensaje me llegó justo en el momento en el que entraba en aquel hospital que iba a recordar para siempre.

Antes de subir a la habitación, me pasé por los servicios, me lavé la cara, los dientes y me recompuse el pelo en una coleta baja. No quería que mis padres notaran que había bebido durante el viaje.

Me perdí deambulando por pasillos que llevaban a consultas externas, a maternidad y obstetricia, dejé atrás oncología y caminé hasta que vi el pasillo de mi abuela. Porque allí habría muchos pacientes, pero la única enferma que me importaba era la mía.

Miré de nuevo el texto de Mauro: habitación 269, el mismo número que ponía en la placa que tenía delante. Ya había llegado.

No tenía más excusas para perder más el tiempo. Aquella era la habitación. Tras esa puerta me esperaba mi abuela.

La mano me temblaba sobre el pomo de acero, tan frío como el recibimiento de mi madre al otro lado de la puerta.

—Ah, ya has llegado. Mauro nos ha dicho que ya estabas en Madrid. Podrías haber avisado, hija.

—Bueno, no he caído. Se lo dije a él. Como fue él quien me avisó de que la abuela estaba enferma...

Le di dos besos y se me partió el alma cuando miré hacia la camilla. Tendida yacía una señora muy mayor que se parecía a la abuela Rosario. Sin embargo, ya no era ella. Había envejecido mucho. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados y los brazos extendidos y repletos de cableado médico con sondas.

Me aproximé a ella y la abracé emocionada.

—A ver si le vas a hacer daño —se apresuró a advertirme mamá.

«A ver si te callas y por una vez me dejas actuar libremente», pensé, aunque logré guardar silencio para evitar una de sus típicas contestaciones, del estilo de: «Veo que no cambias, hija. Qué manía con ser tan desagradable con tu madre». En ese instante se abrió la puerta del baño y apareció mi padre.

—Vaya, ¡ahora eres... rubia! —exclamó sorprendido mientras se acercaba a besarme.

—Sí, va a pasar por todos los colores del arcoíris, es muy moderna, la niña —puntualizó mi madre con sorna.

Y entonces ya no pude contener toda la rabia que llevaba acumulada desde la llamada de Mauro. La impotencia por no poder revertir el estado de salud de la abuela y el deterioro de mi relación con mi madre, que me frustraba enormemente.

—Al menos a mí se me reconoce —respondí cargando mi veneno contra su cara retocada por el bisturí y las inyecciones.

—Ah, ¿y a mí no? —replicó ella muy cabreada.

—Como sigas pinchándote esas mierdas vas a quedar recauchutada.

Entretanto, mi padre se mantenía al margen como siempre había hecho, mirando hacia otro lado, manteniendo el *statu quo* para evitar problemas mayores y que así todo permaneciera igual. Me dirigí a él:

—¿Qué dice Mauro? ¿Cómo está la abuela?

Ni siquiera respondió, tan solo volvió la mirada hacia su madre.

Noté a mi padre muy afectado, y su silencio liberó un torrente de lágrimas. Derrotada, me senté a los pies de la cama y comencé a acariciarle a la abuela sus diminutos pies.

Vida privada 5

Unos nudillos golpearon la puerta y mi hermano se abrió paso con su bata impecable, el fonendoscopio y algún otro aparato médico que no lograba discernir. Mauro estaba guapo a rabiar, más delgado, pero a la vez más fuerte. Amable como siempre, se acercó y me dio un beso y un largo abrazo.

—¿Dónde está la artista de la familia? —preguntó socarronamente.

—No lo sé. No conozco a ninguna —respondí haciéndome la interesante.

Había irrumpido en la habitación como un vendaval de aire fresco y renovado. Acompañado por dos miembros de su equipo, como él mismo había presentado a las dos doctoras, nos hizo un resumen del estado de la abuela.

El diagnóstico era el esperado para alguien con su edad y su cuadro clínico. No había solución. Tan solo se planteaba la duda de cómo proceder. Teníamos dos opciones: esperar a que su corazón dejara de latir o acelerar el proceso desconectándola de las máquinas que la mantenían con vida.

—En el mejor de los escenarios, estaríamos hablando de días.

Mauro nos hizo un resumen del examen médico que le habían efectuado: nos habló de la analítica, las pruebas diagnósticas y la medicación que le estaban suministrando. Yo era incapaz de entender nada. Desde aquella frase —«En el mejor de los escenarios, estaríamos hablando de días»— ya no atendía a

explicación alguna. Mis oídos se cerraron en banda porque ya no les interesaba escuchar más. Y yo no quería saber.

Solo necesitaba quedarme sola con la abuela para poder despedirme de ella. Quería que nos dejaran en paz.

—Ahora pasarán a hacerle las curas y en un ratito llegarán con la medicación. Si ven algo raro, no duden en avisar —nos dijo la más joven de las internistas—. Toda la planta conoce a la señora Rosario y saben que es la abuela del doctor.

Cuando al fin nos dejaron solos le pregunté angustiada a mi hermano.

—¿Qué vamos a hacer? La mantenemos, ¿no?

—La decisión última la debería tomar papá. La tía ya ha dicho que se queda al margen, no quiere opinar. Así que tú dirás, papá —

indicó Mauro, dirigiéndose al doctor sénior de la familia.

—No sé qué piensas tú, Mauro, pero yo dejaría pasar esta noche y si se altera o vemos que hay

que suministrarle mayor sedación, mañana podríamos proceder.

—¿«Podríamos proceder»? —dije cabreada—. ¿La vamos a matar?

—No es eso, Gala —intentó tranquilizarme mi hermano—. No hay solución. Vamos a pensar en la abuela. Procederemos en función de cómo evolucione. Y haremos lo correcto: evitar que sufra. ¿Estás de acuerdo?

Asentí con la cabeza inclinada sobre las rodillas de la abuela Rosario, mientras la abrazaba como si tratara de despertarla de ese letargo en el que estaba sumida.

Vida privada 6

La abuela Rosario siempre fue una mujer recia del norte con las manos resistentes de lavar la ropa al aire libre, con jabón de aceite hecho en casa. La piel fuerte, curtida por los vientos del Bierzo, ha sido un signo de identidad que la ha acompañado durante toda la vida. Aguantó los envites que el destino le tenía preparados, con la fortaleza y la aceptación de quien sabe que no hay alternativa, que hay que levantarse y seguir caminando.

Apenas recién casados, los abuelos se mudaron de su pueblo de León a Madrid. Eran muy jóvenes, la posguerra apretaba más que una soga al cuello, y pensaron que sería la mejor salida para labrarse un futuro y, de paso, quitarse de encima la guardia y custodia de unas familias tan asfixiantes como la época que les había tocado vivir. Los abuelos formaban un buen equipo, la dupla perfecta, y pronto el barrio de Chamberí se acostumbró a ver a su practicante más popular paseando ufano del brazo de su esposa.

Rosario poseía una fortaleza deslumbrante, una cualidad que la convertía en una mujer muy seductora. Y al mismo tiempo dejaba entrever una sensibilidad fuera de lo común, que aumentaba su atractivo. Siempre se enfrentó a todo sin rechistar. Nunca le escuché un reproche. Desde niña, imbuida en aquel entorno rural, Rosario siempre se había sentido fascinada por las artes plásticas y las manualidades: pintaba, cosía, bordaba y cocinaba. Todo lo hacía bien y a todo le ponía el mismo entusiasmo y la misma pasión. Daba igual que fuese una actividad nueva, un pasatiempo o un deber: la

abuela siempre lo hacía todo con amor. Quizá por eso obtenía tan buenos resultados.

Al año de mudarse a la capital, llegó el primer embarazo y pronto el carrito del bebé pasó a ser su fiel acompañante en los paseos diarios por Santa Engracia, la misa de ocho en Iglesia y las compras en los ultramarinos de María de Guzmán.

Papá fue un bebé bueno. Eso contaba la orgullosa madre:

«Fermincito comía y dormía como un angelito. Ella fue peor».

Apenas once meses después, cuando llegó su hermana Julia, todo se complicó. Desde el parto por cesárea hasta la recuperación, que la mantuvo en cama durante meses por una infección que se fue complicando. Era mucha carga para una mujer que tenía a su esposo trabajando todo el día fuera de casa.

Durante unos meses tuvieron la ayuda de una vecina a la que le compensaban los cuidados de los niños y la ayuda a doña Rosario

—como ella la llamaba— con la compra semanal y la comida diaria en casa de los abuelos.

No fueron tiempos fáciles, pero sí felices.

«Hubo épocas en las que no teníamos para derrochar; lo que ganaba el abuelo venía justo para el alquiler y cubrir todos los gastos. Cuando los niños empezaron el colegio, yo ya pude sacarme un dinerillo extra haciendo arreglos de ropa para la gente del barrio y las cosas comenzaron a ir mejor. Estar asfixiado es muy malo. El dinero no es importante salvo cuando tienes que pensar en él.»

La abuela acostumbraba a dejarme intrigada con sus frases y muy atenta le pedí que me la explicara.

«Verás, Gala, yo ya soy mayor, pero desde muy jovencita he tenido una cosa clara: no quiero pasar ni pasarme.»

«¿A qué te refieres, abuela?», pregunté curiosa.

«Pues que tan malo es pasar falta porque no tienes dinero como pasarte por exceso. —Rosario hizo una breve pausa, seguramente recordando algún momento de escasez en el que tuvieron que acostarse con las tripas rogando clemencia—. Yo me entiendo, hija

—añadió, todavía algo ensimismada—. Pasar hambre es duro, pero cuando el dinero sobra, aparecen otro tipo de problemas: tentaciones para gustarlo. Y eso trae calentamientos de cabeza también.»

La abuela no quiso continuar su discurso, que inevitablemente la llevaría a hablar de mis padres.

«¿Bueno, qué? ¿Tienes hambre? Te he preparado una tortilla de patatas de esas que te gustan con el huevo rebosante por los bordes al hincarle el tenedor.» Y así cambió de tercio y de conversación, quizá para protegerme de cualquier pensamiento que pudiera enfrentarme a mis padres. Como si con catorce o quince años yo no hubiera encontrado ya miles de argumentos que reprocharles.

—Aquí le dejo la cena y le reviso la medicación y el suero. Hay tortilla francesa, caldo y un yogur. Después vendré a tomarle la temperatura a Rosario.

La voz de la enfermera interrumpió mis recuerdos de un plumazo.

De nuevo me ubiqué en la habitación 269 del Hospital del Norte frente a una bandeja con comida sin sal. Resultaba obvio que una paciente en su estado no iba a poder ingerir ningún tipo de alimento, pero mi hermano dejó prevista la cena para que quien se quedara a acompañarla pudiera comer algo.

—Yo dormiré con ella esta noche —me había apresurado a decir dirigiéndome a mis padres.

Y así lo hicimos: mi abuela y yo —aun sin ella saberlo— nos dispusimos a pasar juntas la última noche de su vida.

Vida privada 7

La habitación de aquel hospital era como la de uno de esos hoteles que diseñan en cadena y que, a pesar de estar limpios y ser muy modernos, no consiguen ser acogedores. Pocos muebles de líneas sencillas y funcionales, un baño privado con un plato de ducha y un armario a la entrada.

Lo cierto es que, comparado con el recuerdo que tenía del destartado hospital del abuelo Fermín, aquello era lujo asiático, pero aun así no conseguí adaptarme a aquella confortable frialdad.

Un cuarto de siglo después del día que maté a mi abuelo, papá ya estaba jubilado. Ya no era jefe de Cardiología del hospital público de referencia adonde había llevado a su padre. Ahora consideraron que la mejor opción era ingresar a la abuela «en el privado de Mauro». ¡Con la de veces que escuché a mi padre decir que como la sanidad pública no había nada! «Para un problema grave, sin duda hay que optar por la pública. Los equipos más experimentados, los aparatos médicos más avanzados.» Me había pasado tres décadas escuchando decir al doctor Fermín Argensola que él siempre optaría por un centro público si tuviese que internar a un familiar y, sin embargo, allí estaba yo, veinticinco años después, en el hospital más pijo del barrio más pijo de la zona más pija de Madrid.

—La medicina privada ahora es otra cosa —había tratado de explicarme en más de una ocasión—. Hoy en día hay grandes hospitales. Algunos son públicos con gestión privada. Hay múltiples fórmulas. El de tu hermano, por ejemplo, es un centro pionero en muchas disciplinas. Los tiempos cambian, Gala, hay avances.

—Y también cambian las personas, papá. —Lancé aquel reproche sin ningún reparo y con la intención de que le escociera del mismo modo que a mí me dolía recordar que mi padre ya no era el de antes.

—¿A qué te refieres? —me interpeló muy serio.

—A ti, papá. A ti. Antes pensabas distinto. Creías en el derecho a una sanidad universal, gratuita. No sé, te preocupabas por las personas.

Dejé colgando aquella frase y me trasladé a aquel 15 de septiembre de 1995. Unos minutos antes de que muriera el abuelo, de que yo misma pusiera fin a la vida del yayo Fermín, mi padre había aparecido en aquella habitación de hospital como un gurú.

Todos lo respetaban, todos lo escuchaban, incluso yo, a pesar de que con ocho años apenas acertaba a saber lo que estaba sucediendo.

—¿Y ahora no me preocupo por las personas? —Mi padre ya no disimulaba que mis palabras le habían ofendido.

—No sé, tú sabrás. Pero aconsejaste a Mauro entrar a trabajar en este Hospital del Norte donde solo vienen señoras teñidas y sus maridos tostados de jugar al golf.

—Eso son prejuicios —sentenció molesto.

—Llámalo como quieras. Yo solo digo que te aburguesaste, papá.

No es un delito, no es un crimen. Es una realidad, ya está. Acéptalo.

Allí terminó aquella conversación premonitoria de lo que estaba a punto de suceder horas más tarde.

Vida privada 8

Me encanta la tortilla de patata, los huevos fritos, escalfados, incluso me apaño con los hervidos o revueltos, pero odio la tortilla francesa, y en la bandeja de la abuela había poco donde elegir, así que aproveché el breve espacio de tiempo en que puedes dejar solo a un enfermo en la habitación del hospital sin sentirte un ser despreciable que abandona a su suerte a sus crías, y bajé a la cafetería mientras le hacían las curas.

Tonos asépticos, luces excesivamente claras, bandejas de metal y mesas blancas, cuatro o cinco de ellas ocupadas, aunque —salvo un hombre y una mujer que estaban a mi lado en la barra— apenas nadie hablaba. Triste. Eso me pareció, pero en esa época casi todo me lo parecía.

Por aquellos días yo andaba triste o no era feliz. Quizá ambas cosas. No logro recordarlo con claridad. O quizá no estaba feliz porque simplemente era una triste. Odio a las personas instaladas en el drama y, sin embargo, gran parte de mi vida la tragedia me ha mirado con ojos seductores.

La noche en que murió mi abuela cené un huevo duro. Pocas cenas hay más tristes que un huevo hervido sin sal, pero tuve que conformarme con lo que tenían disponible en la cafetería.

—Para llevar, por favor —le indiqué a la camarera.

Cogí la comida y enfilé de nuevo el camino de vuelta. Al llegar ante la 269, ya salía la enfermera. Entré en la habitación, me puse

cómoda, dejé una luz tenue, puse la bandeja en la mesita auxiliar y me comí el huevo duro y el caldo junto a la abuela.

Así fue como compartimos nuestra última cena.

Aquello se convirtió en una especie de cita para dos en el lugar menos apetecible y romántico del planeta, pero confieso que me hizo ilusión tener ese momento de intimidad con ella mientras su vida se iba agotando. La abuela se consumía y yo no quería dejarla escapar.

—¿Sabes, abuela? —le dije intentando mostrarme animada, como si ella me estuviera prestando atención—. Acabo de presenciar una escena muy reveladora abajo en la cafetería: he visto a dos personas decirse que se quieren. Así, a priori, suena bien, ¿verdad? «Te quiero mucho», le ha

soltado él a ella, así, a bocajarro. He pensado que estaban casados o eran pareja o muy buenos amigos o algo... Pero no. La cuestión es que estos dos no eran amigos, ni siquiera eran colegas: habían coincidido alguna vez, lo sé porque he escuchado la conversación enterita; en fin que, como mucho, se podría decir que eran conocidos. ¿Apenas se conocen y ya se dicen que se quieren? Entre ellos no hablaba el impulso electrizante de los amantes que se sienten más cerca que nadie, más arrebatados, más vulnerables, más ansiosos por la presencia del otro, más amantes que nunca antes. No hablaba el rayo que impacta y que hace que todo suceda. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

La miré, tenía los ojos entornados y si lograba respirar, era gracias a la mascarilla de oxígeno. Por un segundo me devolvió la mirada y me pareció intuir una sonrisa en sus ojos.

—Sí, ya lo sé. El rayo os impactó a ti y al abuelo el día que os conocisteis. Me lo has contado mil veces. Eres muy afortunada por haber vivido aquello, por haber sentido así. Quisiste al abuelo con

todo tu ser. Por encima de tus posibilidades. No hay amor más generoso que el que se sabe por encima de uno mismo. Bueno, verás, pues en el caso de esta pareja que me acabo de encontrar hablaba únicamente la euforia de un trabajo bien hecho. Como quien se abraza al que tiene al lado en un estadio de fútbol cuando marca su equipo aunque no se conozcan de nada. La verdad es que eso lo entiendo, soy partidaria de solidarizar la alegría, globalizar el entusiasmo, compartir emociones positivas. Lo que no me convence, porque falta a la verdad y al auténtico significado de las palabras, es que se digan que se quieren. No sé, en mi opinión las palabras hay que respetarlas. El lenguaje es nuestro templo, la manera que tenemos de salvaguardarnos. Si no confiamos en las palabras, ¿en qué podemos confiar?

Cuando terminé el monólogo, mi abuela había cerrado los ojos del todo. Recogí la bandeja con los restos de pan, la tortilla francesa y el yogur, que habían quedado intactos, y la retiré. Me descalcé y me metí en su cama. La giré con suavidad, con la misma con la que ella me había tratado siempre, y nuestros cuerpos quedaron perfectamente encajados.

—A tu edad y haciendo la cucharita con alguien mucho más joven que tú —bromeé—. A ver cómo explikas esto mañana.

Pensé que, aunque la vida de la abuela se estuviera apagando, la mejor forma de mantener viva su esencia era intentando desdramatizar aquella situación. La abuela siempre había sido de sonrisa fácil y comentario irónico. Estoy convencida de que aquello alivió en algo aquel difícil trance. De repente mi móvil vibró. Era un mensaje de Hernán:

Te sigo echando de menos.

Respiré hondo.

—Te voy a contar algo que no le he contado a nadie, abuela.

Será nuestro secreto, ¿vale? —Le pasé el brazo por encima de su enjuto cuerpo y puse mi mano izquierda sobre su vientre de tal modo que podía sentir su ligera respiración rítmica y pausada—: Yo solo he estado enamorada una vez en mi vida. Enamorada, enamorada. Vamos, que con él me atravesó el rayo y me dejó temblorosa hasta que se marchó.

»Tenía la magia de lo inaprensible. Nunca sabías a ciencia cierta cuándo llegaría, ni se marchaba del todo al partir. Por sorpresa, inesperado, con aire de advenedizo en cualquier lugar aparecía y se montaba la algarabía y el jolgorio a su alrededor. Y del mismo modo que había llegado se esfumaba. Ese juego al despiste, ese pillarme siempre desprevenida y con el pie cambiado y, aun así, querer que sucediese le hacía cotizar al alza en el mercado de lo intangible de Gala. Un mercado del que formaba parte y que únicamente abandonaba por tiempo limitado. Como si de un cuento de princesas pasado de moda se tratara. Como si a medianoche tuviera que desaparecer dejando atrás un zapato de cristal y una estela de desasosiego de no saber cuándo lo volvería a ver. Con él al principio fue curiosidad, después deseo, que dio paso a cierta obsesión mezclada de amor pasional.

»Así era Hernán. Tan inabarcable como su misterio.

»La noche en que rompimos no conseguí dormir ni un minuto.

Nada. Fue imposible. Como también lo fue no llorar después de manera desconsolada. Aquella era su decisión, aunque podría haber sido la mía. Yo en el fondo la compartía, pero tampoco eso lo hacía más fácil. En aquella relación nada era sencillo. Tampoco el fuego que se despertaba y prendía al colisionar nuestros caracteres frontalmente opuestos.

»Ojalá el sexo no hubiera sido tan bueno. Ojalá Hernán no hubiera olido tan bien. Ojalá esa marca que deja el romanticismo cuando te arrasa no hubiese sido tan profunda. De ese modo no habría confundido su prisa por desaparecer con el halo del tesoro que se desvanece. El helado que hay que comer pronto o se nos derretirá en el plato y nunca recuperará su forma inicial. Esa textura perfecta, la temperatura ideal, el sabor dulce, la vida finita del placer.

Los placeres infinitos de la vida.

»Yo que siempre tuve miedo al miedo, no lo vi venir. El amor me dio tal sacudida que me dejó desnortada hasta mucho tiempo después de la noche que nos separamos definitivamente. Desde aquel primer impacto han pasado ya tres años. Y ciento dieciocho días, que parecen siglos, de la despedida. Y hoy, igual que ayer, lo echo de menos. No de la misma forma, no con la misma intensidad, pero lo sigo recordando. Me acuerdo de sus manos, que me envolvían como si fuera el botín más preciado. Su olor, mezcla de momentos inolvidables empapados de nosotros mismos. Y los besos.

»Los besos de la punzada en el estómago, los besos acompañados de caricias, los besos que anticipan victorias. Los besos que acarician y no se olvidan.

»Le prohibí al tiempo volver a besarlo en futuro.

»Y sí, todavía lo echo de menos, pero ya pasó el huracán.

»Con el correr de los días y los meses me fui acostumbrando a su ausencia, a pesar de que me lo encontraba a la vuelta de cada esquina de mi pensamiento. Siempre andaba husmeando entre mis cosas. En mis recovecos más íntimos, los menos accesibles, los inconfesables.

»Hernán se inventaba otras vidas, como si fuera el protagonista de una novela, porque la realidad

no le era suficiente. Y por eso

necesitaba escapar. Desaparecía para volverse a inventar. Y, mientras tanto, a mí cada vez me costaba más respirar. Apenas podía llenar de oxígeno los pulmones, pero tampoco pasaba nada.

Aquello no era tan importante.

»El aire siempre estaría ahí, no como él, que se marchó, quién sabe si para siempre.

»Por aquellos días, respirar no era tan urgente.

»Como tampoco lo es ahora, abuela.

Vida privada 9

El dolor tras la ruptura con Hernán resultó insoportable. En aquel momento sentí como si me arrancaran algo de las entrañas. Fue un desgarró profundo y seco. Luego tuve la sensación de que mis vísceras salían por la boca del estómago sin anestesia y sin motivo.

No era capaz de entender aquellas palabras que acababan de salir de su boca: «Te quiero mucho, te quiero con locura, pero...».

A partir de aquella conjunción adversativa ya no escuché nada.

Al pronunciar un «pero» todo lo anterior pierde el sentido. Los

«pero» son las excusas a las que nos aferramos cuando no nos atrevemos a hacer frente a la realidad. Cuando no encontramos razones de peso para argumentar que lo que sentimos no es suficiente para seguir sosteniendo la relación.

Eso lo sé ahora. En ese instante no entendí lo que significaban aquellas palabras ni el cambio radical que iban a suponer en mi vida. Tan solo fui capaz de no derrumbarme, apenas logré sostenerle la mirada.

Aun sin disponer de una mente brillante, siempre he sido muy observadora, me fijo en todo lo que ocurre a mi alrededor, por nimio que sea: un levísimo arqueó de cejas, una mirada cómplice entre dos supuestos desconocidos, una risa nerviosa ante la llegada de la persona que te gusta, una mano temblorosa porque alguien necesita una copa. Cualquier mínimo gesto que suceda a dos metros a la redonda —esos que pasan desapercibidos para la mayoría— lo capta mi radar de «pequeñas cosas sin importancia» que tan

agudizado tengo desde que era una niña. Pero aquello no lo vi venir, y también eso dolía.

Ya entonces sabía que ante un golpe podemos reaccionar de maneras muy distintas, no solo en función de cómo seamos, sino también del momento vital que estemos atravesando. A mí, ese día, el dolor intenso me venció y me dejó aletargada.

No me lo podía creer. Las lágrimas comenzaron a brotar sin pedir permiso y sin sentir vergüenza. Aquella no era una cuestión de orgullo ni de mantener la compostura. Aquella era la verdad sin

enmascarar. El amor en estado líquido mostrándose sin tapujos ante quien había sido mi espejo durante varios años.

—Necesito espacio, me asfixio, no puedo respirar —confesó compungido.

Cada palabra, cada explicación que me daba se me iba clavando más y más en algún lugar del pecho. Noté que algo estallaba en mi interior. Quizá fuera el corazón: es posible que sea cierto eso de que puede romperse.

La pena se apoderó de mí y apenas saqué fuerzas para intentar comprender lo que trataba de decirme.

—No sé qué me pasa, estoy raro, últimamente hemos discutido mucho y siento claustrofobia con nuestra relación. Me agobia tenerlo todo medido y planificado. No sé, Gala, no estoy bien. Necesito tiempo.

Necesitaba tiempo, decía, pero cuánto, porque esa tarde hasta un minuto me habría parecido un año. El tiempo es relativo. No hay que ser un genio para saberlo; está claro que cualquier mente lúcida llegaría a este razonamiento sin necesidad de ser Einstein.

El tiempo es un acordeón que estiramos y encogemos a nuestro antojo.

Eso es lo que creemos, que siempre habrá más, pero no es cierto. En realidad, el tiempo es una línea infinita que se extiende en el horizonte. Nunca se detiene, nunca llega a su destino ni se ve el final.

Y, nosotros, pobres infelices, nos sentamos delante de esa raya inabarcable y creemos controlarla. Falso.

¿Y qué somos en realidad? La nada, apenas una cruz en el mapa. Un borrón imperceptible, una muesca en la abrumadora realidad de los días que no se detienen ante las horas; de los meses que acumulan días sin descanso; de los años que cargan con la historia de meses plagados de semanas que vuelven a repetirse cada siete días. No hay descanso, ni tregua.

De eso nos damos cuenta después, algunos demasiado tarde.

Vivimos como si la vida fuera eterna y lo único que es infinito es el tiempo, que no nos pertenece. Por eso, quienes logran llegar a la vejez y miran hacia atrás son conscientes de que lo que les ha ocurrido ha sido un relámpago en la tormenta. Un detalle minúsculo.

Apenas nada.

Siempre he sido consciente de que hay que vivir pensando en el momento presente, aquí y ahora. Imagino que nos cuesta tanto no volar hacia el futuro o recrearnos en el pasado porque vivir produce vértigo. Hay que tomar partido, elegir. Vivir supone tomar decisiones, y eso conlleva ciertos peligros. Al vivir, uno arriesga la vida.

Lo relativo del tiempo es nuestra percepción. Hay días en los que el nervio de la felicidad nos

lleva en volandas y cabalgamos las horas en lugar de vivir los minutos. Es esa fase de enamoramiento en la que estamos deseando ver a nuestro ser amado y, cuando lo tenemos delante, se produce un fallo temporal espacio-tiempo y de

repente ha pasado el día, la noche, el fin de semana y nos hemos vuelto a despedir.

Esos instantes que parecen un error de Matrix son maravillosos.

Nos sentimos tan plenos que la vida se nos queda pequeña. Vamos más rápido que ella, rompemos las barreras del sonido. Viajamos a la velocidad de la luz. La felicidad sería algo así: reventar con nuestro entusiasmo los pilares del tiempo.

Pero toda montaña tiene su valle, todo principio tiene un final.

Todo es cíclico, finito; en definitiva, todo es temporal, salvo el propio tiempo.

Yo había vivido aquella historia de amor con el descaro que otorga la juventud. Le di la espalda a la realidad y nunca me planteé que aquello se pudiera agotar. Nunca pensé que escribiría nuestro final ni que pudiera ser tan doloroso. Y aun así sucedió, tuve que tatuarme en la piel el desenlace de la relación más importante de mi vida, la que más me había calado, con la que más había gozado.

Allí estaba, sentada en el sofá en el que tantas veces nos habíamos dejado llevar por la pasión, escuchando las vacilaciones de quien necesitaba apartarme de su lado.

—¿Qué quieres hacer, Hernán? —acerté a decirle. Mis ojos sostenían su mirada solo cuando él me hablaba. El resto del tiempo caían en el pozo de la incertidumbre de la nueva realidad que se abalanzaba sobre mí.

—No lo sé. Quizá si nos separamos, nos echemos de menos y queramos volver. —Titubeaba porque no lograba mantener un argumento sólido al que poder asirse.

—Si eso es lo que quieres, lo respeto y lo cumpliré. —No sabía muy bien qué responder. No tenía más salida que la de aceptar aquello de la manera más digna posible.

—No es que te pida que nos demos un tiempo, Gala. No quiero plazos. No quiero que me esperes. Necesito saber lo que pierdo si no estás.

La fiereza de sus palabras terminó de romperme. En el fondo él estaba siendo valiente y sincero al encarar aquello como una ruptura real y no un juego de ida y vuelta. Para mí fue demasiado.

—Tranquilo, desapareceré.

Hasta entonces no había sido consciente de que tanto dolor era posible.

—Voy a darme una vuelta. Cuando vuelva espero que no estés.

De repente el aire se hizo sofocante, insoportable, no lograba respirar con normalidad. Sobre mis hombros llevaba una carga pesada que acumulaba la tristeza de aquella última conversación, la

pena por no haber sabido salvar esa historia que tan feliz me había hecho y la culpa por todos los errores que me torpedeaban la mente como bombas de racimo.

Antes de cerrar la puerta, lo miré por última vez. Tenía los ojos bañados en lágrimas e hizo un intento por sonreírme.

Di un portazo que cerraba también cualquier posibilidad de reconciliación.

Vida privada 10

Todo había empezado como un juego. Sin pensarlo demasiado y sin frenarlo en absoluto. Ni Hernán ni yo quisimos evitar lo que estaba surgiendo, algo que en aquel momento tampoco éramos capaces de definir.

Por aquel entonces ambos teníamos pareja. Nuestro encuentro casual sin esperarlo nos supo a poco y comenzamos a vernos con mayor frecuencia. El revuelo que nos provocaba nuestra presencia mutua era también cada vez mayor. Al final llegó el día en el que hubo que tomar la decisión: quedar a solas, vernos, cenar, charlar y comprobar en qué podría derivar todo aquello.

Y todo aquello derivó en una cena deliciosa con más cruces de miradas que de palabras y que tuvo como colofón un beso interminable e inabarcable. Siempre he creído que los besos son el termómetro de la pasión. Ese instante en el que los labios se unen por primera vez, se materializa el contacto y deja de ser una ilusión etérea la escena de las bocas que se unen. Ese roce inicial que anticipa el baile de unas lenguas que se mueren por tocarse.

Nuestro beso duró mucho. El resto de la noche, me atrevería a decir. El seísmo que provocó en nuestros cuerpos habría hecho saltar la escala Richter.

Estábamos hambrientos de nosotros, sedientos de aquellos besos, aun cuando todavía nos eran desconocidos. Las bocas se enzarzaron en un movimiento interminable, un vaivén a merced de lo que ellas mismas iban inventando sobre la marcha. Las lenguas

se gustaron, se buscaron y bailaron hasta el amanecer. De alguna manera se atraparon y ya no consintieron despegarse, salvo para unirse luego a las yemas de los dedos en el dibujo de nuestros cuerpos desnudos, en busca de perfiles secretos e inaccesibles para los demás.

Aquello era nuestro y solo nuestro.

Nunca había experimentado nada igual. La efervescencia que desencadenaban esos juegos preliminares me lanzó a otra dimensión. Aquello no se podía comparar con nada que hubiera vivido o sentido antes.

Nuestras bocas eran fraguas de besos, que conectaban con todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo y convertían mi sangre, mi piel, en un magma de deseo. La lava me recorría el cuello y se demoraba en torno a mis pechos, antes de caer hacia los costados en un lento discurrir por el vientre, salvar el vórtice del ombligo y desembocar ardiente entre mis piernas.

Esa primera noche, Hernán me desnudó sin prisa, regodeándose en todos los detalles, dejando

fluir las ganas que ya lo empapaban todo. Se tumbó boca arriba, me coloqué sobre él y me desabrochó el sostén con asombrosa maestría. Mis senos quedaron a merced de sus manos, de sus labios, de su lengua, que se había acercado para acariciarlos.

La escena podría haberse sacado de una fantasía de *Las mil y una noches*: cojines en el suelo, velas prendidas, olor a incienso; aquella atmósfera fue única. Teníamos todo por delante y nada que perder, solo el tiempo que emplearíamos en darnos placer.

Pronto sus manos abandonaron mis pechos y se abrieron camino hacia el sur de mis caderas, produciéndome en su lento avance una pequeña descarga eléctrica. La piel aguardaba, como si el mundo entero se concentrase en el recorrido de sus yemas, ansioso y

expectante ante lo inminente. Porque no cabía duda de que sus manos irían a parar al hueco de mis piernas, y aun así me estremecí cuando sentí su tacto.

Me abrí y salí a buscarle. A su encuentro todavía me humedecí aún más.

La coreografía fue inmejorable. Comenzó por moverse en círculos con suavidad, después fui guiándolo y cambiando el ritmo, el sentido y la intensidad según nos iba apeteciendo.

Y lo que nos apetecía era todo. No parar nunca. Quedarnos a vivir en nuestros cuerpos fundidos en aquella pasión inédita.

No quedó ni un lugar por descubrirnos, un recoveco en el que cobijarnos, una curva por la que su lengua no hubiera explorado. Y

al fin llegó la explosión, los cuerpos unidos y cabalgando al unísono para gozarnos hasta donde fuimos capaces de llegar. Muy lejos.

Vida privada 11

Te acabas de morir y aquí continúo a tu lado, tumbada junto a ti hecha un ovillo como cuando era pequeña y me acurrucaba en tu regazo. No he conseguido moverme ni siquiera para tratar de despertarte. ¿Para qué había de moverme? Ya es inútil. No hay nada que hacer. Lo sé, te acabas de ir. No soy médico, nadie se ha muerto nunca en mis brazos y, aun así, estoy convencida de que llegaste a la meta, abuela. Se acabó.

«Al amanecer se producen muchos fallecimientos. Habrá que esperar y ver cómo pasa la noche.»
Lo había escuchado cientos de veces, pero nunca pensé que aquellas palabras, hasta entonces huecas, cobrarían sentido en este momento.

No superaste la madrugada. Lo cierto es que una tiene que ser la definitiva. A todos nos llega esa maldita hora en la que nuestro tiempo se para, el reloj de arena deja de escurrirse, nuestras mareas dejan de moverse a merced de lunas nuevas.

Te estoy mirando y no me puedo creer que ya no vayas a vivir más. Que no vayamos a compartir más ratos. Que no vayas a verme envejecer. ¿Me pareceré a ti cuando sea mayor? Ojalá.

Sigues oliendo como siempre. Hueles a la abuela, a brisa fresca, una mezcla de perfume empolvado con un ligero toque cítrico y de bergamota. Hueles a ti. Es algo inexplicable e inconfundible.

Te acabas de ir, abuela, y ya te echo de menos.

Por un instante me ha parecido que estabas temblando. ¿Estaré perdiendo la cabeza? ¿Cómo vas a estar temblando si ya nos has

dejado?

Supongo que tú ya no sientes nada, ya no te enteras de lo que ocurre en esta sala, en esta cama, donde tú y yo seguimos abrazadas esperando el milagro en lo inevitable. Juro por lo que más quiero que ahora mismo haría lo que fuera por mantenerte aquí. ¡Quédate, por favor! Te lo suplico.

Mírame, estoy llorando. ¿No me ves? ¡Concédeme un último deseo! No te vayas. Yo te quiero mucho mucho mucho. Y te quiero a mi lado. Quédate conmigo, abuela: te necesito. Quizá no te lo haya dicho mucho últimamente. Es posible que apenas lo haya mencionado en todos estos años, pero es que no me imagino la vida sin ti. Sin tu sonrisa ni tu guiso de garbanzos, sin tus manos cálidas ni tus cuidados.

Supongo que a estas alturas ya te parecerá todo una excusa.

Pamplinas, que dirías tú. Pero lo cierto es que los últimos tiempos no han sido buenos tiempos. No sé si te lo habrán contado mis padres, pero mi relación con ellos anda regular. Su ojito derecho siempre ha sido mi hermano, que para algo siguió los pasos de papá y cogió el testigo y se dedica a una profesión seria, digna de lo que él merece. De lo que él cree que merece. Y la actitud de mi padre a lo mejor es más comprensible, pero la de mi madre... Lo de mi madre es acojonante, abuela. No hay por dónde cogerlo.

Últimamente está insoportable y siempre termina lanzándose a la yugular. ¿Cómo es posible que nunca se ponga de mi lado? ¿Cómo es posible que no haya sido nunca cómplice? Al menos mi cómplice.

Solo la he visto posicionarse para defender a la tía Julia. Tú sabes que yo a la tía la adoro, pero no entiendo que mi madre se haya mostrado siempre más cercana a ella que a mí. Y reconozco que ellas eran amigas antes de que mamá y papá se casaran, pero,

joder, abuela, que yo soy su hija. Alguna vez podría haber tenido algún gesto de complicidad conmigo.

Todo esto te lo cuento para que no te duermas. Venga, despierta, abuela, que tenemos que recoger e irnos a casa. Te gustan tan poco como a mí los hospitales. Salgamos de aquí y hagamos un buen plan.

Vamos, no te hagas la remolona. Levanta, no me hagas repetirte lo que tú me decías mil veces de niña. Mírame, aquí estoy dispuesta a cogerte de la mano y llevarte en volandas a recorrer los mundos que desees conocer. ¡Abre los ojos, abuela, abre los ojos!

—Buenos días, ¿qué tal ha pasado la noche, Rosario?

Dos enfermeras irrumpieron en la habitación y reventaron la armonía del limbo que me había inventado. Esa realidad paralela que me permitía mantenerla con vida en mis pensamientos, en mi conversación imaginaria.

—No os la llevéis, que ahora mismo se despierta. —Aquello sonó como un alarido de desesperación que únicamente consiguió alertar a la pareja de sanitarias.

—Señora, tiene que salir de la cama. —Eran dos chicas jóvenes con poca experiencia que comenzaban el turno de mañana—.

Disculpe, señora, vamos a reconocer a la paciente. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha notado algo extraño? ¿Tiene pulso? ¿Respira?

—Creo que no. ¿Saben? Para la abuela, hoy, respirar no es tan urgente.

Vida privada 12

Lo que ocurrió en las horas posteriores a la muerte de la abuela preferiría haberlo olvidado. En mi vida hay ratos en los que me gustaría disponer de un botón, una función en mi disco duro cerebral, que reseteara las paredes de mi memoria.

Si pudiera, borraría muchos recuerdos: dolorosos, tristes, vergonzantes; recuerdos de adulta y de niña, más o menos graves.

Borraría de un plumazo la vergüenza que sentí a los siete años, cuando me hice pis en la piscina de mi amiga Marina. Aquel bochorno me persiguió dentro del agua —en forma de mancha azulada y de confesión inmediata por mi parte— y fuera de ella —en forma de burlas y chistes de Mauro y el correspondiente castigo de mis padres al enterarse, que me dejó sin tarrinas de dos bolas durante todo ese verano—. Luego supe que ese «detector de orina»

era solo una leyenda urbana, y que todo había surgido como una broma por parte de la familia de Marina para evitar que los niños nos meáramos en su piscina.

Fue cruel y, a falta de ese botón mágico de borrado de memoria, me costó lo mío superarlo. Me dolía el engaño, rabiaba porque había caído en la trampa. Ahora era otra trampa la que dolía: la de la muerte, que por un tiempo tiñe hasta los recuerdos más alegres de tristeza, como una mancha azul en el agua clara que debería ser la vida. Y esta vez no tenía a nadie cerca para decirme que la muerte de mi abuela era solo una broma cruel, que era todo mentira.

Vida privada 13

Rosario no fue enterrada «en la intimidad por expreso deseo de la familia». Con ella no se cumplió la manida frase que repiten los presentadores de las noticias cada vez que muere alguien conocido.

Lejos de proporcionarle un adiós digno y discreto, como estoy convencida de que hubiera sido la

voluntad de la abuela, mis padres optaron por la versión multitudinaria de los sepelios. Un funeral de película, de ficción, como sus vidas prefabricadas. Allí acudieron los viejos compañeros del hospital de papá, las amigas de yoga y *mindfulness* de mamá, los conocidos del pádel, el concejal de Urbanismo del pueblo de la sierra donde habíamos pasado veranos enteros, la prima de San Sebastián... Aquel tanatorio parecía el club social de un campo de golf.

—Ha venido hasta tu jefe, Mauro, y hay parte de la familia a la que no han avisado —comenté resignada a mi hermano en uno de los escasos momentos de intimidad que tuvimos en la sala 11 del tanatorio. Ironías de la vida, en este caso, el 11 no me dio suerte.

—Es mi jefe, me tiene afecto... Y papá ha estado en contacto con él desde que ingresaron a la abuela —trató de justificarle Mauro.

—Papá, en su línea —concluí resignada—. Es el primer relaciones públicas de su generación. No pierde ocasión de hacer buenos contactos, cualquier cosa que atraiga negocios y beneficios mutuos.

—Bueno, de esto no hay nada que rascar, Gala. Poco negocio hay en un entierro. ¿No crees?

—Ya, ya... Es que no soporto las apariencias y con estos padres es difícil no sufrir con sus encerronas.

Claudiqué y me eché a los brazos de Mauro para que me reconfortara.

—La voy a echar mucho de menos —añadí entre lágrimas—. La abuela era la única normal de la familia.

—Bueno, todavía quedo yo —bromeó Mauro con una ligera sonrisa mientras sujetaba mi cara entre sus manos.

—Míralos —le dije dirigiendo la mirada hacia nuestros padres—.

Mamá ha ido a la peluquería antes de venir para estar presentable, como ella suele decir.

—Ya sabes lo presumida que ha sido siempre. A estas alturas no la vas a cambiar. «A más guapo no vamos ninguno», como decía la abuela. —Me guiñó un ojo y me dio un beso.

—Tú sí que mejoras cada año. Eres el Vega Sicilia de la familia, los demás somos vinos de granel.

—El vino caro está sobrevalorado.

—A mí no me la das con queso, hermanito. A ti te encantan los vinos caros. Igual que a todos. Y tú encantas a todo el mundo porque eres un caldo exquisito.

—¿Sabes? Incluso los vinos más prestigiosos pueden picarse y decepcionar.

Noté en aquellas palabras de Mauro mucho más que una metáfora traída al hilo de nuestra conversación. Me pareció intuir cierta verdad, pero lo dejé pasar. Aquel no era el lugar para

abrirnos en canal ni para confesiones profundas.

—Ya hablaremos en otro momento de los vinos que se avinagran y de los que más vale disfrazar con gaseosa. —Le lancé una media sonrisa y me sequé las lágrimas que seguían resbalando por mis mejillas.

—Esta semana me reservo un día para quedar contigo, ¿vale?

—Cualquiera le dice que no a Clark Kent.

Vida privada 14

Los entierros deberían ser una fiesta. Pero una fiesta de verdad: ni una reunión de plañideras que compiten por llorar con mayor hondura y sentimiento, ni un escaparate de personas enlutadas.

Siempre he fantaseado con la idea de una despedida feliz. Una reunión de familiares y amigos que me recuerden contando anécdotas pasadas, vivencias, momentos felices, borracheras compartidas, roturas de corazón. Me imagino una fiesta con farolillos y música en directo que dura hasta el amanecer. Mi gente cantando y bailando mis canciones favoritas. La banda sonora de mi vida en el día de mi adiós, como una familia mexicana celebrando el día de los muertos. En mi fantasía estoy en un lugar donde compartimos espacio los que se quedan y los que ya se fueron. Todos felices, agradecidos por lo vivido y por lo que viene. Sea lo que sea lo que esté por llegar.

Sin embargo, mi realidad aquel día era bien distinta. Allí estábamos, conteniendo las lágrimas ante desconocidos vestidos con ropa carísima que parecía sacada de un desfile de la semana de la moda de Milán. Escuchando un responso en una capilla, y sin pasar antes por el confesionario porque son demasiados los pecados no confesables.

Eso último podía entenderlo: el perdón no compensa el mal trago de tener que reconocer ante un extraño que nuestra vida no es ejemplar. La vergüenza gana a la culpa. Por muy beato que uno sea, el miedo vence a la liberación de sentirse en paz con uno mismo.

Todo eso pensaba mientras el cura pronunciaba unas cariñosas palabras de recuerdo hacia Rosario, alguien a quien nunca conoció, pero que, según el sacerdote, «era una buena cristiana».

¿Qué será eso de ser un buen cristiano?, me pregunté. ¿No habría querido decir aquel señor desde el púlpito que la abuela era una buena persona? ¿Acaso la bondad era patrimonio exclusivo de los cristianos? ¿Y si yo no era cristiana, no podría optar a ir a un mundo mejor? ¿No tendría el reconocimiento en mi despedida? ¿No merecería mención alguna?

Nunca he sido partidaria de otorgar o retirar méritos en función de las creencias de nadie. ¿Quién soy yo para ser juez? Me sorprende mucho quienes se convierten en adalides de la moralidad otorgando carnés de bondad a quienes creen que cumplen con los preceptos adecuados. Mi abuela era buena porque era buena persona, no por ser buena cristiana. A mí me habría dado igual si hubiese profesado cualquier otra religión, si hubiese sido atea o si hubiera practicado meditación tántrica en Nepal. Era mi abuela Rosario, la bondad personificada, independientemente del dios al que le rezara en su intimidad.

Mi análisis de todo a un euro quedó interrumpido por el sonido de un mensaje. Pensé que había silenciado el móvil al entrar a la iglesia, pero era obvio que no. Saqué el teléfono del bolsillo con cierto rubor ante la mirada inquisidora de algún vecino de banco, lo puse en silencio y aproveché para leer el texto.

Era Chris.

Hola, chica española! Qué tal está tu familia? Me gustaría volver a verte. Cenamos esta noche?

Confieso que me hizo ilusión saber de mi australiano favorito incluso en aquel contexto tan poco propicio para cualquier asunto que no fuera triste. Me contuve para no escribirle al instante, pero tenía clara mi respuesta: sí.

Fue todo un detalle y un gesto de delicadeza que no me preguntara directamente por mi abuela. Eso me gustó. Tenía claras pocas cosas en aquel momento, pero esa era una de ellas. Chris me gustaba.

Vida privada 15

El regreso a casa tras un funeral siempre es incómodo. Uno no sabe muy bien cómo actuar. Lo inteligente hubiera sido disimular y hacer como si nada hubiera ocurrido. En nuestro caso, y teniendo en cuenta lo viciada que estaba ya la relación con mis padres, la tensión del duelo había convertido el oxígeno en partículas difícilmente respirables. Casi se podría trocear.

Ya intuía lo que nos esperaba: una rutina impostada, y frases vacías para llenarla. «¿Tenéis hambre?» «Hace calor en la casa. Se nota que ha estado varios días cerrada.» «Voy a poner la tele, que empiezan las noticias. ¿Os habéis enterado del caso de la chica desaparecida? Todavía no saben nada de ella.» Esa bien podría ser la escena que nos encontraríamos en breve.

Todavía estábamos en el cementerio, acabábamos de enterrar a la abuela, las conversaciones cruzadas e inconexas se entrelazaban y todo el mundo hacía esfuerzos por crear un clima de normalidad que todavía tardaría algún tiempo en recuperarse. Aun así, aquella tarde fuimos capaces de estar tristes por otros motivos alejados de la muerte de Rosario. Hay que reconocer que eso tiene su mérito.

En mi familia podemos ser torpes e inapropiados en todo tipo de situaciones y contextos. No importa el estado de ánimo ni la idoneidad del momento. Para joderla siempre nos mostramos dispuestos y somos aventajados.

Papá, en un acto generoso de última voluntad hacia su madre, propuso que nos fuéramos a comer todos juntos.

—Yo invito, en nombre de la abuela —añadió.

A mamá, siempre a la contra incluso aunque el viento le soplara a favor, no le pareció adecuado que nos fuéramos a un restaurante.

—¿Qué va a pensar la gente? ¡Fermín, por Dios! —le reprochó—.

¿Cómo vamos a irnos por ahí? Como si estuviéramos de celebración. ¡Qué barbaridades dices! Y eso que es tu madre.

Se hizo el silencio. Todos nos mirábamos sin saber muy bien qué decir ni cómo reaccionar. Papá era el único que podía dar la réplica.

—Bueno, pues comemos en casa.

Y así resolvió el conflicto. De la misma forma que llevaba haciéndolo los últimos treinta años. Cediendo para no enfadar a mamá y haciendo después lo que él quería. Algo que la enojaba todavía más a ella.

—No sé cómo estará la casa. Lleva dos días sin ir la chica a limpiar, pero bueno. Si así lo has decidido, pues vamos.

El tono entre condescendiente y de reprobación en todo lo que hacía o decía su marido también era una costumbre con décadas de tradición entre ellos.

—Veo que todo sigue como siempre —bromeó mi hermano para intentar romper el hielo—. Venga, ¿alguien se viene con nosotros?

—Me incluyó en el *pack*, así que contesté a toda prisa.

—¡La tía Julia se apunta! —Con mi sentencia no dejé margen de duda y la hermana de mi padre asintió levemente y comenzó a caminar hacia el coche de Mauro—. Nosotros pillamos algo para comer de camino. ¿Qué os apetece? ¿Un arroz?

Ni siquiera esperamos a que respondieran. Mi hermano me pasó el brazo por encima del hombro como cuando éramos niños y seguimos a la tía. La mujer de Mauro y Vilma, mi pequeña sobrina, ya esperaban en el auto.

—Antes de ir a casa podríamos tomarnos algo —le sugerí.

—¿Por qué te crees que vamos a encargarnos una paella? Tenemos media hora de margen, pequeña. Está todo pensado.

Aproveché para agarrarle la mano que colgaba por encima de mi hombro y descansaba a la altura del pecho.

—Te he echado mucho de menos, hermanito —le confesé apretando fuerte sus dedos contra los míos.

—Lo sé. Hay cosas que no tenemos que decirnos, tonta. Eso ya lo sabemos. —Y con un ligero beso en la mejilla concluyó aquel momento tierno.

Mi cuñada me cae bien y, sin embargo, nunca hemos sido amigas.

Es la pareja de Mauro desde hace, no sé, quince años al menos.

Ellos se llevan bien, se tratan bien, se conocen bien. Está todo bien.

Y ahora con el nuevo embarazo de Marga, aún más. Así que, para mí, eso es lo importante. Lo veo feliz, creo. Siempre lo he visto así.

Bien. Y supongo que para él eso es suficiente. Ojalá yo fuera así.

Ojalá la intensidad no formara parte de mi vida.

Marga es una niña bien. Conoció a mi hermano en el colegio. Son amigos desde pequeños, jugaban juntos en el barrio, iban al mismo colegio y al instituto hasta que llegó la universidad. Aquel verano de COU empezaron a salir y desde entonces no se han separado, ya como pareja. Entonces Mauro comenzó Medicina y ella Derecho en un centro privado, aunque nunca ha llegado a ejercer como abogada. Es muy educada y prudente. No recuerdo haberla oído levantar la voz, ni siquiera a su hija, y eso que Vilma, como cualquier niño de su edad, alguna vez se lo hubiera merecido.

La cría tiene ahora cuatro años y es rápida e inquieta como una lagartija con prisa. Siempre con la sonrisa en la boca, es lógico que

a sus padres se les derritan los huesos cuando la niña los camela de la forma en que lo hace.

Tener el don de la simpatía debería ser un eximente en caso de sucumbir ante ciertos encantos. Vilma consigue lo que quiere porque tiene una gracia innata que no sé muy bien de quién ha podido heredar. Es guapa sin serlo demasiado. Atrae por su carismática expresión y por su gestualidad, que siempre va acompañada de un porte amable y una sonrisa. Está algo consentida, como todos hoy en día, pero no es una niña malcriada porque sus padres han tenido la cordura de decirle más de un «no»

a tiempo en alguna de sus pataletas.

Siempre he tenido la convicción de que es en la niñez cuando más cerca estamos de nuestro yo más auténtico. De niños somos cachorros con un único objetivo: dar pena para encontrar nuestra recompensa. Cuando somos bebés lloramos si tenemos hambre, sueño o nos duele algo. Es decir, llamamos la atención para conseguir un objetivo: comer, dormir y ser felices.

A medida que pasa el tiempo nuestras demandas se van haciendo más complejas y nuestra manera de pedir las también.

Empiezan las preferencias por un tipo de alimento en detrimento de otros. Y así piden con fiereza sus golosinas y comienzan a despreciar la fruta y la verdura que antes se comían con entusiasmo. Y lo piden por las buenas y, si no lo consiguen, por las malas. Llantos, pataleos, gritos, amenazas. Y luego, si obtienen su trofeo, pondrán la carita tierna de un oso panda recién nacido.

Así somos. Nuestra especie y las demás. Utilizamos los recursos que están a nuestro alcance para lograr unos objetivos. Con la peculiaridad de que nosotros abusamos de la inteligencia y no dejamos de hacerlo hasta el día de nuestra muerte. Admitámoslo, somos cachorros venidos a más.

Vida privada 16

El cielo en Madrid estaba despejado, pero sobre mis hombros caía a plomo una pena tan grande como la culpa que sentía por los minutos no compartidos con la abuela. Un tiempo que le había robado en favor de cualquier otro plan que en su día me pareció fabuloso y que ahora no cambiaría por nada.

El coche se detuvo frente al restaurante especializado en arroces.

Levanté la mirada y me observé las manos entrelazadas mientras mi hermano se apresuraba a bajar para encargar la paella.

—Ahora vuelvo —dijo agitado, como intentando escapar de algún sitio sin saber muy bien rumbo a qué destino. El móvil le había sonado un par de veces durante el trayecto, pero no lo había mirado.

La tía Julia se quedó fuera en el parque infantil con Marga y la pequeña Vilma. Yo preferí entrar. Al cruzar la puerta de la arrocería encontré a Mauro de espaldas pidiendo una cerveza en la barra.

—Ya tenemos el caldero en marcha. ¿Quieres una caña? —dijo mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo y se esforzaba en lanzarme una sonrisa.

—¿Hay cupo? Necesito barra libre.

Me acerqué a él y le di el abrazo más largo y sentido que nunca he dado a nadie. Buscaba protección y la encontré en los brazos de mi hermano mayor.

—¿Qué te pasa, pequeña? Se nos fue la abuela, ¿eh? La cabrona ha sabido cómo hacerlo, ha conseguido reu nirnos a todos

en su momento más delicado.

—Sabía cómo hacerlo todo. Siempre. Mira qué buen día eligió para irse: ni una nube, sol radiante, despejado. —Sin soltarlo del todo, aún con su mano cogida a la mía, indiqué a mi hermano la puerta para salir al jardín—. Vamos fuera y charlamos.

Todavía tenía los ojos encharcados y la voz algo entrecortada, cuando Mauro lanzó la pregunta que llevaba esperando desde que volví a Madrid.

—¿Qué tal con Hernán? ¿No ha podido acompañarte?

—Bueno, es una larga historia. Digamos que le iba un poco mal venir desde Berlín —traté de ser irónica y no hundirme aún más.

—¿Berlín? —preguntó sorprendido mientras daba un sorbo a su cerveza; había sacado el vaso fuera.

—Lleva un tiempo viviendo allí.

Intenté resumirle mis últimos meses. Le conté por encima la ruptura, mi huida hacia delante que, en realidad, era una vuelta hacia lo conocido, y Mauro lo entendió, como estoy segura de que lo había entendido la abuela Rosario en mi última charla con ella, aunque por una vez solo hablara yo.

Vilma llegó corriendo y se abrazó a las piernas de su padre poniendo punto final a nuestro momento de confesiones. Mauro me miró resignado y con una pose displicente dijo:

—Con los niños se acabó la intimidad en el hogar.

Sonreí y me agaché a darle un beso a mi sobrina.

—A mí no me engañas. Tú eres feliz porque la tienes a ella revolviéndote la intimidad.

—Tocado y hundido, hermanita. —Y mirando a su hija sentenció

—: Gala siempre es la más lista de la clase, ¿sabes, Vilma?

—Eso es porque nunca ha ido a mi clase. —La niña me puso en mi sitio y dejó en evidencia que mi fuerte carácter tenía una

sucesora asegurada.

Volver a casa sin la abuela iba a ser un trago difícil de digerir. Uno sabe estas cosas de antemano, no hace falta que nadie se las cuente por anticipado. «Va a ser un mal rato, es duro, las despedidas siempre son dolorosas, nunca sabes cómo decir adiós para siempre a alguien.» Lo hemos escuchado desde siempre, pero cuando llega la hora, la punzada es tan intensa que escuece imaginar cualquier escenario posible. No hay escapatoria cuando lo que impera es lo definitivo.

Aquel día la única salida era caminar, seguir avanzando y tratar de respirar.

Entonces escuchamos la llamada. La paella estaba lista y ya no pudimos demorar más lo inevitable.

Mi vida secreta

Vida secreta 1

Pocas cosas me producen mayor placer que encontrar algo que estaba escondido. Sin buscarlo. La gracia radica en que caiga en tus manos sin esperarlo. Abrir la caja de Pandora y, *voilà*, que queden al descubierto secretos de familia, amoríos inconfesables, noches interminables que nunca vieron la luz.

Era algo que había visto en películas y leído en libros fascinantes, pero que a mí nunca me había sucedido. Jamás pensé que me ocurriría, pero llegó el momento. El día que murió la abuela Rosario destapé sin saberlo la caja de los truenos.

Llegamos al fin a la casa familiar donde efectivamente hacía calor porque llevaba cerrada varios días. Mi madre nos lo recordó en varias ocasiones y nos reprochó que hubiéramos tardado tanto

en llevar la comida. «No son horas. La niña estará hambrienta. Seguro que os habéis entretenido bebiendo por ahí.» En realidad, a ninguno nos importaba demasiado lo que tuviera que decir mamá. Hacía años que únicamente lanzaba reproches, nunca un comentario constructivo, así que por un oído nos entraba y por otro nos salía.

Preparamos todo para comer en el jardín. Hacía buen tiempo y aquella era una excelente ocasión para reunirnos en la mesa grande del exterior. Mis padres se situaron enfrentados, y no solo físicamente. Uno delante del otro, apenas se dirigían la palabra más que para pedirse cualquier objeto de la mesa que no alcanzaran con la mano. Marga y Mauro sentaron a la pequeña Vilma entre ellos y yo me puse junto a la tía, que estaba al lado de papá.

—¿Por qué la tía Julia nunca habla, mamá? ¿Por qué no le hacéis preguntas?

Las cuestiones de Vilma, como las de todos los niños, llevaban escondida mucha verdad y ningún prejuicio. Era algo de lo que no se hablaba. Se había asumido que la tía, de unos años a esta parte, era más reservada, estaba en sus cosas, tenía «lo suyo» y callaba.

Y nunca habíamos comentado abiertamente entre nosotros el motivo que la había llevado a ese estado de encierro voluntario.

—La tía Julia prefiere escuchar. Es mucho más inteligente.

Marga sabía cómo atajar un problema de raíz y aquella sagaz respuesta a su hija lo confirmó.

La tía Julia fantaseaba con otras realidades porque la suya le parecía tan insustancial como insuficiente. El día a día le resultaba insulso, la vida terrenal le apretaba por los cuatro costados y el horizonte le ceñía todas las costuras. Su rutina llevaba años consumiéndola y ella había escogido dos salidas: el alcohol y la fantasía de los recuerdos distorsionados, en muchas ocasiones combinados.

Mi madre y la tía se conocían desde la infancia. Juana y Julia compartieron los años de colegio y el bachillerato, y ni siquiera se separaron en los años de universidad. En el barrio las conocían como las JuJus. Siempre juntas y siempre tramando algo. Como aquella vez que se escaparon del internado para colarse en el cine donde ponían una película «para mayores», de esas que habrían superado los dos rombos en la tele. Eran cintas de adultos y hacían cosas de adultos, que ellas tenían prohibido siquiera mirar. Un mundo al que estaban deseando asomarse.

Papá llegó a la vida de mamá gracias a la tía. No es que Julia hiciera de celestina, pero la relación tan estrecha entre las amigas provocó que compartieran veranos y vacaciones, como cuando las

JuJus pasaron juntas varias semanas tomando el sol y el vermut en la piscina de la casa familiar de los abuelos. Para entonces, Fermín y Rosario habían prosperado y habían comprado un terreno en la parte norte del paseo de la Castellana, que en ese momento se consideraba las afueras de Madrid, y hoy en día se trata de un cotizado barrio residencial cercano a la estación de Chamartín. A finales de aquel verano, papá ya estaba coladito por la amiga de su hermana. Se lo hizo saber y, tras la declaración, mamá accedió a ir al cine con él. Vieron *Desayuno con diamantes* en la última fila del cine de verano del Templo de Debod.

A partir de aquella tarde se convirtieron en novios formales. Todo el mundo decía que eran «un parejón». «La chica es muy guapa, y tu hijo, muy bien parecido», le decían las vecinas a la abuela Rosario, al verlos pasar agarrados.

Cuando éramos niños, mamá nos contaba a Mauro y a mí su historia de amor. Nos tumbábamos en la cama con la luz apagada y listos ya para dormir, y ella nos narraba con todo lujo de detalles cómo se conocieron papá y ella. Siempre decía que lo suyo había sido un flechazo, amor a primera vista, y que fueron unos años muy felices. «Luego llegasteis vosotros y nuestra pareja pasó a ser una familia preciosa», nos repetía sonriente antes de darnos el beso de buenas noches y salir de nuestro dormitorio.

Eran los años en los que mamá nos dedicaba tiempo. Todavía no había sucedido la tragedia que marcó para siempre su vida. Y las nuestras. Sus padres aún vivían y mi madre todavía era feliz.

Con el paso del tiempo, mamá se convirtió en otra. Una persona gris. Sin embargo, a pesar del mal carácter que fue forjando, siempre me llamó la atención que cuidara tanto de su cuñada, protegiéndola de cualquier comentario impertinente acerca de su afición al silencio y al alcohol. Hasta tal punto se había puesto de su

parte que desde hacía quince años convivían los tres en la casa de mis padres.

La vivienda familiar es un chalé espacioso que tiene un anexo independiente con un pequeño salón con cocina americana y un dormitorio en *suite* con acceso a un baño completo. Estaba ideado para que se quedara el personal de servicio, pero mamá decidió que la asistenta viniera a la casa solo durante el día y que la tía ocupara el apartamento a modo de residencia temporal.

Tres lustros después, la hermana de papá seguía viviendo en aquella casita junto al jardín y nadie había vuelto a hablar del tema.

No recordaba haber entrado en aquel lugar en años, pero esa tarde iba a pisarlo de nuevo para encontrar uno de los secretos mejor guardados de la familia.

—No bebas más, que luego no dices más que tonterías.

El primer dardo envenenado lo lanzó mi madre antes de acabar el primer plato de paella. Un disparo certero a su marido, que la miraba con gesto amable.

—Así por lo menos tengo la excusa del alcohol —respondió papá, restándole importancia a la impertinencia.

—¿Qué quieres decir?, ¿que yo digo tonterías sin beber?

Mamá buscaba el enfrentamiento y lo iba a encontrar antes o después. Ya la conocíamos.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

El doctor sénior intentaba templar los ánimos, pero cada vez le resultaba más complicado amansar a la fiera de Juana.

—Vaya, sí que empezáis fuerte el primer asalto —interrumpí la inminente pelea con un guiño irónico.

Nunca he sido muy hábil para eludir el conflicto, pero siendo el día que era, traté de quitarle hierro al asunto. La abuela Rosario no merecía aquel duelo.

—Tu madre siempre gana a los puntos, pero un día la voy a dejar KO con mi irresistible encanto y no se va a dar ni cuenta.

Papá me miró y sonrió ligeramente, mientras mamá recogía el guante; esta vez, el de boxeo.

—KO ya me dejaste hace años cuando supe de tus infidelidades.

Entonces debería haber tenido el valor para irme.

De repente se hizo el silencio. Esa afirmación ya no era una indirecta ni un comentario sutil. Aquello dejaba a papá con las vergüenzas al aire, y solo pudo reaccionar cuestionándola al momento.

—¿Vas a sacar eso ahora? ¿Delante de los chicos?

¿Precisamente hoy? ¿El día que se ha muerto mi madre?

—Precisamente hoy, Fermín. Porque estoy harta. Harta de tus desplantes y de que yo no pinte nada, salvo para figurar en tus reuniones sociales. ¿La tenías que traer hoy? ¿Hoy también? No tienes vergüenza.

Las últimas palabras sonaron con la voz rota. Mamá ya no podía sostener la entereza y se derrumbó. Mi hermano se levantó y fue a consolarla.

—¿Qué estás diciendo, mamá? —preguntó angustiado—. ¿Cuál es el problema? ¿Quién ha venido hoy?

—Pregúntale a él —le respondió mamá—. El problema es que tu padre es tan mentiroso como mujeriego. No te dirá la verdad.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Juana, por amor de Dios! Estás muy cansada. Túmbate un rato y relájate —le espetó papá, que había dejado atrás el gesto distendido y se mostraba muy enfadado también.

—No estoy cansada. Estoy muy tranquila. Tan relajada como cuando tú volvías de tus congresos médicos después de haberte acostado con otras. Siempre lo supe. Sabía de tu debilidad por el

flirteo, por gustar, de tu vanidad y tu deseo por desear, pero tener una amante fija... Por ahí no paso, Mauro. Por ahí no. Yo soy una señora.

El discurso de mamá pretendía otorgarle cierta dignidad a su figura de esposa, pero lejos de eso la lanzaba al lodo de la baja autoestima.

—Papá, ¿es verdad eso que dice mamá? —Mis palabras ya no sonaban a broma. No recuerdo haberle hablado de un modo tan seco y directo a mi padre nunca antes.

—¡Qué va a ser verdad! No sé qué le pasa a tu madre. Está muy rara y de mal humor. Últimamente se enfada por todo. —Papá intentó justificarse de una manera poco creíble.

—Me enfado porque llevas años dándome motivos —interrumpió mamá—, pero ¡hasta aquí hemos llegado, Fermín! No paso ni una más. Tú sabrás lo que haces y lo que eliges.

—Pero ¿eso qué significa? ¿Os vais a separar? —Aquello me había impactado. Por lo visto mi radar había fallado.

—Eso no significa nada —recalcó papá—. Mañana se le habrá pasado y ya está. Mamá está nerviosa porque no ha descansado bien estos días.

Ella apenas le dejó terminar la frase y añadió:

—Mamá está más lúcida que nunca y usted, señor cirujano, doctor respetable, es demasiado listo para no saber leer entre líneas. Así que —amenazó— o le dices adiós a esa treintañera que te has buscado, que podría ser tu hija, o no vuelves a pisar esta casa.

—Mamá, no te precipites. ¿No crees que las cosas se pueden hablar con calma? —Mauro intentaba en vano apaciguar los ánimos.

Y entonces todos la oímos.

—Hay veces que no es necesario hablar, hay que actuar.

La tía Julia había estado algo ausente durante la conversación y solo levantó la mirada para soltar de manera rotunda aquella afirmación.

—Tú no hables, que también tienes cosas que callar.

Era la primera vez que escuchaba a mi padre dirigirse así a su hermana.

—Todos tenemos cosas que ocultar. Todos —replicó ella y continuó impasible dándole otro pequeño sorbo a la copa de vino tinto.

Papá intentó desviar la atención:

—Bueno, vamos a calmarnos, que esto no es bueno para nadie.

Y menos para Marga —introdujo en la conversación a su nuera embarazada, a modo de burladero—. Una mujer en su estado no puede llevarse estos sobresaltos.

—¿Qué tiene que ver Marga en todo esto? —le reprochó mamá

—. Aquí el único responsable de la situación eres tú y nadie más que tú. Y si tanto te preocupa que las personas no se lleven disgustos, tampoco le viene bien a tu hermana este espectáculo

teniendo la tensión por las nubes. —Y dirigiéndose a su cuñada, que seguía con la vista perdida en la mesa, le preguntó—: ¿Te has tomado las pastillas?

—No —se limitó a responder la tía.

—Gala, ve al apartamentito y coge unos blísteres que tiene en el cajón del mueble.

Las palabras de mamá llegaron en el mejor momento. Todavía no me había repuesto de la bronca que acababa de presenciar. Esa tirantez tan evidente entre mis padres. ¿Sería cierto que mi padre tenía una amante? Después de lo de Hernán, no estaba segura de que pudiera superar otra separación en la familia. Necesitaba

levantarme y ausentarme un rato para oxigenarme; de paso, iría a por la medicación de la tía.

Lo que encontré cuando llegué a su apartamento hizo que mi visita presuntamente fugaz se alargara varios minutos.

Abrí la puerta con la llave que colgaba de la propia cerradura y, pese al sol que brillaba fuera, dentro encontré todo en penumbra, con apenas unos rayos de sol colándose por las rendijas de las persianas bajadas. Aquello bien parecía la guarida de un exconvicto, un lugar hostil y lúgubre ambientado así a conciencia.

Encendí las luces y avancé hacia las dos habitaciones contiguas al salón. Una era el dormitorio, y la adyacente, más pequeña y a modo de vestidor, estaba llena de cajas todavía sin desempaquetar.

No podía dar crédito. Quince años después de haberse instalado en Madrid, tras abandonar Alicante, la tía no había desembalado todo su equipaje. ¿Qué esconderían aquellas cajas para que nunca después las hubiese necesitado?

De repente, algo llamó mi atención: un papel, quizá un recorte de periódico antiguo asomaba por una de aquellas cajas. Sentí una gran curiosidad, sabía que no debía hacerlo, que estaba en aquel lugar única y exclusivamente para coger las pastillas de la tía.

Aquello era una invasión de la intimidad. Pero ¿qué podía hacer? La curiosidad ganó a la moral, mi conciencia se aflojó y me sorprendí a mí misma rebuscando entre aquellas cajas semiabiertas.

En las seis primeras solo había libros. Algunos clásicos de la literatura española, los grandes latinoamericanos y las obras cumbre de las letras anglosajonas. Estaban en sus idiomas originales. *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, o *El Buscón*, de Quevedo, compartían espacio con *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, o *Hamlet*, de Shakespeare.

La tía Julia había sido profesora: cuando Mauro y yo éramos pequeños, ella aún daba clases de literatura en un colegio de Alicante. Pero hacía ya unos años que había abandonado la docencia. Y, ahora que lo pensaba, desde entonces no recordaba haberla visto con un libro entre las manos. ¿Cómo era posible que la tía Julia, una enamorada de la literatura, llevara tantos años sin leer apenas? Y si esas de la caja —como yo sospechaba, incluso sin mayores pruebas— eran sus obras favoritas, ¿cómo interpretar el hecho de que ni siquiera quisiese verlas bien cuidadas en una de las estanterías?

Continué espionando y hurgando entre los recuerdos que escondían aquellas cajas: Lorca, Machado, Valle-Inclán, lord Byron, Flaubert, Joyce, Dickinson, Whitman, Woolf. La biblioteca de la tía Julia era un catálogo de los imprescindibles de la literatura universal.

Justo encima de la última caja que acababa de abrir había otra de menor tamaño, forrada en papel maché. Aquello me llamó la atención. Se notaba que aquel pequeño baúl había sido manoseado en numerosas ocasiones, a tenor del estado en el que se encontraba el envoltorio. Sin embargo, el preciado tesoro estaba situado en el lugar más inaccesible; arriba del todo, solo al alcance de un gigante o de una sobrina curiosa que no dudara en arrastrar una silla desde el salón, poner dos cajas sobre la base y subirse encima.

Eso hice y así obtuve mi recompensa. Tenía en mi poder la caja de Pandora, aunque en ese instante yo aún no sabía que lo era.

Al sostenerla en mis manos me sentí algo nerviosa y debo confesar que también impaciente por saber qué escondía. La saqué de aquella habitación y la puse sobre la cama del dormitorio. Las piernas me temblaban ligeramente y me entraron unas ganas irrefrenables de hacer pipí. Me contuve como pude, intenté controlar

mis pulsaciones y tragué saliva. Me sentí como cuando de niña jugaba al escondite y se acercaban a mi refugio. Entonces me volvía vulnerable y notaba un cosquilleo que ascendía por las piernas y se paraba en el pubis. Las ganas de ir al baño me habían jugado más de una mala pasada.

Me senté en la cama de la tía, coloqué la caja sobre las rodillas y la abrí, sin saber que iba a enfrentarme a una verdad desconocida, con forma de recortes de periódicos locales y de cuartillas sueltas.

Reconocí en la primera imagen la escuela en la que mi tía había dado clases, y a una Julia jovencísima junto al director del centro, un tal Romano, según rezaba el pie de foto. El titular, destacado en negro sobre blanco:

EL COLEGIO PÚBLICO DE LA VEGA

SE CONVIERTE EN REFERENTE DE LA COMARCA

«Los alumnos del colegio de La Vega obtienen

los mejores resultados

en las pruebas de la Comunidad Valenciana.»

Entre los recortes de prensa apareció también una entrevista a la profesora de Lengua y Literatura del centro escolar, con un destacado que me conmovió: «Julia Argensola: Adoro a mis alumnos por encima de todo. Formar a los jóvenes es asegurarnos un futuro».

¿Qué pudo ocurrir para que una mujer con esa pasión por la docencia lo dejara todo, abandonara su vida anterior y dijese adiós para siempre a su vocación?

Con aquella reflexión flotando todavía en mi cabeza me lancé a investigar los papeles del interior. De repente, sin previo aviso, surgió algo entre aquellas piezas de un puzle que todavía no

lograba descifrar. En un lateral del cubículo encontré una libreta desgastada con las tapas de cuero y las hojas de un papel de rayas dobles, similares a las que utilizábamos en las primeras caligrafías de parvulario, y de mayor gramaje que el acostumbrado. Eran cuartillas sueltas, arrancadas, y ya no guardaban ningún orden, pero aun así contenían un tesoro sorprendente.

Eran textos escuetos, quizá fragmentos que narraban pequeñas historias, poesías, frases de amor, aforismos... Todo dedicado a la misma persona: Romano.

¿Quién sería? La tía nunca nos había hablado de que hubiera existido nadie importante en su vida amorosa y estoy convencida de que si hubiera mencionado a Romano alguna vez, no habría olvidado ese nombre.

Algunos de los textos que acababan de caer en mis manos estaban escritos a modo de diario, en primera persona y dirigidos a aquel hombre que a ratos me parecía presente y a ratos tan ausente que desgarraba el mero hecho de imaginar un amor no correspondido con aquel nivel de entrega.

Esta tarde se nos ha hecho más tarde de lo habitual y Romano se ha ofrecido a acompañarme a casa. Es todo un cabalero. Como ya había caído el sol, me ha dicho que lo correcto sería dejarme sana y salva en mi puerta. Todavía me ruborizo al recordar cómo me ha dado un beso en la mejilla y cómo sus labios han rozado la comisura de los míos. ¡¡¡Una descarga eléctrica me ha recorrido el cuerpo de arriba abajo!!! He sentido un vuelco en el pecho y se me ha acelerado el corazón. Estaba tan nerviosa que no lograba encontrar las llaves en el bolso.

Si aquello lo había escrito la tía, era imposible que lo hubiera hecho de oídas. ¿Habría vivido una relación pasional? Y si era así,

¿cómo lo había guardado en silencio durante tantos años?

En realidad te sueño cada día.

En sueños te vivo cada noche.

Los versos románticos se entrelazaban con pasajes de una historia de la que cada vez quería conocer más.

No puedo controlar la emoción. ¡Romano y yo nos vamos de viaje! Al fin dormiremos y nos despertaremos juntos. Soy feliz.

¿ACASO NO ESCUCHAS EL RUIDO ATRONADOR DE MI SILENCIO?

¿Qué ocurría con Romano para generar esa cascada de sentimientos traducidos en palabras?

Era lava de un volcán sediento.

Agua en medio del desierto.

Apenas nada.

Solo eso.

De la tierra, al cielo.

Del mar, consuelo.

Del amor, el vuelo.

SIEMPRE AGRADECÍ AL LIBRE ALBEDRÍO QUE ME LLEVARA HASTA TI.

Seamos más simples.

Hagámoslo.

Como si fuera fácil.

Como si fuera posible.

Como sí.

A medida que leía fragmentos de aquella historia, a ratos con nombre propio, a ratos como oraciones anónimas, me convencía de que la tía Julia guardaba un enorme secreto del que jamás nos había hablado.

A salvo,

salí ilesa de todo,

salvo de mí misma.

Despeinada por tu brisa, me quedo en el revuelo,

alboroto de desvelos.

Atrapada por la prisa,

de te quiero y lo hago,

de me quedos a tu lado.

Dibujada una sonrisa,

que responde si me rozas

si me agarras los costados.

ELEGÍ QUEDARME EN EL LUGAR QUE LE PEDÍ PRESTADO AL AIRE. Y

NO HUBO MÁS VIENTO QUE TU AUSENCIA.

Ojalá,

yo rellorando todos tus recovecos,

como agua clara calando tus grietas.

Ojalá,

tus tiempos de echarme de menos.

Ojalá,

más tiento en el verbo y menos echarnos cuentas.

Ojalá,

aquel primer beso efímero,

mirándote con mis ojos.

Ojalá para siempre eterno.

Romano, ¿cuántas mentiras me habré dicho y no me he creído? ¿Cuántas me habré calado que eran verdad?

El dolor estaba presente en cada página de aquel *collage* formado por fragmentos de días y noches, de pasión y desazón, de amor y desgarró. ¿Cómo no me había dado cuenta? ¿Cómo no supe intuir todo lo que la tía llevaba callado en su interior?

Me duele

sangrar por la misma herida

el hilo que cosió mis costuras.

Me duele

la bala que quedó perdida,

la llama que lo dejó todo a oscuras.

Me dueles

aquí, donde guardo mi vida,

esa que fue tuya un día.

Las páginas parecían no agotarse. Cada palabra, cada verso, era más conmovedor que el anterior. ¿Cuánto había sufrido la tía Julia por ese tal Romano? ¿Cómo habría acabado aquella historia?

¿Quién sería aquel hombre que le había cambiado la vida, y a ella misma?

Hemos pasado una velada muy agradable en casa de Romano. Su esposa se ha desvivido por complacernos.

¿Su esposa? ¿Acaso se trataba de una relación a tres? No podía creer lo que acababa de leer. ¿Se había enamorado de un hombre casado? Cada vez me surgían más preguntas, pero tenía claro que la tía había vivido una relación muy intensa.

En la parte superior de cada hoja figuraba la fecha en la que fueron escritos aquellos textos. Todos manuscritos, algunos en mayúsculas en un intento de llamar la atención a modo de grito desesperado. Nada parecía dejado al azar. Las palabras cobraban sentido, cabalgaban unas sobre otras y formaban una partitura muda de rimas imperfectas, de contenidos irritablemente emocionales. Demasiado sentimiento si aquello —eso era evidente

— no había terminado bien.

Me invadió una desazón que fue en aumento y que me impidió seguir leyendo entre los recuerdos de la tía Julia. De pronto tuve la necesidad de abrazarla, de decirle que era cómplice de su dolor y de aquella relación de la que solo conocía unas pinceladas.

Dejé todo donde lo había encontrado y salí del dormitorio. Pasé por la cocina y, ahora sí, fui directa al cajón de las medicinas, según las indicaciones que un rato antes me había señalado mi madre.

Cogí las pastillas que había ido a buscar y salí de aquel apartamento sintiendo que era otra.

Vida secreta 2

Cuando cerré la puerta de la casa de la piscina, creí que algo en mí había cambiado para siempre. Fue una sensación extraña, casi premonitoria, pero así lo sentí y así lo constataría poco después.

Por unos instantes, el secreto de la tía Julia había eclipsado mi tristeza por la muerte de la abuela y el malestar generado tras la tensa conversación de mis padres. ¿Quién sería aquella treintañera a la que se refería mamá? ¿Se trataría de una invención fruto de los celos o sería cierto que papá había llevado a su joven amante al funeral de su madre?

Aquellos pensamientos me angustiaron tanto que tuve que pararme unos segundos a respirar de nuevo, pero tan pronto como conseguí relajarme un poco me apresuré a volver a la mesa que había abandonado un rato antes. Cogí el móvil y simulé que hablaba por teléfono para justificar el rato que había tardado dentro de la casa de la tía.

Todo seguía como cuando los dejé. Mis padres continuaban enzarzados en su intercambio de reproches y miradas que matan, mi hermano permanecía ausente centrado en el móvil, su mujer andaba pendiente de la pequeña Vilma y la tía era testigo de todo aquello desde una suerte de atalaya. Ella asistía a la disputa con la autoridad que confiere la distancia y el haber recorrido ya el camino de ida y vuelta. Situada en un peldaño superior, contemplaba aquello desde un prisma de salvaguarda avalado por su resiliencia al dolor y a las escenas de amor fatuo.

—Dile a tu hija lo que acabas de decir.

Mamá pretendía arrastrarme al barro, para que su marido no consiguiera su propósito de dejarlo pasar, como en tantas otras ocasiones antes, según creía ella.

—Para ya, Juana, por favor. Acaba de morirse mi madre. Podrías empatizar con la situación y pasar a un segundo plano por una vez.

En un intento por aliviar parte de su culpa, papá desvió las miradas de todos hacia lo que nos había reunido allí: la muerte de la abuela.

—Ah, ahora el problema es que me gusta ser protagonista. Quizá lo lógico es que una mujer pida estar en un primer plano en su matrimonio. Aunque a ti parece que te gusta repartir juego y darle su momento de gloria a otra. Menudas tragaderas las de ella, también te digo. Presentarse en el funeral. Te juro que no entiendo a esas mujeres que creen que pueden usurpar el puesto de otra como si nada.

Miré a la tía como un acto reflejo y ella me devolvió la mirada, cómplice.

Las palabras de mamá me pellizcaron en lo más profundo.

¿Cómo podía cargar la culpa de una supuesta infidelidad sobre la mujer? Ahora que sabía lo que sabía, no pude evitar ponerme en la piel de la tía Julia. Si había estado en su lugar, ¿qué sentiría al escuchar a mamá? La volví a contemplar y comprobé que se había limitado a bajar la vista y a dar otro sorbo a la copa de vino. Cogí la mía, la rellené y brindé con ella a distancia, con el ánimo de transmitirle toda la camaradería que abarcaba aquel trago.

No podía entender que mi madre hubiera sido capaz de decir aquello delante de su cuñada. Eran prácticamente hermanas; seguro que mamá tenía que saber toda la historia con Romano y su sufrimiento. ¿Cómo era capaz de culpar a la amante de papá

delante de la tía? ¿Acaso Julia había ocultado su secreto también a su gran amiga?

—Querida, creo que no me encuentro muy bien, ¿me acompañas a casa? —La tía Julia había acusado el desafortunado comentario de mamá, pero reaccionó con elegancia y discreción, como siempre.

Antes de responderle, asentí con la cabeza, en silencio.

—Claro —dije al fin en voz alta—. Vamos a echarnos un rato en la tumbona de la piscina. A la sombra se está muy bien a esta hora.

La agarré del brazo y caminamos juntas los escasos metros que separaban la zona del jardín de la piscina. No sé si sería por mi cargo de conciencia al haber violado su intimidad, pero sentí que la tía sabía que había encontrado y leído su diario, estaba claro que ella no se había tragado la excusa de la llamada y me había visto mirarla de un modo diferente.

—Son celos, cariño. No se lo tengas en cuenta a tu madre. No lo ha dicho por fastidiar a nadie y mucho menos a mí. No lo lleses más allá. A tu madre le duele pensar que su marido le haya podido ser infiel. Es humano. Ya está.

Con apenas un puñado de palabras evidenció su inteligencia emocional, me hizo cómplice de su historia y me dejó entrever que era consciente que durante mi estancia en su dormitorio algo de su vida había descubierto. Era cierto, yo conocía su secreto, aunque no los detalles. Y entonces fue cuando la tía puso de manifiesto también su generosidad.

Vida secreta 3

—Los celos no nos conducen a ningún lugar reconfortante. Nunca.

La tía se sentó en una de las tumbonas junto a la piscina y continuó con su discurso, elaborado sobre la marcha pero perfectamente vertebado.

—Por más que los intentemos enmascarar y los barnicemos con una pátina de amor romántico, nada de eso es real. Los celos son celos, no son una señal de amor. Son destructivos y arrasan con todo lo que encuentran a su paso. Incluidos a nosotros mismos.

»A mí me sucedió sin ser consciente de ello. Cuando uno lleva toda la vida creyendo en algo es difícil cambiar la perspectiva. En nuestra mente ha calado la idea de que hay una parte positiva en sentir celos, en que alguien los sienta por nosotros. Como si eso fuera a hacer más fuerte el amor, como si por ponernos celosos quisiéramos más a la otra persona. Lo vemos en películas, en canciones, lo hemos absorbido sin darnos cuenta. Desaprender lo que la mente ya ha asumido es complicado.

»Después de observar mucho, a mi alrededor y dentro de mí misma, saqué algo en claro: los celos solo son una respuesta emocional al miedo. Tememos perder algo que creemos que nos pertenece: nuestra pareja. Es un impulso irracional. Y, en cierto modo, es lógico que surja, que aparezca ese temor a que una tercera persona aleje de nosotros a nuestro ser amado.

—Es normal pensar eso —interrumpí brevemente su relato—. Si estás enamorado, no quieres que venga otro a robarte a tu pareja.

—Ahí radica el error, Gala, en creer que esa persona nos pertenece, que es de nuestra propiedad. ¿Acaso no somos libres para elegir con quién queremos compartir nuestra vida? Por más excusas que nos den, por más trampas que nos pongamos a nosotros mismos, nadie nos obliga a estar con nadie. Estamos con quien hemos elegido, es una decisión que tomamos libremente.

—Uf, tía. Me dejas helada. Se nota que hablas... —tras una ligera pausa, me atreví a completarlo—, que hablas con conocimiento de causa.

—Así es. Le di muchas vueltas a este tema. A mí me sucedió.

Sus palabras sonaban a confesión, como si quisiera liberarse y hablar al fin: destapar el velo que tantos años había cubierto la herida.

—Sufrí como nunca antes había sufrido y, después de bajar a los infiernos por mi obsesión por un hombre, llegué a una conclusión: aunque a priori me pareciera lo contrario, lo curioso de los celos es que no son más que una muestra de amor propio. De quererse a uno mismo por encima del otro.

»Por más que nos hayamos educado en la falsa idea de que si uno siente celos es que está verdaderamente enamorado, esto no es así. El amor es otra cosa, el amor implica generosidad, y cuando amamos queremos que la pareja sea feliz, a nuestro lado o lejos de nosotros. Frente a eso solo encontramos el miedo y la posesión. Yo tenía mucho apego a todo. Incluso a las cosas materiales. Era incapaz de tirar nada que ya hubiera utilizado, desde ropa que me hubiese puesto

en una época determinada hasta un transistor en el que hubiera escuchado a diario nuestra canción. Despojarme de cualquier objeto era como deshacerme también de los recuerdos que venían aparejados a ellos.

»Esa dependencia la llevaba al extremo con las personas. Por aquel entonces, yo pensaba que mi pareja era responsable de mi felicidad. ¡Qué error tan grande! Y más en mi caso, porque yo tenía asumida esa especie de posesión como una virtud. Esta falacia la llevamos respirando en el ambiente desde que somos niños. La idea romántica de que solo hay una persona idónea para nosotros, de que existe nuestra alma gemela, nos lleva a pensar que solo podremos ser felices con esa persona.

»¿Cómo va a ser esto posible, Gala? Si escucháramos lo que nos dice el sentido común, nos irían mejor las cosas. Nuestra felicidad solo depende de una persona, eso es cierto. Pero esa persona somos nosotros. Y si después encuentras a alguien que te hace feliz, afortunado tú.

»Pero recuerda, para ser feliz en pareja hemos de ser felices en solitario. Todo empieza en nosotros mismos. En amarse a uno mismo; en respetarse, cuidarse y alimentar la autoestima. En definitiva, en trabajar en el amor propio para poder amar de manera sana y generosa.

—Así que, tía Julia, según tú, ¿cuando nos ponemos celosos interviene más el amor propio que el amor hacia la pareja?

Mi pregunta era en realidad una reflexión en voz alta con la que interrumpí el discurso tan lúcido y bien ordenado que acababa de exponerme la hermana de papá, una señora de sesenta y tres años de la que nadie que no hubiera hurgado en sus diarios sospecharía una vida sentimental azarosa.

La disertación de la tía Julia me había sorprendido por muchos motivos. En primer lugar, porque ella era una mujer que, si bien transmitía cierto poso e introspección, no solía mostrar su opinión en público. Ni tampoco en privado, la verdad. Era una persona reservada de la que apenas conocíamos detalles.

En casa, por norma, no se hacían preguntas de su vida. Y nunca nos habíamos planteado el motivo, o al menos, nunca habíamos hablado del tema. En realidad, desconocía si ese silencio respondía a que Julia tuviera algo de su vida que esconder o simplemente a que era discreta y poco partidaria de airear sus asuntos; por mucho que la mayoría hubieran prescrito ya.

—La mayoría de nuestros errores, angustias y temores nos llegan porque nos miramos demasiado el ombligo. Nos observamos, nos recreamos en lo que sentimos y no abrimos la mirada al exterior.

Todo es cuestión de perspectiva.

La tía me explicó que estar demasiado centrado en lo que uno siente y padece en cada momento, además de llevarnos a un egocentrismo insufrible, tampoco nos ayuda a estar mejor, a ser más felices. En su opinión, hay que restarle importancia a las cosas, desdramatizar y no tomarnos demasiado en serio.

—¿Tú crees que si pienso demasiado en mis cosas significa que soy una narcisista insoportable?

—pregunté con cierto temor ante una respuesta afirmativa.

—Eso te lo puedes contestar tú misma. Si eres capaz de hacer autocrítica, si te preocupa estar demasiado centrada en ti y desatender a los demás, si te angustia despegarte de la realidad para adentrarte solo en tus cosas, es que todavía estás a tiempo de salvarte. —Sonrió ligeramente, dio un pequeño sorbo a la copa de vino tinto, que se había llevado consigo a la piscina, y prosiguió —: Puede que hayas cruzado ciertas líneas y estés concentrada en exceso en tus asuntos, pero en el simple hecho de cuestionártelo ya se atisba un gesto positivo. La duda te puede llevar al análisis y este a la autocrítica. No te mortifiques por cómo eres. Solo has de pensar en lo que quieres cambiar y actuar en consecuencia. El narcisista nunca va a empatizar con el otro ni va a creer que piensa

demasiado en sí mismo. En su universo de pequeñas cosas, la única pieza clave e importante es el ego. El centro de todo. El ombligo de todos sus mundos.

—Me alivia pensar que no soy una egocéntrica patológica.

—Verás, Gala. Todos corremos el peligro de elevarnos a altas cotas del narcisismo, pero es complicado mantenerse en la cima.

Solo los muy ególatras lo consiguen. Para eso hay que nacer. Es algo así como tener linaje. Un rey nace ya siendo heredero y siempre estará en el vértice de la pirámide. Nadie de su entorno será nunca más importante que el monarca. Así lo cree él y así se lo hacen creer quienes lo rodean, aunque no lo compartan y sean partidarios de otra realidad. Un plebeyo puede ascender y rozar ese estado temporalmente, pero nunca será el rey.

—¿Quieres decir que los narcisistas siempre se mirarán el ombligo y nunca bajarán de su escalón?

—Exacto —afirmó la tía, y sentenció—: Lo pueden intentar o los pueden obligar, pero es mucho más complicado que un rey se acostumbre a ser una persona mundana a que ocurra lo contrario.

—En fin, algo bueno teníamos que tener la plebe —añadí socarrona, y le pregunté curiosa—: ¿Y tú por qué sabes tanto de narcisistas, tía?

—Estuve enamorada de uno durante décadas. Permanecí a su lado dieciocho años. Tuve tiempo suficiente para hacer un estudio pormenorizado de su comportamiento egoísta mientras malgastaba mi vida esperándolo.

—¿Esperándolo? ¿Por qué? ¿Viajaba mucho?

—No, él vivía en el mismo pueblo que yo, pero con su mujer —

sentenció sin inmutarse.

Su manera de expresar aquella realidad que la había maltratado emocionalmente durante casi cuatro lustros dejaba entrever que la

herida estuvo abierta y dolió mucho. Intuí que la cicatriz había tardado años en sanar, pero ya había cicatrizado, aunque era probable que algunos días tormentosos aún le doliera.

—¿Qué quieres saber? —me interpeló mientras se encendía un cigarrillo.

—Todo —respondí acercando mi silla a su tumbona—. Todo, de principio a fin. —Crucé las piernas, apoyé los codos en las rodillas y posé mi cara sobre las manos—. Soy todo oídos, tía Julia.

Y así fue como oí, por primera vez en labios de mi tía Julia, el nombre de Romano.

—Tenía veintiocho años cuando aprobé las oposiciones para la plaza de profesora de primaria en un colegio de la provincia de Alicante. Aterricé a finales de agosto en aquel pueblecito de pescadores en el que todo el mundo se saludaba por la calle. Yo llegaba de Madrid, donde nadie me conocía, y aquello me fascinó.

Era como volver a un pasado no vivido, que sin embargo sentí mío desde aquel primer contacto. Pronto me habían sacado un montón de motes: la Madrileña, la Forastera, la Maestra, la Guapa. Todo el mundo hablaba de la llegada de la nueva. Todos menos yo, que vivía ajena a aquel revuelo y ni siquiera me había enterado.

»Me alquilé una casita en un bajo con unas vistas al futuro maravillosas. Era pequeña también la casa, apenas sesenta metros, pero muy coqueta y con una terraza frente al mar. Suficiente para mí y para cualquier joven que tuviera la vida por delante y las ganas intactas. Me encantaba levantarme por las mañanas muy temprano, a esas horas en las que la playa está como un regalo todavía sin desenvolver. Me tomaba un café de pie en la cocina mientras escuchaba el sonido de las olas y luego sacaba a pasear a *Byron*,

mi cachorro de bichón maltés, que me acompañó durante toda aquella aventura a orillas del Mediterráneo.

»No tardé en ganarme el afecto de mis compañeras y del director de la escuela: Romano Andrade tenía cuarenta y dos años y llevaba una década al frente del centro. Era un colegio sencillo y austero, pero con ínfulas de llegar a ser referente en la provincia. Queríamos lograr que nuestros alumnos fueran los mejor formados de la comarca y todos los profesores nos esforzábamos para ello.

»El abuelo de Romano era de Sicilia. De él había heredado su nombre y también la debilidad por la pasta fresca y por las mujeres morenas y con curvas que le recordaban a las actrices italianas que había visto en las películas de Visconti, Fellini o De Sica, pero de todo eso me enteré más tarde.

»Desde el primer día, Romano se interesó por mí, me cuidó y estuvo pendiente de que me adaptara a las costumbres de la escuela. Se ganó mi confianza y pronto comenzamos a preparar juntos el plan general de estudios de los alumnos. Al finalizar la jornada de trabajo, en cuanto sonaba la sirena y los niños salían corriendo de las aulas, Romano y yo nos reuníamos en la sala de profesores y nos dedicábamos a diseñar posibles trabajos complementarios para los chicos. Desde actividades lúdicas y juegos de mesa hasta concursos, campeonatos deportivos y olimpiadas de matemáticas. En definitiva, nos dedicábamos a fantasear con las posibilidades de aquella humilde escuela de pueblo.

»Así comenzó todo.

»En un par de ocasiones, Romano me invitó a que fuera a su casa a cenar y una de las veces acepté. Me recibió en la puerta. En el interior esperaban su mujer y su hija, que entonces tenía tres años. A la cita acudieron también el jefe de estudios, Eduardo, y

María, la maestra de matemáticas; era la más veterana y nos echaba una mano para organizar las asignaturas de ciencias.

»Paz, la mujer de Romano, se mostró muy agradable, quizá en exceso en algunos momentos, en un intento de complacer a sus invitados y de resultar una anfitriona ejemplar. Al despedirnos, nos dijo risueña: la próxima vez traed a vuestras parejas también.

»La velada fue agradable, pero nunca volví a aquella casa.

Vida secreta 4

La historia de la tía Julia me tenía absorta e interesadísima. No podía dejar de prestarle atención ni de recrear en mi mente los pasajes que me iba narrando.

—¿Por qué no volviste a aquella casa nunca?

Me intrigaba cómo nació la historia de amor entre Romano y Julia.

—Sucedieron muchas cosas, cariño.

Sus palabras escondían una mezcla de resiliencia y agotamiento.

—¡Cuéntamelo! Me interesa todo lo que estés dispuesta a contarme.

—¿Todo? ¿Incluso las partes menos bonitas?

—Todo. Incluso el sufrimiento. —Mi voz sonó convincente y la tía Julia continuó relatando su historia.

—Verás, Gala, hay días en los que recuerdo lo que ya había olvidado. Afortunadamente, cada vez son los menos, y también el dolor es menos intenso. Pero los sigue habiendo. Tanto tiempo después, la memoria me sigue jugando malas pasadas. El sufrimiento es un gran seductor. Nos ronda, nos zarandea, flirtea con nosotros y nos hace sentir especiales. Aunque pensemos que no nos gusta sufrir, no es del todo cierto. Hay una parte de nosotros a la que ese estado de tristeza, ese victimismo en el que nos instalamos, le aporta cierto placer.

»Es un placer culpable, que nos hace daño y que se pega a nosotros con la fuerza del metal al imán. Imagino que nos reconforta

pensar que lo estamos pasando mal por una noble causa: el amor verdadero. Como si para conseguir tocar el cielo de las emociones tuviésemos que pasar en vida por el purgatorio de la desolación y el apego mal entendido.

»Recuerdo un día que salimos más tarde de la escuela. Había comenzado a anochecer y Romano se ofreció a acompañarme para dejarme sana y salva en mi casa.

»Y ni una cosa, ni la otra.

»Me dejó tocada de por vida, aunque yo entonces todavía no lo supiera. Al despedirse me dio un beso en la mejilla y con sus labios rozó la comisura de los míos. Noté una ráfaga de electricidad recorriéndome el cuerpo. Sentí un vuelco en el pecho y la sangre comenzó a circular a un ritmo mucho más agitado por el bombeo acelerado de mi corazón. Giré rápidamente la cara e intenté disimular como pude ante aquella situación tan embarazosa para mí. Yo por aquel entonces era muy pudorosa. Romano se limitó a decirme adiós cortésmente, se dio la vuelta y allí me dejó en la puerta de mi casa tan nerviosa que hasta me costó encontrar las llaves en el bolso.

»A partir de ese momento, Romano se convirtió en una constante; desde entonces he pensado en él todos los días de mi vida. Hasta hoy. Han pasado más de tres décadas de aquel “casi primer beso”. Y aquí me tienes: convertida en una vieja borracha que recuerda sus batallas románticas a su sobrina rebelde el día que acaban de enterrar a su madre y abuela, la mujer más importante de la vida de ambas. Creo que su muerte me ha desatado la lengua y la memoria y por eso te estoy desvelando mi historia. Así que, aprovéchate y pregunta por si en breve vuelvo a quedarme muda.

—¿Dónde está él ahora? ¿Sigue viviendo en el pueblo?

¿Mantenéis el contacto? —Millones de preguntas se agolpaban en mi mente curiosa, que no terminaba de creerse que la tía Julia hubiera mantenido bajo llave aquel secreto toda una vida—. ¿Cómo es posible que nunca hayamos hablado de esto?

—¿Para qué? —respondió sin inmutarse—. Hay veces en las que el silencio es el camino adecuado. ¿De qué habría servido? Él no iba a volver de todos modos y yo no iba a ser más feliz por contarlo.

Su asertividad era tan rotunda como inquietante. ¿Acaso en todo ese tiempo no había necesitado desahogarse con nadie? ¿Nunca sucumbió a sus propias debilidades y confesó su situación? Antes de que continuara con mis elucubraciones, Julia intervino de nuevo.

—Tus padres lo saben, están al tanto de todo. Una vez se lo conté. Fue justo antes de que me viniera a vivir con ellos aquí a Madrid.

—Entonces ¿lo sabían y nunca me han dicho nada? —reflexioné boquiabierta, incapaz de disimular mi sorpresa. Papá y mamá habían sido cómplices de aquello y yo ni siquiera lo había sospechado. De repente, temí que mi vida entera pudiera haber sido una farsa. Yo que pensaba que nada se me escapaba a mi alrededor y quizá me rondaban otros muchos secretos mientras yo permanecía ajena a todos, ignorante de lo que sucedía en las capas más profundas de las pieles de quienes me rodeaban.

—Todos ocultamos cosas, omitimos datos, Gala. Es la vida.

—¿Por qué volviste a Madrid? Cuéntame tu historia. —Mi petición sonaba a súplica, pero era también una exigencia y no admitiría una negativa por respuesta.

—Ya lo estoy haciendo —dijo con una sonrisa y añadió—: Tranquila, hoy estoy parlanchina, estoy dispuesta a hablar. Volví porque ya no podía más. Pedí ayuda cuando sentí que ya no me quedaban fuerzas para sostenerme. Fue un acto de supervivencia más que una confesión a tus padres.

»Hacia dieciocho años que Romano y yo estábamos juntos sin estar. Tampoco sin dejar de estarlo del todo. Era una condena en vida que había elegido libremente. Cada día durante casi veinte años me prometió que dejaría a su mujer y cada día lo creí, aunque de sobra sabía que a aquellas alturas ya nunca lo haría.

»Al final los años te aportan cierta perspectiva ante los acontecimientos. Uno se va formando a base de golpes y de experiencia. La vida solo se aprende viviéndola. Cuando era joven yo también era una romántica. Todo era un ideal, incluso los ideales.

Le ponía mil trajes al amor, lo vestía y desvestía a mi antojo. Pero cuando nadie nos ve, a solas, desnudos frente a frente, ya no hay disfraz que nos tape las vergüenzas ni las cobardías. Frente al espejo uno siempre sabe lo que hay por más que se empeñe en inventar espejismos.

»Lo que había nacido como una pasión irrefrenable entre Romano y yo, a los meses ya se había convertido en un calvario de ingratas esperas. Al principio lo viví con la euforia que aporta el enamoramiento arrollador, pensando que todo saldría bien, que triunfaría nuestro amor verdadero frente al otro, el falso, ese que mantenía con su mujer supuestamente en contra de su voluntad. Al pasar los años, la espera se fue llenando de amargura y enclaustramiento, de promesas incumplidas y de mentiras a todas horas. En cierto modo, yo era consciente de que estaba arrojando por la borda un tiempo precioso, pero no imaginaba que aquella espera fuera a prolongarse tanto.

»Ahora, desde la madurez y con la lucidez que aporta saber el final de la historia, te confesaré algo: Romano no merecía tanto la pena, pero a él, como a la idea del amor, también le tuve que colocar una máscara que hiciera soportable todo aquello. No habría tenido sentido tanto sufrimiento si mi amado no hubiese rozado la perfección, al menos en mi cabeza.

»Eso ya lo he aprendido. Los recuerdos son cambiantes, y nuestra memoria, engañosa. Nos tiende trampas. Recordamos lo que creemos que ocurrió, no lo que pasó realmente. Y cada vez que rescatamos un recuerdo, lo vamos modificando y maleándolo a nuestro gusto. Hasta conseguir, al final, tener una idea bastante confusa de nuestra propia vida. Todo se va emborronando y se hace difuso. A mí me sucede a diario. Hay episodios que dudo si sucedieron en realidad o los soñé. De tanto manosear y revivir aquellos momentos, he llegado a transformarlos en otra cosa, en algo que nunca existió. He releído cientos de veces los diarios que escribí durante parte de aquellos años. Son notas atropelladas, una especie de pulsión emocional que salía en cascada de mi interior.

También hubo temporadas de sequía narrativa, sobre todo al final.

Aún hoy me sigue llamando la atención mi tenacidad y aquella capacidad de entonces para enredarme una y otra vez con ideas románticas que justificaran mi inexcusable situación.

La tía Julia calló unos segundos, y luego sonrió y negó con la cabeza.

—«En realidad te sueño cada día. / En sueños te vivo cada noche» —recitó—. Una de aquellas frases con ínfulas de convertirse en poema la anoté una noche en mi cuaderno de desahogos. Lo cierto es que me sentí tan orgullosa de aquello que lo reproduje en otro papel y a la mañana siguiente lo lancé por debajo de la puerta del despacho de Romano. Nunca lo mencionó.

»Ojalá lo lea pronto. Ojalá le haga pensar en lo nuestro. Ojalá venga luego a casa. Ojalá me diga que está más enamorado que nunca de mí. Ojalá deje a su mujer. Ojalá... Y en esa ristra de ojalás

donde ya llevaba instalada varios años, decidí quedarme unos cuantos más. Porque la vida nos va dejando ir como en un tobogán y los días nos llevan de la mañana a la noche, pero hay instantes en los que podemos decidir o, al menos, somos más conscientes de ello. Yo siempre los dejé pasar. Todos y cada uno de ellos durante dieciocho largos años. Siempre encontré alguna excusa para no cerrarle la puerta a Romano: “Estoy demasiado enamorada de él”;

“Es difícil abandonar a una familia con una niña tan pequeña”;

“Romano me ama y lo pasa tan mal como yo; a su mujer no la quiere, ni siquiera duermen en la misma cama”. Justificaciones para hacerme sobrellevar el día a día.

»Y, así, podía pasarme las horas, inventando pretextos que le dejaran en buen lugar ante las sospechas de mi mente perturbadora. Quizá no fuera tan raro que mis pensamientos intentaran encontrar alguna disculpa ante tamaño despropósito en vista de todo lo que había sucedido hasta la fecha y lo que quedaba por venir.

»Cuando ya llevaba cinco años con Romano, hicimos una escapada de tres días al sur de la provincia de Valencia. Nos fuimos a una granja escuela con los niños del colegio. A eso era a lo máximo a lo que podíamos aspirar como pareja. A mí me parecía un regalo. Poder dormir juntos, amanecer en la misma cama, desayunar y compartir el resto del día sin necesidad de que tuviera que salir corriendo para no llegar muy tarde a casa. Aquello era pura fantasía, el paraíso. Ya ves, viajar en autobús con ochenta niños a nuestro cargo, pasar dos noches fuera de casa y asistir al parto de unos conejos se convirtió en una aventura memorable para recordarla más de tres décadas después.

»A la vuelta de aquel viaje fugaz noté a Romano más esquivo. A veces le sucedía. Él lo achacaba al trabajo y últimamente al

malestar en casa. “No estoy bien con Paz. Esta semana voy a hablar con ella y le contaré lo nuestro.”

»Aquello me hizo sentir tanta alegría como vértigo, así que le dejé un poco de aire para que recompusiera sus ideas. Había algo que nunca me permitía estar tranquila, no estaba eufórica. Ya no confiaba en él. El lunes siguiente, al finalizar el recreo, se acercó a la zona del patio en la que estábamos formando la fila para subir de nuevo a clase: “Julia, hablamos después un minuto, ¿vale? No te vayas sin que nos veamos”.

»Sus palabras llenas de misterio me hicieron fantasear. Ay, ¿le habría dicho ya a Paz que la iba a

dejar por mí? ¿Qué haríamos ahora? ¿Seguiríamos trabajando en el pueblo? ¿Nos mudaríamos a una casa más grande? Después del siroco inicial, y tras aplacar mi revuelo, analicé meticulosamente lo que me había dicho Romano.

Me sorprendió el hecho de que me insistiera en que no me fuese sin despedirme, puesto que en cinco años nunca me había ido de la escuela sin hacerlo. Es más, algunos de los días en los que habíamos discutido y estábamos disgustados, yo disimulaba y me hacía la encontradiza antes de irme a casa solo para poder decirle adiós.

»Al terminar las clases me pasé por su despacho. Se levantó, cerró la puerta y me invitó a sentarme. Tanto formalismo me chirrió, pero enseguida la sorpresa fue mayor por otro motivo.

»“Verás, Paz ha venido esta mañana al colegio. Venía del ambulatorio de recoger unos análisis. Está embarazada.” Hizo una ligera pausa mientras bajaba la mirada avergonzado y añadió:

“Julia, no sé qué decir”.

»Allí me tenía a mí. Una chica joven, como tú, con treinta y pocos años, delante de aquel hombre que le decía que su mujer (esa con la que supuestamente no mantenía relaciones sexuales

desde hacía cinco años) se había quedado embarazada cual Virgen María tocada por la gracia de una paloma.

»El mazazo me dejó paralizada. En aquel momento no sabía lo que me estaba ocurriendo. Después, con el tiempo y la calma que aporta la distancia, supe que entré en estado de *shock*. No podía creerme lo que acababa de escuchar. El hombre a quien amaba, por el que llevaba un lustro esperando, iba a ser padre de nuevo con su esposa. Me quedé mirando la mesa de su despacho. Tenía un cuadrante con los horarios de aquel trimestre. Era una tabla con varios colores. La recuerdo como si la tuviera delante. Fijé la mirada en aquel recuadro como lo podría haber hecho en la pared o en un agujero que se hubiera abierto a mis pies. Al final, no pude contenerme. Noté las lágrimas, pero aun así continué impertérrita.

Romano, en su línea de valiente cobarde, se limitó a repetir: “No sé qué decir, Julia”.

»Me sentí como un preso a punto de salir en libertad condicional y al que de pronto condenan a cadena perpetua. Aquello no entraba en mis planes. No podía ser. Pero fue.

Vida secreta 5

El relato de la tía Julia me había turbado en un día en el que pensaba que el adiós de la abuela sería el único recuerdo que permanecería para siempre. Me equivocaba. Nunca hay que dar nada por hecho, ni lo que pueda suceder ni nuestra reacción ante lo que acontezca.

—¿Qué pasó después, tía? —le pregunté metida de lleno en su historia—. ¿No le dejaste cuando su mujer se quedó embarazada?

Antes de responder, Julia apuró su copa de vino y me pidió que le trajera una botella que tenía empezada en la nevera de la noche anterior.

—Para contarte eso necesito anestesiarme un poquito más, cariño.

Hice lo que me pidió y aproveché para rellenarme yo la mía. Ella me miró con gesto de complicidad y prosiguió.

—¿Sabes lo que es un meandro? —preguntó enigmática mientras se encendía un cigarrillo. Yo permanecí expectante, en silencio—. Es esa curva serpenteante que va describiendo el curso del torrente. A un lado, en la parte convexa, se depositan los sedimentos que ganan terreno a la orilla. En el otro lado, en la cóncava, se produce una mayor erosión y, como consecuencia, el retroceso del margen del río.

De primeras, aquello me confirmó lo que ya sospechaba, que la tía era una maestra vocacional con la pulsión de enseñar y transmitir conocimientos incluso tantos años después de su abandono de las

aulas. Pero no veía adónde quería ir a parar con su clase improvisada.

—La combinación del avance de ambas secuencias, la cóncava y la convexa, da esa forma sinuosa al curso del río. Esto no sucede siempre, se tiene que dar el entorno adecuado, por ejemplo, que apenas tenga pendiente la superficie. Por eso suele originarse en el curso inferior del río.

—¿Y qué tienen que ver los meandros con tu historia, tía? —me reí.

—Pues verás, mucho. Yo siempre me he visualizado como un río.

Será porque soy signo de agua —bromeó—. Al principio de la relación, cuando conocí a Romano, era pura fuerza y descontrol, una catarata inabarcable que no había manera de encauzar. Tuve cascadas peligrosas y algún que otro desbordamiento. Siempre fue así, una historia de altibajos, de chapuzones refrescantes que se alternan con temporadas de sequía y tierra yerma cuarteada. Con el paso del tiempo, el río va discurrendo, como lo hace la vida, que no siempre se mantiene en sus niveles más altos. Desciende el río y se adapta a un terreno cada vez más plano, donde pueden surgir esos meandros de los que te hablaba antes. Aquí el camino también tiene desniveles, pero cada vez son menos pronunciados y más zigzagueantes.

»Como un meandro me fui adaptando a aquel amor de ida con la vuelta nunca asegurada. Los primeros años fueron más tormentosos, fruto de la pasión inicial y de aquella angustia desconocida para mí. Después me fui acostumbrando a aquel malvivir de vida a medias.

»Gala, nunca me he sentido con la autoridad moral de dar consejos a nadie, pero hoy haré una excepción también con eso.

Me miró fijamente y por primera vez noté cómo se emocionaba y se le encharcaban los ojos.

—Nunca nunca nunca te dejes llevar por una corriente que sabes que no te conviene. No desperdicies tu tiempo, porque solo hay un río en la vida y cuando desembocas en el mar se acabó. No hay tiempo para más ni posibilidad de ir a contracorriente, así que aférrate a tus sentimientos, pero no te dejes embaucar por mentiras disfrazadas de amor.

—¿Y eso cómo se sabe? —No lo veía tan fácil.

—Sé justa, cariño. Si te enamoras, entrégate, da el cien por cien, y si la otra persona no responde, lárgate. Sin dudar. No lo olvides.

Nunca te dejes arrastrar por alguien si no está comprometido del mismo modo que lo estás tú. O se está o no se está. O la persona a la que amas está a tu lado o no lo está. No hay más. Y a este lado, la única que estarás siempre eres tú.

Hizo una leve pausa, dio otra calada, tomó un ligero sorbo de vino y concluyó con una sentencia:

—No te defraudes, ni te abandones nunca a la voluntad de otra persona. Tú eres tu propia orilla.

Las palabras de la tía Julia resonaron con una gravedad coherente con el discurso que sostenía. Me quedé muda, sin saber muy bien qué decir, e hice como siempre había hecho con ella: acudir al sentido del humor cuando la realidad me salía al paso.

—Tomo nota de tus consejos, tía, y ahora seguimos, pero me tienes que disculpar un segundo. Tanto hablar de ríos, aguas y mares, me estoy «meandro».

Julia soltó una carcajada que se oyó en todo el barrio.

—Ve al baño, anda, que todavía no he terminado. Tengo más accidentes geográficos que explicarte. Al fin y al cabo, todavía nos quedan los golfos. Y de eso hay mucho de lo que hablar.

Su ironía y esa manera de jugar con los dobles sentidos siempre me habían encandilado de la tía Julia. Era una mujer rápida, audaz, muy inteligente y que, por escuchar más a su corazón que a su cabeza, allí estaba: hablándole de meandros a su sobrina con la intención de prevenirla para que no tomara el mismo rumbo que ella había llevado en su vida.

Vida secreta 6

Hay historias de las que prefiero no conocer muchos detalles si ya sé cómo van a terminar. La de la tía Julia podría haber sido una de ellas y, sin embargo, mi curiosidad por conocer más fragmentos no hacía más que aumentar a medida que me la relataba.

—¿Cómo es posible que soportaras aquello? El hombre a quien amabas compartía su vida con otra mujer, se quedó embarazada y fueron padres de nuevo cuando ya llevaba años contigo. ¡Lo raro es que no te volvieras loca!

Mis palabras quedaron vibrando en el ambiente. El alcohol me había aflojado la lengua y le dije lo que realmente andaba barruntando, aunque no fuera lo más prudente en aquel momento.

Julia permaneció unos segundos en silencio, que interrumpió para sentenciar:

—Yo no estaría tan segura de que no perdiera un poco la cordura.

—No digas eso, tía. Es una tontería. Cualquiera en tu lugar podría haber cometido cualquier chifladura.

—Yo cometí una locura, cariño.

—¿Qué hiciste?

—Quedarme. El día que Romano me dijo que su mujer estaba embarazada, debí coger un tren y volverme a Madrid. Entonces era joven y hubiera sacado fuerzas de flaqueza para rehacer mi vida.

Muchas personas lo habrían hecho incluso antes. Yo no fui capaz.

Decidí apostar por ese amor desabrido que lanza los restos de la

cena al hambriento desesperado. Ahí perdí mi dignidad y no me culpo por ello. Aposté por lo que quería y perdí. A esas alturas las cartas ya estaban boca arriba sobre la mesa y el final de la partida estaba claro: todos íbamos a perder y a dejarnos mucho en el camino: Romano, Paz y yo.

—¿Paz? —pregunté sorprendida.

—Estoy convencida de que ella siempre lo supo. Al principio aguantó porque pensaría que se trataba de un romance pasajero.

Es impensable que alguien pueda soportar ser el segundo plato de otra persona de por vida. Pero allí estaba yo para mover sus cimientos.

»En aquella relación éramos tres, aunque yo no quisiera reconocerlo. Durante años traté de convencerme de que la verdadera pareja, la auténtica y genuina, la formábamos Romano y yo. A Paz la convertí en una especie de apéndice que había surgido de manera espontánea con dos hijos bajo el brazo. La capacidad del ser humano para engañarse y autolesionarse es infinita, Gala.

—En fin, tía Julia, algo bueno recibirías de todo aquello si lo mantuviste tantos años —le dije para consolarla.

—De nada sirvió. —Hizo una ligera pausa, se giró para acomodarse en la hamaca y continuó desbaratando su memoria—.

Recuerdo que era un sábado de mayo. Paz había llevado a los niños a ver a los abuelos y yo aproveché su ausencia para ir con Romano a dar un largo paseo por la playa. El día había amanecido radiante, luminoso, con el sol anunciando la llegada imparable e impaciente del verano. Fuimos caminando desde el puerto, donde los pescadores ordenaban los aparejos con los que faenaban.

Recorrimos el paseo marítimo y al llegar a la zona de calas nos descalzamos y anduvimos por la arena. Las gaviotas se cruzaban a nuestro paso y nos invitaban a meternos al agua.

»Aquel fue uno de los momentos más especiales e íntimos que recuerdo con él. Tuvimos muchos más, algunos ratos felices y el sexo, que era apasionante, sobre todo al principio, pero aquel día se me quedó marcado para siempre. Quizá porque parecíamos una pareja más. —Se rio—. ¡Qué cosas! Uno siempre busca que su relación sea especial, única, ser los que más se quieren, los que

más complicidad tienen, los que gozan de mayor pasión. Yo, por aquel entonces, solo quería que fuéramos una pareja normal y corriente. Nunca lo conseguí.

»Llevamos unos bocadillos, refrescos y horchata, e improvisamos un pícnic en una zona de playa virgen a las afueras del pueblo. Nos quedamos tumbados sobre las toallas hasta que el sol desapareció en la línea del horizonte. Fue un día inolvidable, nos comportamos de manera natural sin tener que escondernos en las cuatro paredes de mi dormitorio. Hablamos de proyectos en común, de dónde viviríamos cuando se divorciara de Paz. La casa tenía que ser grande porque los niños se quedarían con nosotros algunos fines de semana. Podríamos pedir el traslado a otro colegio. Un lugar con playa, eso sí. En eso estábamos de acuerdo. Los besos salpicaban nuestra conversación y me sentí la mujer más afortunada del mundo a pesar de todo.

»A la vuelta pasamos por una zona donde las olas rompían con fuerza. Nos sentamos en el pequeño muro que servía de parapeto sobre las rocas. Saqué un rotulador y pinté: “De tu ladrona de besos”. A Romano le gustó tanto la frase que me prometió que algún día se la tatuaría en un lugar donde solo yo pudiera verlo.

»Siempre fue así, como todo lo que rodeaba a nuestra relación invisible.

»Ese paseo marítimo se convirtió en mi lugar favorito para salir a caminar por las tardes. Desde aquel sábado de mayo no hubo un

día que pasase por delante del rompeolas que no mirara aquellas palabras y recordara todas las escenas de mi día perfecto.

—Pero ¿por qué nunca dejó a su mujer? Si no la quería, ¿qué hacía con ella? No puedo entender que se conformara con aquello teniéndote a ti.

—Pues, verás, durante mucho tiempo no lo entendí y al final llegué a la conclusión de que tampoco yo le bastaba. Lo necesitaba todo: por un lado, a su mujer y sus hijos y, por otro, a mí. Aquella extraña familia numerosa nos convertimos en patas indispensables de su vida. Sin nosotras, Romano no era capaz de caminar por sí solo, y nunca estuvo dispuesto a renunciar a una de las muletas.

—Eso, y que es un egoísta de tres pares de pelotas. —A esas alturas ya no podía contener la calma ante las palabras de mi tía.

—Seguramente eso también, pero nunca me obligó a hacer nada que no quisiera. Lo único que le podría recriminar es que me mintiera dándome esperanzas. Eso no debió hacérselo a aquella joven Julia que soñaba con formar una familia con él. Romano nunca me reconoció su debilidad. Eso sí que es reprochable. Lo demás, por mucho que me duela, fue cosa mía. Siempre supe que éramos tres en discordia y que durante casi veinte años llevó vidas paralelas. Se convirtió en un mentiroso profesional. Un horror.

—¿Cómo es posible que no le guardes rencor? —pregunté con cierta rabia contenida.

—Durante mucho tiempo lo hice. Con Romano pasé por todas las fases. Desde el enamoramiento más cegador hasta la ira. Hubo épocas en las que no lo soportaba. Me molestaba incluso que

respirara. Cualquier cosa que no fuera elegirme estaba mal. Ahora, con el paso del tiempo y el sosiego que aporta la distancia, trato de entenderlo. Él me quiso, claro que lo haría, aunque no como yo

necesitaba que lo hiciera. O al menos, no como yo creía que él tenía que quererme.

—Pero al final rompiste con él y tuviste el valor para volver a Madrid.

—Nunca rompimos. Él se marchó.

—¿Él? ¿Adónde? ¿Con su familia? ¿Se fue sin despedirse?

Me puse tan nerviosa que me incorporé para estar más cerca de ella.

—Cuenta, tía, cuenta.

—Era lunes, septiembre, y acababan de comenzar las clases.

Durante dos semanas habíamos estado preparando las aulas y el material para que estuviera todo a punto para el arranque del curso.

Romano y yo llevábamos sin hablar desde el viernes anterior. Yo me había ido disgustada a casa por la tarde porque no había podido venir a verme un rato después del trabajo. «Tengo que volver pronto a casa —se disculpó—, he quedado con mis hijos para cenar.»

«Muy bien, disfruta. Siempre están por delante de mí. Ellos y Paz.»

Esas fueron las últimas palabras que cruzamos.

»El lunes encontré una rosa de su jardín sobre mi pupitre. En la nota, escrito de su puño y letra, rezaba la frase: “Róbame algún beso, ladrona”. Te confieso que me hizo ilusión recibir aquel mensaje aunque no supusiera ningún cambio, era más de lo mismo en esa carrera de altibajos en que se había convertido nuestra relación. Discutíamos como un matrimonio, le reprochaba como una esposa celosa, me respondía como un marido enojado, y todo, sin que fuéramos nada de eso.

»Aquel lunes era el primer día del curso. Los niños venían pletóricos, bronceados y asilvestrados. Me tocó guardia en el patio y estuve media hora intentando sobrevivir entre los gritos y las carreras de los chavales. Cuando sonó el timbre salieron en

estampida hacia la zona donde se agrupaban para hacer la fila. Al fondo, en la puerta que daba al pasillo, vi al jefe de estudios salir corriendo pidiendo ayuda. “¿Dónde está Juan?”, gritaba Eduardo desesperado. El resto de los profesores que fue encontrando a su paso trataban de tranquilizarlo inútilmente. Cuando al fin vio al médico del colegio, ambos salieron a toda prisa de vuelta al edificio.

»Al ver el revuelo que se formó, me quedé en el patio para procurar calmar a los alumnos que me miraban asustados. No sabían qué estaba ocurriendo, ni yo tampoco. Como pude, los fui dirigiendo a sus aulas y dejé a los delegados de clase como responsables para que vigilaran al

resto de sus compañeros.

»En cuanto conseguí escaparme, salí corriendo al servicio médico para ver si encontraba a Juan. No había nadie, ni allí, ni en conserjería ni en la jefatura de estudios. Me dirigí en último lugar a la dirección. Había recorrido ese mismo camino miles de veces durante los últimos dieciocho años y, sin embargo, aquel día di una vuelta incomprensible antes de enfilarse el pasillo que llevaba al despacho del director. La puerta estaba cerrada, pero después de tantos años de prudencia y contención entré sin llamar. Creí que por una vez no tenía que pedir permiso.

»Romano estaba tendido en el suelo. A su lado había un pequeño charco de sangre y tenía una brecha en la ceja.

Probablemente se había golpeado con algo al caer. Juan intentaba reanimarlo, pero no reaccionaba.

»El médico del centro se había convertido en amigo de todos los profesores, que éramos como una gran familia.

»«Me cago en mis muertos, Romano. Por tus hijos, despierta», la voz de Juan vibraba desesperada.

»«Hazle el boca a boca», dijo alguien.

»«Ya le he practicado la técnica de reanimación. ¿Y la ambulancia?!», gritó Juan desesperado. «¡Necesitamos llevarlo al hospital o se nos va!»

La tía Julia apoyó la cabeza en la hamaca, cerró los ojos un segundo y repitió las últimas palabras en voz baja:

—«O se nos va», eso dijo: que se nos iba. No podía creer lo que decía ni tampoco reaccionar ante aquella escena tan dolorosa.

Tampoco recuerdo con claridad la sucesión de hechos a partir de entonces. Se me amontonan y todo queda distorsionado en mi mente tramposa y selectiva. Ese instante ha quedado envuelto en mi recuerdo como una nebulosa.

»Romano murió allí mismo. La ambulancia tardó quince minutos en llegar. Para entonces, el ictus había acabado con la vida del único hombre al que he amado. La desolación de tantos años por sus ausencias temporales se convirtió de repente en algo ligero y fácil de llevar. Lo verdaderamente desgarrador comenzaba entonces con la ausencia definitiva y mi entrega a él también después de muerto.

Vida secreta 7

Los duelos siempre me han provocado fascinación. Es conmovedor el acto en sí y cómo gestionamos ese momento en el que nos despedimos de manera irreversible de un ser querido. Me llama poderosamente la atención la gente que sabe recuperarse y sobreponerse sin apenas secuelas a un trance tan duro como ese.

Son esas personas las que acaban animándote a ti cuando vas a darles el pésame.

Me resulta admirable la facilidad que tienen para asumir la realidad y no regodearse en la pérdida. Es obvio que sufren la ausencia, pero su lógica es aplastante e imperativa: como no hay opción de que el fallecido vuelva, simplemente miran hacia delante y encarán su nueva vida con ese hueco vacío a su lado.

Para compensar esta fantasía de humanos capaces de racionalizar cualquier aspecto de la vida, encontramos a otros que se quedan anclados en la pena y viven en una condena permanente, aunque el difunto partiese hace años.

Una prima de mamá enviudó cuando tenía treinta y dos años y, desde el día en que su marido se ahorcó con una soga al cuello, ella se vistió de luto riguroso y no volvió a poner los pies en el portal de su casa. Puri permaneció en su encierro voluntario hasta que el alzhéimer le alivió de aquella carga que había convertido su casa en un velatorio infinito. La pérdida de memoria permitió que la mujer, consumida por la pena y convertida en una anciana a los sesenta años, pudiera abandonar su cárcel voluntaria para instalarse en una

residencia de mayores. Allí confundía a su marido con cualquier joven enfermero que entrara a atenderla y revivía la muerte de su Pedro, una y otra vez, como si fuera la primera, cuando le aclaraban que ella era viuda desde hacía treinta años.

Por un segundo temí que la tía Julia encajara dentro de las personas que se instalan en esos duelos perennes, así que le pregunté.

—¿Cómo llevaste la muerte de Romano? Imagino que tu mundo se vendría abajo.

Con mis palabras intentaba mostrarme comprensiva y acercarme a su dolor, aunque yo no hubiera vivido algo así. Me escuchó y, tras atusarse el pelo, continuó desempolvando la memoria.

—Antes del duelo vino la muerte. Te contaré algo, cariño: cuando eres «la otra» ni siquiera tienes derecho a estar presente en los momentos íntimos, que quedan reducidos a la familia y a los amigos, y no a compañeros de trabajo, como supuestamente éramos nosotros. Aquello fue muy duro para mí porque no pude despedirme de Romano como me hubiera gustado, pero además me provocó un dolor añadido. Vi con mis propios ojos el dolor de una familia destrozada. Allí fui consciente de que nunca habían dejado de serlo, aunque él se empeñara en hacérmelo creer y yo me empeñara en creerlo.

—Tuviste que ver a Paz, claro —dije sin ocultar la tristeza.

—No solo tuve que verla. Compartí con ella la angustia de llevarlo al hospital a pesar de que sabíamos que había muerto en el colegio.

»«¿Alguien ha avisado a su mujer?», preguntó María. Eduardo dijo que ya estaba de camino y en ese instante hizo su aparición Paz.

Se arrodilló y se abrazó al cuello de su marido.

»«He hecho lo que he podido, Paz», Juan procuraba justificarse entre sollozos, dejándole espacio junto a Romano. Ella lloraba y

balbuceaba frases inconexas en las que mencionaba a sus hijos.

Repetía desconsolada que Romano se había ido muy pronto, estaba enfadada con él porque los hubiera dejado tan solos.

»Yo permanecía a un lado del despacho, apoyada en la pared y tratando de respirar. Todos mis esfuerzos se concentraban en mantenerme en pie y no desvanecerme. Tuve que tragarme la pena, llorar a escondidas y disimular como había venido haciendo media vida. Paz se apartó para que se llevaran a Romano en la camilla, miró a su alrededor, me vio apoyada con la mirada perdida y una mano sobre la boca a modo de muro de contención. Se dirigió hacia mí y me preguntó qué había ocurrido, y, por cómo lo dijo, ya no me cupo la menor duda de que Paz siempre había sabido lo nuestro, pero tenía la misma fe en que Romano me dejara que yo en que la dejara a ella. Es probable que aquella mujer hubiera sufrido tanto o más que yo sus ausencias, porque si yo tenía el agravante de la soledad, a ella la habrían mirado a los ojos dos hijos en casa a los que no habría sabido qué decirles cuando su padre desaparecía.

—Nunca he conocido a alguien tan empático como tú —la interrumpí—. ¿Cómo es posible que entendieras a esa mujer, que fueras capaz de ponerte en su piel sin que apareciera un ápice de rabia o rencor?

—Bueno, todo esto te lo cuento ahora. Me he convertido en una señora mayor que bebe lo que quiere y dice lo que piensa. Pasar tanto tiempo sola, ensimismada en mis pensamientos, me ha ayudado a ordenarme la cabeza. Pero a estas conclusiones he llegado con la edad. Cuando me quedé «pseudoviuda» deambulaba por la vida dando bandazos y culpando al aire de mi mala fortuna.

—¿Y qué pasó después?

—Cuando nos confirmaron que Romano había muerto por un infarto cerebral, llevaron su cuerpo al tanatorio del pueblo de al lado.

Allí lo veló la familia el resto del día y la noche. Yo estuve un rato a última hora de la tarde. Ya no había apenas visitas y Paz había salido a picar algo a la cafetería. «¿Cómo nos has hecho esto, Romano? Preferiste no elegir. Te has ido tú primero, pero de sobra sabes que me llevas por delante. Morirte sin avisar, eso no se hace.

Nos ha pillado de improviso. ¿Sabes? He visto a tus hijos y están destrozados. Y reconozco que me he sentido culpable. Espero que lo hicieras bien con ellos mientras estabas en casa. ¿Qué voy a hacer yo ahora sin ti, Romano? ¿Qué voy a hacer con mi tiempo si ahora ya no puedo ni perderlo en esperarte?»

»Cuando llegó Paz, la saludé, le di dos besos de cortesía y salí de la sala. Les dije a todos que me marchaba a casa, pero permanecí en un pasillo cercano. Tuve que velar a la persona que más quería en la distancia. Me hice invisible hasta el último momento y soporté en silencio la tristeza sin que nadie sospechara que mi dolor era infinitamente mayor que el de ellos. Pasé la noche en la

habitación contigua a la de Romano, donde ignoro si alguien se preguntaría quién era aquella desconocida que estuvo toda la madrugada custodiando a un muerto del que ni siquiera había oído hablar.

»Después del funeral y el entierro llegó la rutina y con ella el yugo de los días que caen a plomo y que se hunden en la tristeza de saber que no hay marcha atrás. Que la vida sigue sin tener en cuenta tu dolor.

»Acudir cada día a la escuela, entrar por el pasillo donde me cruzaba con él, ir a la sala de reuniones donde preparábamos los planes de estudios, pisar el suelo por el que durante dos décadas habíamos caminado juntos me resultaba insoportable, así que en un alarde de lucidez que siempre me agradeceré y aprovechando que tenía pendiente una operación de muñeca que llevaba un año

posponiendo, decidí pasar por el quirófano. De esa forma conseguí tomar cierta distancia al estar alejada del colegio.

»Cada día durante mi recuperación salía a caminar por el paseo de la ladrona de besos. Aquello me producía un gran dolor, pero en cierto modo me acercaba a Romano y a su recuerdo feliz. En aquellos momentos era lo que necesitaba. Aquel septiembre fue muy lluvioso y la gota fría terminó de deteriorar nuestra pintada en el rompeolas.

»Una mañana me sorprendí volviendo a pintar aquella inscripción para que perdurase en el tiempo. No dejé de llorar durante todo el proceso. Y entonces ocurrió. Mientras repasaba con un rotulador de tinta indeleble cada una de las letras que con tanto mimo había trazado aquel sábado de pícnic en la playa, me di cuenta de que eso era lo que había estado haciendo durante todos esos años: tratando de revivir algo que estaba condenado a muerte, a desaparecer. De manera irrefutable iba a terminar borrándose y difuminándose en el tiempo.

»Finalicé mi tarea, firmé la frase con mi nombre y decidí que nunca más me escondería. Y me fui. Al día siguiente cogí un tren de vuelta a casa. Hace quince años que volví a Madrid y aquí sigo.

Vida secreta 8

Hace años mamá se volvió adicta a las promociones del espacio de la Teletienda que emitían de madrugada por la tele. En una ocasión compró un electrodoméstico novedoso que envasaba productos al vacío. Solo había que introducirlos en una bolsa de plástico que disponía de un agujero para encajar una boquilla, que se enganchaba a su vez a la máquina succionadora de aire. En cuestión de segundos desaparecía el oxígeno del interior y el envoltorio quedaba adherido al producto, sin espacio para nada salvo aquel contorno plastificado a modo de disfraz de látex.

El fin del relato de la tía Julia me había dejado sin aire, tan seca como un trozo de pollo después de su paso por aquella envasadora al vacío. Sentía que la piel no me llegaba al cuerpo y esa tirantez se transmitía hacia las capas más internas. El esternón se había contraído mientras el corazón permanecía encogido y mis vísceras temblaban buscando un hueco en su apretado espacio.

¿Cómo podía ser? ¿Cómo era posible que, después de tanta espera y de tantas fantasías por

cumplir, todo hubiera terminado de esa forma trágica?

—Tía Julia —le susurré mientras le agarraba la mano—, fuiste muy valiente. ¿Cómo lo superaste?

Sus respuestas siempre eran pausadas. Se tomaba todo el tiempo del mundo para responder, quizá porque ya lo había perdido todo y ya no le quedaba mucho más que ceder.

—Nunca lo superé, Gala —confesó con cierta tristeza instalada en sus ojos—. Simplemente dejé que el tiempo pasara, pero nunca me curó del todo. Aprendí a vivir sin Romano y traté de no hacerme más daño pensando en los años que perdimos.

—¿Lo sentiste como un amor desperdiciado? —Las preguntas brotaban de mis labios sin pasar por el filtro de la cautela ni de la diplomacia.

—Es posible, pero también aprendí mucho. Me di cuenta de que da igual los planes que hagamos. La vida no solo atiende a nuestras decisiones. Siempre había creído que aquella historia dependía tan solo de nosotros o más bien de él: si dejaba a su mujer, seríamos felices juntos. Estuve dos décadas rezando para que llegara ese momento y al final lo único que evitó que continuara mi espera fue algo ajeno a nuestra voluntad: su muerte. La vida toma sus propias decisiones sin pedirnos permiso.

—¿Y después de Romano?

—Después llegó el duelo —resolvió escueta.

—¿Y después del duelo, tía? —insistí. En parte me frustraba que no hubiera podido rehacer su vida—. ¿Nunca te volviste a enamorar? ¿Hubo otros hombres?

Esas dos preguntas me costó algo más hacérselas. Primero, por pudor; segundo, por temor a lo que descubriría.

—Nunca rehice mi vida, Gala, ni me fijé en otros hombres. Sé que desde fuera no se entiende tan fácilmente, pero siempre sentí que mi vida estaría ligada a la de Romano, estuviera él presente o no. Le guardé fidelidad durante los casi veinte años de relación que mantuvimos y, desde su muerte, le guardé también la ausencia. Y

así lo haré el resto de mis días. —Me miró a los ojos y sentenció—: Mientras este cuerpo dé sombra, seré fiel a Romano.

La rabia que me provocaba aquella vida injusta de sufrimiento desbordado se fue diluyendo al escuchar sus argumentos. Quizá no era una locura tan grande haberlo esperado todo ese tiempo, quizá aquello fuera amor verdadero y su comportamiento leal tuviera algún tipo de recompensa. La tía Julia, que era muy intuitiva, se anticipó a que pudiera sacar alguna conclusión errónea y concluyó su relato:

—Escúchame, ni yo soy Dora Maar ni Romano fue Picasso, aunque nosotros nos equivocamos tanto como el genio y su mal llamada musa. Que yo haya optado por esta vida no significa que lo defienda. Me equivoqué al quererlo, Gala. Mi error es muy antiguo y lo he arrastrado toda la vida.

Si me pidieras consejo, si estuvieras en mi situación, si todavía tuvieras la oportunidad de escapar de una condena como esta, te diría que te fueras... Escapa, sé libre, toma decisiones por ti misma y da amor a quien te corresponda de la misma forma que tú lo entregas.

—¿Acaso no todo el mundo quiere igual?

—No todo el mundo es capaz de querer igual ni está dispuesto a dar lo mismo que vayas a dar tú. Cada uno es libre de hacer lo que quiera. Tú también lo eres, así que pide lo que necesites y devuelve lo que se merezca la persona que elijas. Amar no es la entrega absoluta, sino la búsqueda de la máxima felicidad al lado del otro.

—¿Y cómo sabes si lo que tienes es amor del bueno? —pregunté intrigada.

—Hay muchos tipos de amor, tantos como parejas. Eso no se sabe nunca del todo. Ha de compensarte. Nada es blanco o negro.

Lo que tienes que pensar es que los buenos ratos tienen que ganar a los malos. En eso me equivoqué yo. Me aferré a una parte que languidecía y por más que quise después apartarme ya fue tarde.

Ya no podía vivir sin él.

—¿Y crees que era cierto? ¿No podías vivir sin él?

—Mírame, aquí estoy. Es obvio que podía, pero no lo sabía.

Únicamente fui capaz de hacerlo cuando ya no tuve opción. Eso es lo que trato de hacerte ver: has de elegir tú si te marchas o te quedas en una relación. Después podrás haberte equivocado, pero habrás tomado tú la decisión. Yo nunca lo hice. Primero porque lo dejé en sus manos y nunca abandonó a su mujer, y después porque el ictus no me consultó si me venía bien su muerte en aquel momento.

—¿Por qué me cuentas esto, tía?

—¡Y yo qué sé! Por una vez en medio siglo me has pillado con la lengua suelta y, además, siempre he temido que fueras carne de cañón para vivir una experiencia parecida a la mía. Demasiada idea romántica del amor en tu cabecita de altos vuelos, querida. Y es posible que nunca te ocurra. Solo intento hacerte entender lo que me hubiera gustado saber a mí en su día.

—¿Volviste al pueblo alguna vez?

Mi voracidad por seguir conociendo detalles de la historia seguía su curso.

—Solo regresé en una ocasión. Justo un año después de la muerte de Romano. Regresé para recoger algunos libros que había dejado empaquetados en el desván del colegio. Era sábado y el patio guardaba un inquietante silencio. Me di una vuelta por lo que había sido mi segunda casa durante tantos años, recorrí los pasillos, respiré el olor a tomate con huevo revuelto que siempre desprendía el comedor, no importaba el día de la semana que fuera, y me llevé las cajas. Al salir,

me acerqué a comprar pan del horno de Francisca. Se alegró mucho de verme y me confesó que en el pueblo todos me echaban de menos. «Sobre todo los chavales, era usted muy buena maestra.» Cuando estaba a punto a meterme en el coche para poner de nuevo rumbo a Madrid vi a lo lejos a la mujer

de Romano. Me miró, la miré y alzó levemente la cabeza. Me lanzó aquel saludo respetuoso con el que ambas nos acompañábamos en el sentimiento.

—¿Y tú cómo actuaste, tía?

—¿Que cómo actué? Como telonera, Gala, como telonera. Como siempre había hecho. —Hizo una pausa para no atragantarse con aquel doloroso juego de palabras y prosiguió su argumento—.

Nunca fui la actriz principal. Ni siquiera de mi propia película. Eso me pellizcaba tanto el corazón que inevitablemente acabó resintiéndose. Maldito músculo caprichoso que nos ha marcado la vida a las mujeres de esta familia.

Vida secreta 9

Se subió a la cinta y la banda horizontal que intentaba simular el efecto del asfalto empezó a moverse a sus pies. Nunca se había puesto encima de una de esas máquinas, ni siquiera en el gimnasio.

En realidad, nunca había ido a un gimnasio. La abuela Rosario era moderna, pero no tanto. Para algunas cuestiones seguía siendo de otra época, según ella misma puntualizaba. Como cardiólogo, papá le prescribió varios estudios diagnósticos por aquel malestar que sentía en la zona del esternón: un ecocardiograma, una analítica completa y la prueba del esfuerzo.

—Ya ves tú para qué querrá hacerme eso. Ya se lo digo yo: estoy muy cansada, pero mucho. Me duelen hasta los lóbulos de las orejas y nunca he llevado pendientes. —La abuela bromeaba, pero estaba convencida de su argumento—. A mí me duele el pecho de tanto sufrir y los huesos de los años que tengo.

Y era cierto, a Rosario las articulaciones se le habían debilitado mucho después de la menopausia. En cuanto a lo de sufrir, era un gen dominante en la familia. Algo que había heredado también su hija, la tía Julia.

Cuando la cinta empezó a moverse más deprisa, la abuela miró al facultativo que le estaba haciendo la prueba y se encogió de hombros mientras le preguntaba qué demonios hacía. Me lo contó ella esa tarde cuando fui a visitarla a su casa.

—Yo lo único que trataba de explicarle a aquel hombre era que si ponía la máquina a toda velocidad, claro que me iba a dar un infarto.

Allí mismo. Para eso no hay que estudiar medicina ni ser muy listo.

—Abuela, lo que intentaba era revisar tu estado y ver la reacción de tu corazón ante un esfuerzo de ese tipo. Saber qué pasa.

—Ya te lo digo yo, Gala. Pasa que me canso, ¿Qué va a pasar?

Si aligeras la cinta, se me acelera el pulso y echo los pulmones por la boca. Es fácil de entender.

Lo cierto es que la abuela no iba tan desencaminada. Terminó desfondada después de la prueba del esfuerzo. De la misma forma que acabé yo el día de su muerte. Estaba agotada por el vacío emocional que me provocaba hacer frente a su marcha definitiva, a los embrollos de mi familia y, por último, a la charla a corazón abierto con mi tía.

El final de la historia de Julia y Romano me había terminado de romper, en un día condenado a convertirse en uno de los más tristes del calendario de mi memoria.

—Me siento fatal, tía. —Sonó a búsqueda de consuelo.

—¿Qué te ocurre, criatura? —La tía captó al instante mi necesidad de cobijo y palabras amables.

—De todo. Estoy desubicada. Primero la ruptura con Hernán y ahora la muerte de la abuela, la pelea de papá y mamá, tu secreto que ya no es secreto para mí. No sé. Estoy muy triste, pero sobre todo estoy cabreada. La vida es una puta mierda, tía. Es injusta.

—Pero ¿quién te había hecho creer que la vida es justa? Cariño, hace tiempo que cumpliste los treinta, ya deberías haber aprendido esa lección.

—Sé que es ley de vida y que la abuela Rosario era mayor, pero no es justo que se haya tenido que morir alguien tan bueno como ella. —Hice una ligera pausa y añadí algo confusa—: Y luego está lo tuyo con Romano. ¿Cómo se le ocurrió morirse tan pronto? Joder,

tía es que tengo un cabreo. ¿Cómo eres capaz? ¿Cómo logras hacerlo?

—¿Cómo hago el qué, Gala?

—Aceptar todo esto. Hoy se ha muerto tu madre, tuviste que compartir al hombre de tu vida durante veinte años y cuando ya parecía que ibais a estar juntos, va y se muere.

Mi resumen de vida descontextualizado de esa forma tan cruda aún sonó más duro al salir de mi boca.

—Esa conclusión la has sacado tú. Nunca sabremos si él hubiera dado ese paso. Es más, hoy por hoy, te confieso que estoy convencida de que no se habría atrevido a darlo. Demasiados miedos, demasiadas mentiras, demasiada culpa después de tanto tiempo equivocándonos.

Dijera lo que dijera aquella mujer, sus argumentos siempre sonaban cabales y destilaban verdad.

—¿Crees que cometiste un error? —pregunté finalmente.

—No solo yo. Él también, muchísimos. ¿Y quién no? Solo las personas perfectas no cometen errores, ni hacen daño ni mienten, por eso no existen.

Mauro y Gala. Hay que reconocerles a mis padres la petulancia a la hora de elegir nuestros nombres. Siempre creí que era consecuencia de su complejo de nuevos ricos. A su favor hay que agradecerles que nunca hubo nadie en clase que se llamara como nosotros. Ellos siempre pretendieron ser de alta alcurnia. Sus aspiraciones iban encaminadas a que pareciéramos una familia bien, de esas que no tienen necesidad de trabajar porque han heredado un estatus y un patrimonio que les daría para vivir varias generaciones sin mover un dedo.

Lo cierto es que lo han conseguido. No tanto lo de que podamos vivir de las rentas, sino aquello de parecer lo que no somos.

Yo, que siempre he sentido un enorme rechazo hacia todo lo que sea maquillar la realidad, crecí y me eduqué en ese ambiente. Y

quizá mi aversión a ese mundo de las apariencias haya sido consecuencia de lo que viví en casa. Lo desconozco. Lo único que sé es que odiaba cuando papá sacaba a pasear su plumaje como un pavo real ante sus colegas. Competían entre ellos por ver cuál era el cirujano más prestigioso, el que tenía más publicaciones en revistas médicas, el que impartía más simposios. El que era más entre los máximos.

Su discurso destilaba machismo y clasismo. Varias veces en alguna de sus fiestas en casa siendo yo una adolescente capté algún comentario sobre el físico de alguna enfermera o cómo hablaban con cierta sorna y desdén de los médicos de familia o de

otros especialistas que no practicaban la cirugía. «Si no te metes en un quirófano, no sabes de lo que va esto. Es como hablar de oídas.

Está muy bien diagnosticar, hacer tus pruebas, pero si no te has enfrentado al bisturí, te has quedado a medias.» Ese tipo de frases eran muy típicas en las reuniones de papá con sus colegas.

Después del segundo *gin-tonic* comenzaban a fanfarronear y ese pavoneo me producía aún más antipatía hacia todos ellos.

En realidad, me podía la rabia al haber descubierto cómo eran sin la bata todos esos dioses del Olimpo de la medicina. Fue como arrebatárles el antifaz y descubrir que si le quitas la capa a tu superhéroe favorito, lo que queda no es más que un ser humano corriente y moliente.

Imagino que la decepción fue aún mayor porque mi padre había sido mi referente. Sentía fascinación por todo lo que lo rodeaba, estaba encandilada por la labor de los médicos, su capacidad para estar en constante aprendizaje, su esfuerzo y dedicación, todo.

Por eso, cuando fui conociendo los defectos de esos astros de la ciencia, el mundo se me vino abajo. A mí me ocurrió al revés que al resto de los niños. Mi desengaño no llegó al descubrir que los Reyes Magos son los padres, sino al comprobar que mi propio padre no era un Rey Mago.

A las charlas de ellos hubo que sumar las aportaciones de sus consortes. Fue devastador constatar que solo una de las esposas de aquellos reputados doctores tenía una profesión fuera de casa.

El resto se dedicaba a cuidar de sus hijos y de ellas mismas, algo que con el tiempo, sinceramente,

no me ha parecido tan mal.

Dedicarse a vivir no es tan mala opción.

Mi hermano lo llevó mejor que yo y decidió seguir los pasos de papá. Era el primogénito, inteligente, sensato, cabal y hasta guapo.

No le faltaban cualidades. Digamos que cumplía a la perfección todos los requisitos para convertirse en un médico de éxito.

En mi caso la canción sonaba distinta. Era la pequeña de la casa, algo consentida, demasiado sensible, rebelde con causa y sin ella, y con debilidad por las artes plásticas y la poesía. En resumidas cuentas, estaba condenada a malvivir en la sociedad actual en la que las humanidades cotizan a la baja.

Mi familia ha sido siempre como un búnker, un lugar seguro al alcance de unos pocos privilegiados para salvaguardarse de los males que acechan fuera. Papá y mamá crearon esa cámara acorazada donde sabes que nada malo puede ocurrirte: en ese hogar permanecerás a salvo, pero eso no te garantiza que vayas a ser feliz en su interior. Los lugares más seguros no son siempre los más acogedores. De hecho, suelen ser tan fríos como una Navidad en Siberia.

En ese ambiente teóricamente perfecto nos criamos Mauro y yo.

Un hogar donde no había lugar para el error ni la improvisación. No nos faltaba de nada, solo el aire para respirar.

De esa atmósfera claustrofóbica fui consciente cuando me marché a vivir a Londres para estudiar en el Royal College of Art.

Durante meses estuve informándome de cuáles eran las universidades más prestigiosas del mundo para cursar arte y diseño, y finalmente opté por la que mejores críticas tenía en todas las clasificaciones. Fue una grata sorpresa comprobar que se trataba de una escuela pública.

Me encantó sentir la libertad de una ciudad vanguardista y cosmopolita, en la que todo el mundo era de fuera y parecía no importarles. Después comprobaría que tontos hay en todos sitios y que Inglaterra no iba a ser una excepción. Pero los idiotas fueron los menos y los buenos fueron los más.

En Londres conviví con estudiantes de todo el mundo y aprendí lo que es la vida. Algunos de mis compañeros habían tenido que pedir un crédito para poder financiarse los estudios, otros venían de países en conflicto o de sociedades donde la mujer se jugaba la vida si decidía apostar por su carrera en lugar de casarse con quien su padre considerara a bien. Recuerdo una compañera que no pudo volver a casa durante el tiempo que duraron sus estudios porque su país entró en guerra y, si cruzaba la frontera, ya no podría salir de nuevo. Familias separadas forzosamente, deportadas, todo aquel mundo lo descubrí gracias a algunos de mis nuevos amigos.

Mi flamante familia, esa que eliges y que no te impone la genética, me abrió la mente y despertó en mí un lado solidario que hasta entonces había estado agazapado.

Echando la vista atrás, compruebo que, pese al amor trenzado entre nosotros y los vínculos que inevitablemente enhebran las familias, en nuestro caso, nos fuimos distanciando desde que mamá dejó de ser un pilar e hizo de su habitación un cobertizo donde cultivar la pena tras la trágica muerte de sus padres.

Papá comenzó a viajar más y a ascender en el trabajo, y ella descendió a los abismos de la depresión. Todo pasó a un segundo plano, su interés por seguir formándose, por retomar su carrera, incluso Mauro y yo nos apartamos de su foco, donde únicamente tenían cabida la tristeza y la soledad.

Pasaron años hasta que mamá volvió a sonreír, pero para entonces yo ya era una adolescente que le tenía demasiada rabia acumulada. Esa rabia después se transformó en culpa, por no haberla sabido entender, y que a su vez generó más odio hacia ella.

Siempre fue así. Nos hicimos más daño que falta.

El episodio de la comida tras el funeral de la abuela Rosario me removió los cimientos. Uno siempre cree que tiene ubicado a todo el mundo, cada uno encaja perfectamente en el papel que desde hace años le toca desempeñar y el rol en el que lo han convencido de que vivirá para siempre.

Tenía a todos muy bien ubicados en mi croquis familiar. Conocía sus vidas públicas y las privadas. Sin embargo, la pelea abierta entre papá y mamá, sus infidelidades puestas al descubierto y la actitud de ella como una mujer despechada me habían hecho

replantearme muchas de mis verdades asumidas, las mismas que ahora comenzaban a tambalearse.

Sus vidas secretas se abrieron ante mis ojos como una puerta clandestina que da acceso a un pasadizo desconocido que siempre ha estado ahí. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no supe verlo antes?

La charla con la tía Julia también fue determinante. «Nada es blanco o negro», me había dicho. Y tenía razón. Quizá mi madre no fuese tan oscura como yo la había pintado en el lienzo de mi recuerdo. Quizá mi padre había sobrevivido como había podido a la carga de tener a dos mujeres tristes a su lado durante años. Quizá la depresión de mamá no se debió únicamente a la muerte de los abuelos, sino también a que constató que la vida de promesas deslumbrantes que le habían asegurado al casarse carecía de ese brillo y de esa fantasía.

Quizá ambos se dieron cuenta de que la vida es como una expareja despechada que a ratos —solo cuando ella quiere— tiene a bien tomarse un café con nosotros para recordarnos todo lo bueno que un día vivimos juntos.

Dejé adormilada en la tumbona a la tía Julia, algo exhausta tras la confesión de su vida secreta y los vinos que habían amortiguado el golpe, y volví a hacer acto de presencia en la mesa.

—Papá y mamá acaban de irse a echarse la siesta.

Las palabras de mi hermano me sonaron a ciencia ficción. Hacía solo un rato que ella había amenazado prácticamente con el divorcio a su marido por sus supuestas infidelidades, ¿y ahora se iban a dormir juntos como si tal cosa? No podía entenderlo.

—Pero ¿no estaban enfadados? —me limité a plantear incrédula.

—A mamá le ha dado un arrebato de celos cuando ha visto a Irene. Es una antigua compañera de papá. Fue su residente y

conservan una buena amistad. Ella lo considera su mentor, pero nada más. Nunca ha pasado nada entre ellos.

Mauro trató de ponerme en antecedentes.

—¿Seguro? ¿Y cómo lo sabes? —pregunté, porque el cabreo de mi madre parecía de los que llevan años formándose.

Mi hermano me sonrió de un modo condescendiente.

—Le gustan las chicas. Irene tiene novia desde hace años.

—Ah —balbuceé. Ese parecía un argumento bastante sólido, pero mis dudas no se disiparon—. Bueno, quizá también le gustan los hombres. ¿De dónde vendrían si no los celos de mamá? ¿Solo porque es joven y guapa cree que él tiene algo con ella?

—Mira, no quiero justificar los celos de mamá porque no se sostienen, lo mires por donde lo mires, Irene es mi amiga y te aseguro que no ha tenido nada con papá, pero es lógico que mamá tenga inseguridades. Él ha tenido sus cosillas y ella ha estado al tanto. Imagino que eso le habrá dejado huella.

El sonido de su móvil interrumpió las palabras de Mauro. Una llamada que se apresuró a silenciar.

Marga jugaba con Vilma en el césped. Después del verano estaban muy bronceadas y allí tumbadas sobre aquella toalla azul turquesa ambas lucían radiantes, y se lo hice saber a mi hermano.

—Tienes una familia preciosa Mauro. —Tras una ligera pausa añadí—: Una familia envidiable.

Mauro me miró con una cara de resignación que no logré descifrar. Justo en ese momento las chicas se levantaron y vinieron hacia nosotros.

—Nos vamos ya, que Vilma tiene el cumpleaños de una amiguita y no se nos puede hacer muy tarde. —Mi cuñada se despidió de mí con dos besos y a Mauro le dijo que lo esperaba en casa—: No llegues muy tarde, que hoy te toca bañar a la nena.

Vilma se lanzó a darle un abrazo a su padre y a mí me dio un beso antes de marcharse.

—El embarazo la tiene algo descolocada. Tiene las hormonas disparadas y se fatiga muchísimo.

¿Has visto cómo tiene las piernas? Menudo veranita llevamos.

Mauro trataba de explicarme lo que era estar embarazada de ocho meses en septiembre. Algo que saltaba a la vista con solo mirar a su mujer y sus tobillos hinchados.

—Pobrecita, lo bueno es que ya queda poco para que se deshinche y volváis a la normalidad. Aunque con un nuevo inquilino en casa. Otro bebé, Mauro. Vuelta a empezar.

En el rostro de Mauro se mezclaba la emoción de lo que vendría en los próximos meses con el agotamiento que le producía solo pensarlo.

—Me voy a preparar un café, ¿quieres otro? —preguntó sin posibilidad de una negativa por respuesta.

Ambos necesitábamos tanto aquella charla de hermanos a solas como la cafeína que estábamos a punto de meternos para el cuerpo.

—Cuéntame qué tal estás. ¿Qué pasó con Hernán? ¿Estás bien?

—me preguntó mientras me ponía un café bien cargado en la mano.

Vida secreta 12

Hubo un tiempo en que éramos irrompibles.

Hernán y yo nos cruzamos como se cruzan las órbitas de dos planetas. Cada uno tenía su trayectoria, su propio curso, su vida ajena a la del otro y, sin embargo, desde que coincidimos aquella primera vez, no pudimos evitar que nuestra fuerza de atracción nos llevara a un siguiente encuentro. Y a otro. Y a otro.

Así fue como destrozamos nuestras propias reglas gravitatorias.

No estaba en nuestros planes que nos fuéramos a unir. Pero sucedió.

Nos conocimos en una exposición de arte contemporáneo en Barcelona. Él fue con sus compañeros de clase y yo con mi novio de entonces, Salva, con quien salía desde hacía unos meses y con quien recorrí la costa catalana. Cadaqués, Roses, Empuriabrava...

Aquel verano fue inolvidable y surrealista, como ya anticipó la visita a la Casa-Museo Salvador Dalí.

Hernán y yo nos cruzamos en la cola para comprar las entradas y me ayudó con unas indicaciones que estaban en catalán. Nos sonreímos y no volvimos a vernos hasta ese mismo mes de septiembre.

Casualmente fui a hacer un curso especializado en retrato a la universidad donde él cursaba un posgrado. Al vernos de nuevo en la cafetería nos saludamos y comenzamos a charlar. Aquel café se nos hizo corto y nos emplazamos a comer otro día.

Por aquel entonces todavía no éramos conscientes, pero ya habíamos picado nuestros anzuelos. Aquella información la desconocíamos nosotros y también nuestras respectivas parejas.

Durante el mes que estuve en Barcelona nos escribimos todos los días y nos vimos en varias ocasiones. La última fue aquella cena en la que ya no hubo lugar a dudas. Encajamos como un puzle sin fisuras. A mi vuelta a Madrid era otra, lo dejé con Salva porque ya solo podía pensar en Hernán. Y él lo dejó con su novia porque solo podía pensar en mí. Sucedió lo imprevisible, lo que cualquier persona espera que le suceda: nos enamoramos.

Aquellos recuerdos vinieron a pasearse por mi memoria cuando Mauro me preguntó por él. Recordé nuestros inicios y lo visualicé a él.

Hernán era imperfectamente guapo. Lo sigue siendo aún, supongo. Posee un atractivo desbordante, impetuoso. Sus marcadas facciones le confieren fuerza a ese rostro que cuesta mucho olvidar. Los ojos rasgados y poblados por unas espesas pestañas oscuras, los labios gruesos que dejan aparecer una sonrisa misteriosa, el pelo revuelto. Cuando lo conocí me pareció que era un ser muy especial, cautivador, alguien de quien es fácil enamorarse.

—A finales de abril tuvimos una bronca monumental. Veníamos de unos meses complicados en los que discutíamos por las cuestiones más tontas. Al final todo nos molestaba y saltábamos a la mínima.

—Bueno, es lógico que haya crisis en las parejas, y vosotros ya lleváis tres años juntos. —Mauro, con gran experiencia en relaciones duraderas, intentaba desdramatizar.

—Supongo que es habitual, pero nosotros no supimos encauzarlo. El caso es que a él le salió un trabajo para todo el

verano en Berlín. El Ayuntamiento había convocado un concurso para decorar con arte urbano las fachadas de algunas instalaciones públicas. Cuando le confirmaron que estaba entre los elegidos fue como un sueño para él. Imagínate, por fin podría hacer lo que siempre había hecho como *hobby* sin que nadie lo pudiera acusar de ser un vándalo.

—La verdad es que suena muy bien. Y Berlín en verano es un planazo, hermanita. Ya sabes, los Biergärten, las cervezas de litro

—bromeó.

—Podría haber sido un planazo —le reconocí arrepentida—, pero ambos nos encargamos de que no lo fuera. Tú me conoces bien, Mauro, soy una treintañera que sigue sin conseguir un trabajo estable.

—¿Y? —preguntó él algo confuso.

—¿Mi novio se va a pintar grafitis por Europa y yo lo voy a seguir para hacer retratos por quince euros en la Puerta de Brandeburgo?

En fin. Entré en barrena, me puse en plan controladora y perfeccionista, y lo que unos meses atrás

hubiera sido una gran aventura para «la pareja de artistas» se convirtió de repente en algo arriesgado y poco serio para mí.

—Pero ¿cuándo has sido tú una persona que se sintiera atraída por la seriedad? —me cuestionó ya con gesto adusto—. Hablas como si tu sueño fuera haberte sacado una plaza de registradora de la propiedad. Gala, tú siempre has sido un alma libre.

—Un alma libre, pero machacada por la culpa —le confesé.

Mauro alargó una mano y la puso sobre la mía. Su cara denotaba preocupación.

—¿Qué culpa? —preguntó extrañado.

—La de no ser como vosotros. Como tú.

Mientras yo languidecía, la irritación de mi hermano iba en aumento.

—¿Y se puede saber cómo soy yo?

Mauro se mostraba enfadado, pero no conmigo; más bien parecía cabreado consigo mismo.

—Pues así como tú eres. —Traté de elogiarlo pasando por alto el pudor que me daba hacerlo delante de él—: Todo lo haces bien, siempre tienes la frase adecuada, te comportas de manera comedida, tienes una familia maravillosa, una casa en propiedad.

Eres lo que cualquier padre esperaría de un hijo. Eres perfecto.

Mientras enumeraba las cualidades de Mauro, él negaba con la cabeza.

—¡Qué va! ¡Qué sabrás tú! —balbuceó, y ya con voz más clara e inteligible me espetó—. ¿Y tú? ¿Se puede saber lo que eres tú?

—Yo soy una mierda —le confesé con los ojos llenos de lágrimas

—. Tengo mi vida patas arriba. En lo emocional, mírame: hecha polvo por lo de Hernán. La he cagado con el único hombre del que he estado verdaderamente enamorada y en lo profesional no consigo centrarme. Me empeño en seguir malviviendo del arte: pintando cuadros por encargo. En fin, una mierda bien gorda, Mauro.

Con gesto triste, él me apretó la mano tratando de sostenerme.

—Define lo que es centrarse, por favor.

Mauro me llevaba cada vez más contra las cuerdas, intentando desarmar mi argumento. La vena que le cruzaba la frente se le marcó y los labios se le afilaron.

—No sé. Encontrar un trabajo estable, fijo, opositar. Yo qué sé.

En ese punto de la conversación, yo ya no sabía muy bien qué más decir. Mi argumento se

desbarataba y yo misma era consciente de ello.

—Pero ¿te estás escuchando? Tú no eres así. Si a ti te dijeran ahora mismo que los próximos treinta y cinco años ibas a estar yendo a trabajar al mismo sitio, te desplomarías aquí mismo. Cada uno es como es, hermanita... —Hizo una pausa y me besó en la mejilla. Sus ojos ahora solo desprendían amor—. ¿Sabes una cosa?

—me preguntó al oído mientras me apartaba el pelo de la cara.

—¿Qué? —musité, aún llorando.

—Hacerte mayor es darte cuenta de que no le vas a gustar a todo el mundo. Y madurar es que te dé lo mismo.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que es hora de que madures. ¡A la mierda con todos, Gala!

Vida secreta 13

Nunca hay que perder el respeto. A nadie. Sobre todo a uno mismo.

Una vez escuché cómo la abuela Rosario se lo decía a mamá, y con aquellas palabras quedé grabada de por vida como una res.

Por eso el día del adiós a Hernán no miré atrás para lanzarle ningún reproche. No me giré para recordarle lo mucho que nos habíamos querido, que todavía nos queríamos. No le dije que era un idiota por dejar pasar una mujer como yo, ni le recordé todos los pequeños detalles que nos habían llevado a enamorarnos. No acerqué mis labios a los suyos por última vez para que fuera consciente de la magia de nuestros besos, que ya no volverían a repetirse.

Cuando rompimos, tampoco me dije a mí misma lo mucho que amaba a aquel hombre ni cuánto lo seguía deseando a pesar de los últimos enfados. No me consolé mirándole esos ojos castaños, que eran el cobijo donde rendirme siempre, ni acudí al refugio de su boca, el favorito para desembarcar.

Opté por el respeto del que hablaba la abuela Rosario. Respeto para él, que necesitaba tiempo, y para mí, que necesitaba espacio.

Ambos éramos conscientes de que atravesábamos un momento delicado. A Hernán le apetecía hacer planes con sus amigos grafiteros y a mí me irritaba la idea tanto como escuece el limón en la herida. Comencé a ponerme celosa por sus compañías y dejamos de estar de buen humor la mayor parte del tiempo. La fuga de agua

empezó a inundar el barco y en poco tiempo nos pusimos a zozobrar.

La dinámica fue nefasta porque nos arrastró a los dos. Él también había cambiado su actitud y me controlaba más, me preguntaba por las salidas con mis amigos de toda la vida y, a la vez, me

pedía más autonomía.

La espiral de contradicciones en la que entramos se convirtió en un absurdo de peticiones de explicaciones cruzadas y, a la vez, de demandas de mayor libertad por ambas partes. «Tengo miedo de que me dejes el día menos pensado», me confesó Hernán entre lágrimas en un momento de debilidad tras una reconciliación. Es curioso, el suyo era un miedo que ambos compartíamos; el mismo que tenía yo de que me abandonara por otra mujer o de que se cansara de mí por puro desgaste.

Finalmente, nos dejamos ir. Por nuestra culpa y por temor a que nuestros miedos se materializaran. Un sinsentido, pero sucedió.

Tuvimos miedo del miedo.

—¿Qué tal estás tú? ¿Todo en orden? —le pregunté a Mauro, solo por salir de aquel recuerdo doloroso.

Mi hermano acababa de sentarse otra vez a mi lado, tras responder una llamada insistente que «debía responder», según sus propias palabras, y yo me había quedado suspendida en el adiós a Hernán. No sé con quién hablaba por teléfono, pero algún detalle que percibí al vuelo de aquella conversación llevó a mi subconsciente a recordar la ruptura con mi ex.

—¿Cómo dices? —me contestó él, aún algo disperso, así que opté por la salida menos políticamente correcta.

—¿Quién era?

Aquello sonó mucho más directo una vez fuera de mi cabeza.

Hacía apenas unos minutos que le estaba abriendo mi corazón,

explicándole mis frustraciones afectivas y profesionales. Era lógico que él también me contara sus cosas con la misma sinceridad.

—¿Qué? —titubeó sorprendido.

—¿Que con quién hablabas? —Intenté suavizar el tono, pero sonó igual de agresivo.

—¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio policial? —Mauro tenía una media sonrisa dibujada en el rostro, pero eso de contestar una pregunta con otra dejaba claro que no pensaba decir la verdad y solo trataba de ganar tiempo y encontrar una respuesta convincente.

—No, es solo que te noto nervioso. ¿Va todo bien? —me justifiqué.

—Sí, ¿por qué? ¿Qué va a pasar?

—Mira, Mauro, te lo he preguntado sin ninguna intención, pero ahora sí que estoy mosqueada. —Y entonces fui yo la que alargó la mano buscando su contacto y, sobre todo, su confianza.

—¿Mosqueada? Pero ¿por qué?

El intento de Mauro por normalizar su comportamiento solo empeoraba la situación.

—Porque te conozco, hermanito, y sé que te pasa algo. Lo lógico habría sido que te lo tomaras a broma o directamente que me hubieras dicho con quién hablabas, pero mírate. Estás agarrotado.

¿Qué te ocurre?

Me acerqué y le di un beso.

—Pero ¿ahora eres una esposa celosa o qué?

Aquel ataque de Mauro escondía rabia y rencor. Intuí que no era hacia mí, puesto que yo no le había hecho nada, e intenté rebajar la tensión y suavizar las revoluciones.

—No importa, perdóname. Tienes razón, no tengo por qué pedirte explicaciones. Odio esto. Mi actitud me ha recordado alguna de mis

últimas peleas con Hernán. Sigo sensible todavía con el tema. Te pido disculpas.

Aquellas palabras no solo sonaban sinceras. Lo eran. Eran ciertas y mi hermano lo sabía. Y eso terminó por romperle.

—Soy yo quien tiene que pedirte perdón. Por maleducado y gilipollas. Te he subestimado. Parece mentira, pero lo he hecho.

Pensé que te podría engañar. Ya ves. A ti que no se te escapa ni una.

Al fin las palabras de Mauro habían descorchado la botella de presión en la que estaba atrapado.

—Tranquilo. Aquí estoy para escucharte. Dispara.

Mauro dio un sorbo a su taza y comenzó a relatarme la historia de su vida en los últimos tiempos.

—No sé por dónde empezar, Gala. Estoy confundido, hecho un lío. Como una peonza girando sin control ni destino. Intentaré explicártelo desde el principio. Tú sabes bien que la vida del médico es muy sacrificada. Muchas horas en el hospital, guardias, congresos... En fin, que con tanto trabajo, hace un tiempo comencé a desatender las cuestiones de casa, sobre todo a la familia. Marga se encargaba de Vilma todo el día. Vivía y vive por y para ella.

Imagínate, una cría de cuatro años no se está quieta ni un minuto y es un gran desgaste para quien está a su lado las veinticuatro horas del día. Yo todo eso lo entiendo, pero es que mi trabajo también es muy absorbente y extremadamente estresante. El caso es que con la rutina y las tiranteces de los quehaceres domésticos nos fuimos distanciando poco a poco. No sé, quizá sea lógico, después de tantos años. Que nos conocemos desde pequeños. ¡Llevamos toda la vida juntos! Los reproches de Marga se volvieron cada vez más frecuentes y a mí cada vez me costaba más volver a casa. Me daba pereza. Te juro que nunca me había pasado.

—Pero hasta entonces ¿estabais bien? ¿No pasó nada? Bueno, además de que entrara en vuestra vida Vilma.

—No sé, estábamos bien, creo. Hacíamos lo que hacen las parejas: ir al centro comercial el sábado a comprar, ver series por la noche y quedar a comer con amigos los domingos. Pero hasta eso comenzó a hacérseme bola. Y después con la niña ha ido todo cuesta abajo.

—¿Lleváis así cuatro años?

—Algo más...

—No sé, Mauro. No tengo demasiada experiencia en parejas con niños, pero por lo que he visto a mi alrededor, las crisis suelen ser pasajeras y después se remonta. Es cierto que la llegada de los hijos es un cambio drástico, a veces traumático, pero si me dices que todo comenzó antes de que llegara Vilma, deberías hacértelo ver. ¿Lo has hablado con ella?

—Bueno, ella lo ha intentado muchas veces, pero la verdad es que a mí no me apetece hablar. Nunca encuentro el momento adecuado. Me da pereza o miedo, no lo sé... Verás, es que... hay algo más. No sé cómo empezar. Tengo mucho sentimiento de culpa.

Las manos de Mauro se movían nerviosas buscando algo que ni él mismo sabía lo que era. Al final agarró el tapón de una botella de vino y fue destrozando el corcho mientras seguía la conversación.

—¡Bienvenido al club! Adelante, hermanito. Soy experta en almacenar culpas, propias y ajenas, así que aquí me tienes.

Mi intento de otorgarle confianza resultó bien y finalmente Mauro abrió la compuerta que llevaba tantos años cerrada.

—Es que hace cinco años ocurrió algo. Marga estaba en las últimas semanas del embarazo y se fue a pasar el verano a la playa con sus padres porque en nuestra casa estaba todo el día sola y muerta de calor. Yo iba y venía algunos fines de semana o los pocos

días que tenía libres, pero la mayor parte del tiempo estaba solo en Madrid. Aproveché para hacer más guardias y así estar más liberado cuando naciera Vilma. El caso es que en el hospital nos convertimos en una pequeña familia. Pasábamos juntos muchas horas, conocimos a mucha gente, llegaron nuevos residentes, equipos de interinos...

—Mauro, sé cómo funciona un hospital. ¡Ve al grano, que me va a dar una crisis de ansiedad!

—Pues nada, eso, que... —titubeó— empezamos a quedar algunas veces después del turno. Éramos cuatro o cinco, según el día. Un par de médicos residentes de cuarto año, de cardiología, de rayos, gine... Gente maja. Bueno y eso.

—¿Y «eso» qué es? Ay, por Dios, hermanito. A mí me da lo mismo que quedaras con una experta en obstetricia que en digestivo. ¡Avanza, por favor!

—De rayos, es de rayos —matizó Mauro dando fe de su carácter perfeccionista—. Un día nos liamos, Gala. Fueron unos besos, nada más, pero sentí algo muy fuerte. Nunca me había sucedido. No podía parar de pensar en ello. Se convirtió en una obsesión, pero a la vez evitaba el contacto. Estuve un tiempo sin quedar con el grupo, ponía excusas, pero mis sentimientos iban en aumento. Hasta que, a los pocos meses, cuando ya había nacido Vilma, volvimos a quedar y a besarnos. De nuevo fue inolvidable, no sé explicarlo con palabras, fue una sensación única. Y en aquella segunda ocasión ya no tenía la excusa de haber bebido. Nos apetecía y sucedió. Y ahí seguimos. Ya ves, tu hermano perfecto es en realidad un auténtico hijo de puta. Estoy haciendo lo que pensé que nunca sería capaz de hacer. Lo que papá ha hecho toda la vida. Ahora se lo estoy haciendo yo a Marga y a Vilma.

Aquella confesión me dejó helada. Nunca pensé que mi hermano sería capaz de serle infiel a su mujer. Me quedé tan sorprendida que incluso se me escapó una carcajada.

—Pues estamos buenos todos —acerté a decir—. Pero ¿estás enamorado?

—Sí, pero no de Marga.

La respuesta fue tan clara, tan rotunda, que aún me dejó más sorprendida.

—¿Y por qué no te separas?

—Sería una putada para Marga —dijo con la voz temblorosa—.

Está embarazada y, además, Vilma es muy pequeña. No puedo hacerles esto. Será mejor esperar.

—¿Esperar? ¿A qué? ¿A que Marga se vuelva a quedar embarazada dentro de otros cuatro años? Eso ya sucedió y en este tiempo no has podido hacer nada para evitarlo.

Después de la charla con la tía Julia, aquella confesión de Mauro era la puntilla para terminar de desconfiar del amor, de la fidelidad y en definitiva, de las personas. Y mientras tanto, Mauro intentaba justificar su comportamiento poniendo excusas cobardes.

—Lo sé, Gala, pero soy incapaz de enfrentarme a eso.

—Pues tienes que hacerlo. Es tu vida y tu decisión. Tendrás que elegir.

Tenía demasiado nítida en la retina la historia de Romano. De repente, la figura de mi hermano se había desvanecido. Era completamente distinto a como yo creía. Su comportamiento me recordó al del amante de la tía y sentí auténtico pavor. ¿Se repetiría la historia? ¿Aguantaría Marga a su lado del mismo modo que Paz lo hizo junto a Romano? ¿Quién sería la mujer que había enamorado a Mauro? ¿Tendría el aguante de la tía Julia para soportar otros quince años en la sombra? Aquellos pensamientos

me colapsaron y me invadió una angustia insoportable. Cualquier escenario me parecía dolorosísimo. ¿Qué sería de Vilma y de la pequeña Emma, que estaba en camino? ¿Se criaría sin su padre o con un padre ausente porque tendría el corazón en otro lugar?

—No sé qué hacer. Por un lado, daría el paso porque creo que ya no quiero a Marga. Le tengo mucho cariño, le deseo lo mejor, pero ya no estoy enamorado de ella. Y al mismo tiempo me muero de miedo... No me atrevo a romper mi familia por algo que está en el aire.

—Mira, Mauro, nunca pensé que sería yo la que tuviera que aconsejarte en algo en tu vida y menos en el plano amoroso, pero me pillas en un momento especial. Se acaba de morir la abuela, he tenido una charla con la tía Julia que me ha puesto del revés, así que...

La cara de mi hermano cambió, sorprendido por mi comentario.

—¿Qué te ha dicho la tía? ¿No te habrá contado lo de mamá?

—¿Qué es «lo de mamá»? ¿Joder con las vidas secretas y las intrigas en esta santa familia perfecta! Venga, cuéntame. Que reviente todo ya hoy —le pedí resignada a la par que intrigada.

—Pensé que te referías a que la tía te había contado el secreto de mamá.

—No, la tía Julia es muy discreta. Me ha contado su historia, pero no aparece mamá por ningún sitio. Salvo cuando se volvió a Madrid a vivir con ellos.

—Bueno, a lo que yo me refiero es previo, de cuando eran muy jovencitas. —Saltaba a la vista que Mauro estaba incómodo con el tema.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?

—Fue por casualidad. Soy doctor y tengo acceso a los informes médicos. ¿Recuerdas cuando intervinieron a mamá para extirparle

un quiste ovárico?

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Qué tiene que ver eso?

—Al operarla en mi hospital, solicitamos el traslado de expediente y me encargué de todo el papeleo. Así fue como descubrí que mamá había abortado a los veinte años. La intervención se llevó a cabo en el extranjero, pero años después su ginecólogo en España incluyó en el historial aquella interrupción voluntaria del embarazo.

De no haber sido porque solicité el traslado a mi hospital, yo tampoco me habría enterado. Aquello habría quedado entre su médico y ella.

El titular desenmascarado por Mauro me dejó más desnortada aún.

—¿Cómo? ¿Papá y mamá...? ¿Antes de casarse? Glups...

—En realidad, no... Bueno, yo sé lo que me contó la tía en el hospital cuando la iban a intervenir. Ella era la única que conocía aquel capítulo de su pasado y quiso advertirme de aquel episodio en su historial. Según me contó, se quedó embarazada durante la carrera, antes de que empezara con papá. La tía Julia la acompañó a Londres para abortar. Ambas hicieron un pacto: nunca se lo contarían a nadie ni se abandonarían, en ninguna circunstancia. Se hicieron hermanas de sangre y

de secretos inconfesables.

—Me cago en mis muertos, Mauro. Vaya con la familia idílica. ¿Y papá se enteró?

—No, nunca. Mamá se fue a pasar el verano a casa de la tía Julia después de la operación y al poco conoció a papá. Él nunca sospechó nada ni se enteró del aborto. Unos días antes de la intervención mamá rompió con su novio y al final de ese verano comenzó a salir con papá.

—¿Me estás diciendo que mamá, «la católica, apostólica y romana», la de la misa de doce, la de «confiésate, hija», la de «no

cometas actos impuros»... me estás diciendo que folló antes del matrimonio, folló incluso antes de estar con papá? ¿Me estás diciendo eso? Me cago en mi vida.

Al verme tan malhablada y sobresaltada, fue Mauro el que tuvo que liberar tensión.

—Algo así, sí —respondió mientras se le escapaba una risa floja

—. Concretamente folló con un chaval con el que coincidió en el colegio mayor y al que dejó cuando tomó la decisión de que no quería tener al bebé. Se lo contó todo a la tía Julia, y ella, que tenía amigos abogados que ya habían terminado la carrera, le recomendó que se fuera a Londres a abortar. Nadie se enteró, solo ellas dos fueron cómplices de su secreto.

—Aquí todo el mundo guarda secretos. Demasiadas confesiones para un mismo día.

—Todo el mundo tiene una cara B en su disco, Gala... —Y

retomando su dilema añadió—: Bueno, y con respecto a mi asunto,

¿qué me ibas a decir? ¿Algún consejo?

—Sí, solo uno: haz lo que quieras, lo que te dicte el corazón aunque te equivoques. Nadie tiene derecho a juzgarte por tus aciertos o equivocaciones. Es tu vida. Solo te pido una cosa, Mauro: hazlo rápido. No echas a perder la vida de dos personas. Decídetes y actúa. Es difícil pero es lo justo. Se lo debes a ambas.

Vida secreta 14

La mochila de la culpa es una carga demasiado pesada para acarrear con ella toda la vida y, sin embargo, todos llevamos nuestro petate a hombros. Algunos consiguen aligerarlo, los hay más prácticos y egoístas que se las ingenian para que sea otro el que cargue con su peso, pero casi nadie se libra de apechugar con la carga de su conciencia.

En mi caso, le puse a la culpa un ático con vistas privilegiadas a mi conciencia. Tenía una ubicación excepcional, en el barrio de la moralidad incorrupta y el divino pensamiento. Una joya de vivienda muy cotizada, pero también muy costosa de mantener. La comunidad salía por un ojo de la cara y al final siempre había algún desperfecto si te fijabas con atención.

Durante mucho tiempo creí firmemente que era digna de aquel entorno envidiable donde nadie cometía errores, ni discutía, ni daba voces; donde todo el mundo acataba religiosamente las normas y el respeto se sobreentendía. Mi comportamiento ejemplar me hacía ganar enteros en la carrera hacia la perfección que anhelaba alcanzar.

En esa lucha del quiero y el puedo, de lo correcto *versus* lo prohibido, me adentré en la adolescencia. El conflicto interno fue creciendo cada vez más. Por un lado, no quería defraudar a mi familia —y aún menos a mí misma— y, por otro, mis ansias por romper con lo establecido me reconcomían por dentro. Querer ser la

hija ideal y al mismo tiempo la rebelde de la clase no es un buen plan, como comprobé más adelante.

Ni fui líder entre los beatos ni conseguí ganarme el afecto de los ateos. Entendí muy tarde que uno no puede jugar a dos bandas con la misma intensidad. Hay que tomar partido, saber quién eres y seguir tu camino.

El móvil de Mauro se conchabó con el mío y sonaron casi al unísono.

—Tengo que irme, Gala, que no quiero llegar tarde a casa. —Se puso en pie y comenzó a recoger sus cosas—. Tenemos pendiente otra charla antes de que te vuelvas a Barcelona.

—Claro —respondí sonriente—. ¿Es Marga? —le pregunté con tono afectuoso.

—No. Después iré con ellas.

Sus palabras me llenaron de tristeza y a la vez me dieron paz, al comprobar que Mauro había tenido la confianza y el valor para ser sincero.

Mi mensaje también me animaba a ponerme en marcha: Sigue en pie nuestra cena? Estoy en la plaza del Dos de Mayo. Te invito a una caña o a dos si son pequeñas.

El recordatorio de Chris no podía llegar en mejor momento, así que salí de casa de mis padres con Mauro. Nos subimos en su coche y me dejó en Malasaña cuando iba de camino a su cita furtiva.

—Suerte —le dije.

—Te quiero —me respondió.

Las palabras de ambos fueron sinceras.

La abuela Rosario contaba que el sacerdote de su parroquia se quejaba de que a última hora de la tarde siempre quedara «alguna puta por confesar». Aquello que me parecía fuera de tono y lugar me vino a la mente entonces como un mensaje clarificador. A lo que se refería aquel cura era a que, con el tiempo que habría tenido la prostituta para acudir a redimir su culpa a la iglesia y con la cantidad de pecados que seguramente tendría que expiar, bien podría haber ido a otra hora más temprana. Y de repente lo entendí.

A veces hacemos cosas que molestan o incordian a otros. Puede que no sea nuestra intención, pero sucede. Incluso en un confesionario al que acude una puta a una hora intempestiva.

De esa forma me había sentido yo mil veces. Como la prostituta que llega tarde y pisando lo fregado, y como el sacerdote al que se le complica el día cuando ya anda de retirada recogiendo los bártulos.

Aquella tarde yo también terminaría confesándome y redimiendo mis pecados, aunque todavía no fuera consciente de ello. Ni yo era una casquivana ni Chris un religioso, pero ambos nos íbamos a encontrar al final del día de manera inesperada para aquel desahogo mutuo, aunque, en nuestro caso, el confesionario estuviera en la calle y no en una iglesia.

Llegué a la terraza del bar en el que habíamos quedado y no lo vi por ningún sitio, aunque no debía de andar muy lejos y tampoco podría pasar mucho tiempo desapercibido por su altura y color de pelo. De repente, allí estaba, sentado ante su mesa de aluminio en mitad del gentío.

Levantó el brazo y me hizo un gesto para que me acercara. Me recibió con dos besos, un abrazo y unas gafas de sol de aviador que le daban un aspecto interesante. Llevaba puesta una camiseta con una imagen de la película *Reservoir Dogs* en el pecho y unas

bermudas vaqueras. La mandíbula marcada perfilaba un rostro que de pronto volvió a serme familiar, igual que reconocí el olor en su abrazo. Sonrió sin reparo y comenzó a bromear con el ambiente de Madrid.

—Hay gente a todas horas y en todas partes, ¡qué maravilla!

Nunca había visto una ciudad con atasco a las dos de la mañana.

Es genial. ¿Aquí nunca dormís?

—Para que luego digan que Nueva York es la capital que nunca duerme —respondí orgullosa de mi ciudad.

Pedimos un par de cañas y se lanzó a contarme sus aventuras por Madrid en las últimas horas. Que si el Prado y el Thyssen, que si mañana mismo visitaría el Reina Sofía —«Vas a flipar con el Guernica», le adelanté yo, porque es una de mis obras preferidas—, que si las tapas o el ambiente nocturno... Conversaciones que no nos llevaban a ningún sitio más que a pasar un rato agradable.

Aproveché que Hugh llamó a Chris para ausentarme e ir al baño.

Entré en el bar y aquel entorno me resultó familiar. Tenía las paredes pintadas con murales que recreaban playas de todo el mundo.

El turquesa envolvía aquel local en el que era imposible sentirse mal. La música que recordaba a unas vacaciones eternas y el azul intenso que lo impregnaba todo conferían al lugar un ambiente pausado. Era como volver a un sitio donde ya hubieras estado antes y a la vez te arrastraba lejos, a los rincones más paradisiacos del planeta.

Frente a la barra encontré la mexicana Playa Norte de Isla Mujeres, que se fusionaba con Ses Illetes, en Formentera. Continué hasta el fondo y vi que a la derecha se abría paso la cocina. A través de la mampara intuí la playa de Seven Miles y casi pude escuchar la música *reggae* desde este lado del cristal. Avancé

siguiendo las indicaciones que me había dado el camarero y bajo el rótulo de «privado» encontré una puerta con vistas a Baía do Sancho. La samba me hizo girar a la izquierda, donde al fin pude ver el camino hacia los servicios. Aquel pasillo recreaba la playa Flamenco, en la isla de Culebra. Las canciones de Residente me llevaron al baño de señoras, donde me sentí como una vecina más de la Calle 13.

A mi vuelta a la terraza retomamos la charla, aunque en este momento más profunda y con cruce de preguntas, como el día anterior en el AVE.

—Te noto triste. La mirada imagino que no engaña. No he querido preguntarte antes, pero tampoco lo quiero dejar pasar. ¿Cómo va tu abuela? ¿Cómo estáis en casa?

La pregunta era obligada, pero no por ello algo incómoda para Chris, que podía imaginar mi respuesta. Puso cara de circunstancias, mientras yo le ponía al día de los últimos acontecimientos.

—Bueno, pasó lo que tenía que pasar. Mi abuela nos dejó y nosotros intentamos sobrevivir a nuestras propias vidas.

Era la primera vez que verbalizaba su muerte fuera del ambiente familiar y sentí cómo me quemaban las palabras mientras salían de mi boca. Tenía un nudo en la garganta que me entrecortaba la voz.

—Lo siento mucho, Gala. —Me dio un abrazo y añadió lo que se dice en estos casos—: Es ley de vida. Es normal que estéis afectados, pero también esto pasará.

—¿También pasará lo de sobrevivirnos a nosotros mismos?

Aquello era una mezcla entre reflexión y pregunta retórica que Chris intentó responder como pudo.

—Eso ya es más complicado... Define *sobrevivir*.

—Aceptar nuestras mierdas como si fueran algo normal.

Mi tono era bravío, pero no contra Chris. Era rabia, que ya no podía contener y de la que le hacía partícipe como un acto de confianza y generosidad, aunque él no se percatase.

—Uf. No sé qué decir.

—No digas nada. Verás, las últimas horas han sido complicadas.

Además de la muerte de mi abuela, he descubierto algunas cuestiones de mi familia que me han dejado muy tocada.

—Bueno, el otro día ya me explicaste tu teoría de los secretos, eso de que todos tenemos algo que

esconder. Entonces ¿qué es lo que te ha sorprendido tanto?

Sus enormes ojos claros demandaban lo que estaba a punto de entregarle: mi historia.

—Es cierto que lo pensaba y ahora aún se ha reforzado más mi teoría, pero eso no significa que no me afecte. Descubrir que las personas a las que quieres no son como creías o tienen otra realidad distinta a la que tú te habías creado es difícil de digerir, pero bueno, supongo que eso también es ley de vida. Por cierto, me escribiste en un mensaje que tú también tenías un secreto que confesar. ¿A qué te referías?

—Era una excusa para volver a vernos. Sabía que así te crearía curiosidad —bromeó tratando de salir airoso del paso.

—A la vista está que lograste tu objetivo, así que ahora te toca contármelo. Confiesa y te invito a otra caña, que las dos primeras corrían de tu cuenta —sonreí.

—Tienes un gran poder de convicción, ¿lo sabías? Mi secreto no es algo de lo que me sienta muy orgulloso, pero al menos me sirvió para aprender. Te lo contaré, pero prométeme que no cambiará la opinión que tienes de mí.

—Prometido. Seguirá siendo igual... de buena —dije tras una pausa forzosísima para generar un falso drama.

—¿Recuerdas que te conté que lo había dejado con mi novia antes de lanzarme a mi año sabático? Pues bien, hubo un detonante que me llevó a tomar esa decisión. Verás, te contaré algo de Carol, así se llama mi exnovia. Es guapísima, graciosa, tiene un cuerpo atlético, y ya sabes que eso tiene mucho tirón en las redes sociales.

El caso es que, como ya te dije, entró en un bucle peligroso y obsesivo de colgar todo lo que hacía en cada momento. Aquello al principio me pareció divertido incluso a mí y sin darme cuenta me arrastró también a esa sobreexposición, y no sé ni cómo, empezamos a competir entre nosotros por el número de seguidores... Me da hasta vergüenza reconocerlo, pero era así. Nos convertimos en unos yonquis de los *likes*. Y también comenzaron los enfados. Me molestaba si Carol no marcaba «me gusta» en una foto mía, ella se cabreaba si yo empezaba a seguir a alguna chica guapa, nos peleábamos por los comentarios que escribíamos a otros. En fin, un lío tras otro.

—Da que pensar, es verdad. Es increíble cómo te puede sorber el seso tanta relación virtual. Al final estás más pendiente de ese mundo paralelo que del real.

—¡Exacto! —Chris levantó los brazos al cielo, como celebrando que nos entendiéramos—. Pero de eso me di cuenta después, cuando todo lo que hacíamos se había convertido en una amenaza para el otro. Era una esclavitud. Por tener que ofrecer siempre nuestra mejor versión con una imagen tan perfecta como distorsionada por los filtros. Y también por los celos que desataron.

Me obsesioné de tal forma que comencé a analizar los perfiles de todas las personas a las que Carol seguía y busqué las veces que habían interactuado con ella.

—Y no me digas más, tu investigación te llevó hasta un tipo que estaba más fuerte que el *wasabi*

—intenté bromear para rebajar la
tensión porque Chris parecía afectado.

—Algo así —reconoció—. Encontré a Ron, un jugador de rugby del que le gustaban todas sus poses. Sonriendo, marcando músculos, levantando la copa cuando ganaron un campeonato, lanzándose desde un acantilado... A Carol todo lo que hacía Ron le parecía digno de darle al «me gusta». Curiosamente, la Carol real empezó a interesarme cada vez menos, al tiempo que aumentaba mi fijación por sus movimientos en las redes.

—Pero ¿vosotros estabais bien juntos? Al margen de vuestra vida virtual, quiero decir.

Para aquel entonces ya me había perdido un poco en el relato de la vida en las redes. Mi exposición es mínima y me costaba entender aquella dependencia tan tóxica.

—Cada vez discutíamos más. Reconozco que yo tampoco se lo puse fácil. Estaba insoportable, irascible y muy celoso por su posible flirteo con Ron.

—¿Y no le preguntaste si tenía algo con él?

—Sí, una vez, y se enfadó muchísimo porque le pareció una ofensa. Así que no volví a sacar el tema, aunque cada vez me angustiaba más. Así estuve hasta que un día se dejó el ordenador encendido en casa con la sesión de WhatsApp abierta. Yo sabía que aquello no estaba bien, era su privacidad, pero a la vez lo veía como una oportunidad para salir de dudas y comprobar lo que tenía con Ron. Después de darle vueltas, de levantarme de la silla en dos ocasiones, de ir al baño, volver a la cocina para beber agua, al final, me senté de nuevo frente al portátil y revisé sus últimos mensajes.

Saltaba a la vista que se sentía culpable y, al verlo afectado, alargué la mano y le acaricié ligeramente el brazo.

—¿Encontraste alguna conversación comprometida con Ron? —

me atreví a preguntarle.

—No, ni siquiera lo tenía entre sus últimas conversaciones. Ahora dudo incluso de si tenía su número de teléfono.

Aquello me sorprendió tanto como a él no haber hallado lo que andaba buscando. No podía entender que no tuviera contacto con aquel tipo.

—¿Entonces? ¿Por qué lo dejaste? —planteé intrigada—. ¿Cuál fue el detonante?

—El detonante se llamaba Ian, un chaval a quien no seguía en las redes y del que yo ni había oído hablar. Leí los últimos mensajes que habían intercambiado y fue suficiente. Habían quedado varias veces y estaban enrollados. No sé si sería esporádico, ni siquiera sé si se volvieron a ver o si se han casado. Ya no me importa.

Aquella última frase de Chris sonó a sentencia condenatoria.

—Ya, entiendo. Te sentiste traicionado por ella. —Traté de ponerme en su lugar.

—Me sentí traicionado por ella y por mí. Lo dejé con Carol ese mismo día y a mí me prometí que nunca más me dejaría apisonar por la inseguridad de los celos.

Por primera vez desde que lo conocí aprecié en su mirada cierta amargura.

—Fueron días muy duros —continuó—. Nunca había sentido tanta rabia y frustración e hice algo de lo que me arrepentiré de por vida.

—No me asustes, Chris.

Tras tantas confesiones y de destapar tantos secretos, tuve la sensación de que ya no podría sorprenderme por nada. Me equivocaba.

—Unos días después de haber husmeado en los asuntos de Carol, era el cumpleaños de su hermana pequeña. Elisabeth me admiraba y me apreciaba mucho y me invitó a su fiesta. Después de

pensarlo me presenté en el club donde celebraban su mayoría de edad. Quería saber si Carol acudiría con ese tal Ian, a quien no le ponía cara, pero del que había leído conversaciones muy íntimas.

Llegué en un estado lamentable. Había bebido, aunque reconozco que todavía tenía noción de lo que hacía. Elisabeth se alegró mucho al verme aparecer, la felicité y comenzamos a tomar chupitos y bailar. La chica, que no estaba acostumbrada a beber, se puso muy borracha y yo... —Hizo una pausa con la que pretendía ocultar su vergüenza—. Me aproveché de la situación. La besé allí en medio, delante de todos. No paré hasta asegurarme de que Carol nos había visto. —Volvió a hacerse el silencio por unos segundos y añadió en tono de *mea culpa*—: Fue patético y dolorosísimo para las hermanas. Dejaron de hablarse durante un tiempo. En fin, lamentable mi actuación e imperdonable. Me arrepiento de lo que hice cada día, pero procuro sacarle el lado positivo... He aprendido.

Estoy convencido de que, pase lo que pase en el futuro, por muy mal que se porten conmigo, por más humillado que me pueda sentir, nunca volveré a actuar empujado únicamente por la venganza.

—

Me miró a los ojos, arqueó las cejas e intentó apartar el gesto de tristeza de su rostro—. Así que, aquí me tienes, sin novia y sin redes sociales —apostilló ya con su tono cordial habitual.

—Vaya, Chris. Qué valiente y qué radical.

Preferí centrarme en lo positivo. Y en parte lo admiraba por la lección aprendida después de haberse equivocado.

—Te confieso que me sentí fatal por su engaño, pero aún peor por mi mala conciencia. Cuando me

vi hurgando en sus cosas, en conversaciones privadas, en chats a los que no tenía derecho de admisión, me sentí como una mierda. No me reconocí y no quiero volver a pasar por algo así nunca. La persona que esté a mi lado no se lo merece ni yo tampoco.

Vida secreta 15

A finales de verano Madrid huele de manera especial. La ciudad todavía respira cierta calma a la espera de que los niños vuelvan a las clases lanzando sus risas inagotables al viento. Y con ellos llegan también los coches a las calles y las rutinas a las vidas de los adultos. Eso sucedería en breve, pero no en ese preciso momento.

Justo en esos días, cuando aún no han vuelto todos ni han terminado de irse otros, en Madrid se respira paz.

Y en ese limbo andábamos Chris y yo, desnudándonos uno frente al otro, aunque aún no nos diéramos cuenta.

Sus manos se movían en un baile articulado y adaptado a su discurso. Así, mientras me contaba su secreto y se sentía avergonzado por haber traicionado a su exnovia, se rascaba la nariz, se atusaba el pelo y todo indicaba que el mero recuerdo de aquel episodio lo violentaba.

—Tengo miedo —intervine—. Creo que no gestiono bien mis sentimientos o no sé. Algo debo de estar haciendo mal.

Cogí una servilleta y comencé a hacer trazos rápidos con los que trataba de calmar mis nervios.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Mírame cómo estoy. —Me señalé haciendo muecas y burlándome de mí misma.

—Yo te veo estupendamente.

Alargó el brazo y puso su mano sobre la mía. Comenzó a acariciarla. Desconozco el motivo, pero aquella situación, que desde

la mesa de al lado podría resultar perfecta, a mí me incomodaba. No sabía muy bien qué me pasaba. Chris me gustaba, era muy atractivo y su conversación me atrapaba, y, sin embargo, algo me impedía relajarme del todo.

—¿Sabes cómo se llama esto que te estoy haciendo? —La mano de Chris había ascendido por mi cuello y ahora me acariciaba el nacimiento del cabello en la nuca. Sentí un escalofrío.

—¿Cosquillas? —pregunté algo ruborizada.

—Negativo, señorita. La respuesta adecuada es *cafuné*. —

Parecía orgulloso—. De algo tiene que servir tener una madre experta en lenguas ibéricas. Creo que viene del portugués. ¿No es preciosa? Significa algo así como acariciar el cabello haciendo mimos.

—¡Me encanta! Es la primera vez que la escucho. Prometo utilizarla en el futuro y pensaré en ti.

Le sonreí, miré al frente y, de pronto, salí de dudas. Había estado allí todo el tiempo. Formaba parte del paisaje y ni siquiera me había dado cuenta. El torso de un hombre de espaldas abrazando a una chica sonriente que lo miraba como a todos nos gustaría que nos mirasen al menos una vez en la vida, con esa mezcla de admiración y deseo. Ese instante detenido en el tiempo en el que nada más importa. Solo esas dos personas que no pueden vivir la una sin la otra, al menos en ese momento exacto.

Era un grafiti enorme, cubría todo el lateral de una fachada y lo había tenido delante desde que llegué.

Mientras Chris me abrazaba y me decía que lamentaba la muerte de mi abuela, aquella pareja del mural había contemplado la escena. Nos habían visto mirarnos, conversar, recordar la ruptura de Chris. Todo lo habían presenciado y yo no me había dado cuenta.

Aquel grafiti, en realidad, eran los ojos de Hernán mirándome y recordándome que ya no estábamos juntos. Esa sensación de incomodidad inexplicable venía de aquella pintura enorme hecha con aerosoles que tanto me recordaba a él. Hernán había estado presente desde el principio de la charla, aunque yo no había sido consciente.

—Tengo miedo.

Repetí aquellas dos palabras teniendo ahora claro el motivo de mi sensación. Tragué saliva, me tomé unos segundos y finalmente me atreví a hacerle mi confesión.

—Tengo miedo a rehacer mi vida con alguien, a besar a otras personas. El otro día en el tren me atreví contigo porque no me diste opción, no tuve tiempo para pensármelo, estaba tan nerviosa por todo lo que estaba ocurriendo, lo de mi abuela y demás, que no supe reaccionar. —Hice otra breve pausa y continué—: Y hoy sigo teniendo miedo.

Chris me cogió de la mano, me sonrió y con un gesto amable me aportó toda la calma que pudo, que fue mucha.

—No tienes miedo de besar otras bocas, Gala. Tienes miedo de no volver a besar a tu exnovio. ¿Cómo se llamaba?

—Hernán.

—¿No lo ves? Sigues enamorada de él. Es mejor que lo asumas y seas consciente de ello.

Me quedé temblando. Aquellas palabras se me clavaron en el pecho como el acero. Eran una incisión fina y certera.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? —le cuestioné.

—Porque estoy a este lado y he visto tus ojos cuando me has hablado de él y ahí —dijo con calidez, posando su mano sobre mi corazón— sigue habiendo sentimientos. Yo ya estoy curtido —

añadió—. Me endurecí y ahora mis recuerdos son un bálsamo, ya

forman parte del pasado y los tengo enterrados. Los tuyos están todavía a flor de piel.

Volvió a acariciarme la mano.

—¿Lo ves? Tu piel es fina.

—Es posible que tengas razón —le reconocí tímidamente.

No sabía qué más decirle. Sus palabras habían dado en el blanco de mi inconsciente y me hicieron reflexionar. Desde que rompí con Hernán, me había empeñado en dejar que pasara el tiempo, sin más estrategia que no pensar en nosotros para no arrepentirme por no haber seguido peleando por lo nuestro. Decidí avanzar sin mirar atrás para no caer y recaer en idas y venidas de una relación que había sido tan especial para mí. Ahora, el golpe de realidad de Chris me había hecho enfrentarme de nuevo a mis sentimientos hacia Hernán.

—Mira, te diré algo. No creo que haya que regodearse en los recuerdos, pero tampoco puedes hacer como si algo no hubiera sucedido o no te importara. Si no te enfrentas a tus temores, los seguirás arrastrando. Yo tengo una teoría: «Piensa en el pasado solo cuando te traiga calma o placer». Esa es la clave. Cuando piensas en Hernán, ¿qué sientes?

—Su recuerdo me lleva siempre a algo positivo. Sí, supongo que me da placer, como dices, pero su ausencia me causa dolor.

—¿Y eso se lo has dicho a él?

—¿Estás loco? ¡Qué va! —exclamé—. Me llamó cuando lo dejamos e insistió hace unas semanas y ni siquiera pude hablar con él. Después me ha escrito un par de veces. Dice que me echa de menos y que no podemos dejarnos pasar.

Confieso que me puse nerviosa al reproducir en voz alta lo que Hernán me había escrito.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Nada.

—¿Nada? Es lógico que estés así. ¿Por qué no le dices lo que sientes? Las parejas tienen crisis, pasan por diferentes etapas. A veces es bueno discutir, replantárselo todo, dinamitarlo incluso y volver a nacer. Eso supone empezar de nuevo con el cariño consolidado y con la experiencia de lo aprendido.

—Es que tengo miedo —repetí, aferrándome a mi excusa—. Ya te lo he dicho antes.

—¿A qué coño tienes miedo?

Chris subía el tono para hacerme reaccionar y lo estaba consiguiendo.

—A sufrir.

A esas alturas apenas podía levantar la mirada del botellín de cerveza que tenía delante. Me invadía una mezcla de rabia y vergüenza por no haber sabido reaccionar emocionalmente a la ruptura con Hernán.

—Pero ya estás sufriendo, Gala —replicó Chris para dejármelo claro—. ¿No te ves? No has dejado de hacerlo. Así tampoco eres feliz. Estás bloqueada.

—Lo he pasado muy mal, he llorado mucho y he estado muy triste por él. Nunca pensé que pondríamos fin a nuestra historia. La separación me generó tanta desconfianza... Pensaba que entre Hernán y yo había algo indestructible, pero me equivoqué, se rompió. Al final hubo un final. Y después de aquello, ya no supe qué hacer. Simplemente lo dejé ir.

—Me parece muy bien, pero ahora te has dado cuenta de que lo quieres y lo echas de menos, ¿no?

—Bueno, eso sí, claro.

—¿Y por qué no se lo dices? Según me cuentas, él dio el paso.

Se acercó. Es probable que esté como estás tú. Debéis hablar, al

menos. Os merecéis eso. Y si al final no llegáis a un acuerdo, pasarás página, pero ya estarás tranquila porque lo habrás intentado.

La chica del grafiti continuaba mirándome sonriente. Es posible que ahora incluso con más descaro que un rato antes, cuando me había sentado en aquella terraza. La tarde se tornó distinta. Sentí una efervescencia hacia la boca del estómago, y sabía de lo que se trataba: era la inquietud provocada por las palabras de Chris. De repente mi cuerpo reaccionaba, se había destensado ligeramente para dejar paso a ese nerviosismo de una primera cita. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía tener ilusión por algo que había dado por finiquitado? ¿Tendría razón Chris? Quizá no estuviera tan muerta la relación, quizá me había empeñado en matarla por miedo a volver a fracasar, a seguir sufriendo.

Los nubarrones de mi mente comenzaron a divagar a sus anchas y decidí ponerles freno.

—Tú sabes mucho de emociones, ¿no?

—Quieres decir que sé demasiado —bromeó Chris—. Tuve que recurrir a una terapeuta cuando rompí con mi novia. Tenía muchas cuestiones que tratarme: la culpa, la mala conciencia, las inseguridades, el miedo a no conocer a nadie que encajara conmigo...

—¿Y te ayudó?

Cualquier consejo que pudiera salvarme de aquella condena autoimpuesta de bloqueo emocional me vendría bien.

—Me sirvió muchísimo. En primer lugar, a dejar de buscar a alguien y a encontrarme a mí mismo. Bueno, lo cierto es que pasó un tiempo. Hasta que llegó ese momento, salí mucho y di muchos tumbos. Pero al final terminé parando para reconducir la situación.

Yo tenía claro que no quería estar con ella. Me di cuenta de que no

estaba enamorado, no me gustaba la persona que tenía junto a mí, ni en la que yo me convertía a su lado. Por eso no le perdoné la infidelidad. En el fondo buscaba una excusa para dejarla. De eso me percaté después, cuando comprobé que no sufría tanto por ella como por mí mismo. Me costó algún tiempo reconstruirme, superar la vergüenza por mi venganza, pero aquí estoy. ¿Sabes lo que más recuerdo de aquellas sesiones de terapia?

—Te escucho tan atenta que estoy a punto de tomar notas y todo.

—Al principio acudía reticente y cerrado como una ostra, pero pronto llegó el desahogo. Lo solté todo y lloré. Lloré muchísimo, más de lo que nunca lo había hecho. Y entonces la psicóloga me dijo algo que no olvidaré jamás. Recuerdo que se llamaba Lauren. Era morena, de mediana edad y con algunas arrugas marcadas en su rostro que dibujaban una expresión agradable. «Mira, Chris —me dijo muy seria—: La vida depende de cómo te la tomes. Te van a venir bien dadas y mal dadas. Vas a reír y a llorar, como ahora. Y ya verás como todo pasa. Lo de antes y lo de ahora.»

»¿Sabes qué hago yo? Me lo tomo todo como un juego de *escape room*. La vida te va poniendo a prueba. Hay habitaciones de las que será más fácil salir que de otras. Algunas tendrán unas vistas maravillosas a arrecifes de coral y otras serán tan inhóspitas como una chabola a la intemperie. De todas tendrás que intentar salir. De las buenas y de las malas. Y digo salir porque la vida no se detiene, sigue avanzando y hay que ir cambiando de sala.

»Con esto te quiero decir algo que me repetía Lauren en todas las sesiones: “No importa los planes que tengas. La vida tiene otros para ti, así que más vale que los tomes como un reto y saques conclusiones positivas de todo lo que te ocurra”. Yo lo hice y desde entonces todo lo veo como un juego. Por eso quizá me atreví a hablarte y me lo pasé en grande en aquella sala de *escape* en el

AVE en la que charlamos y tomamos cervezas. Daba igual que no nos conociéramos de nada o que no nos fuéramos a volver a ver.

Me divertí en aquella habitación. Y el día que la vida me lleve a una habitación del pánico, a un hospital, a una enfermedad grave o a un accidente, lucharé para salir de ella. No hay más, Gala. Hay que jugar y seguir pasando pantallas.

Vida secreta 16

Cuando dejas de hacer pie ya no importa la profundidad del agua.

En el momento en el que no notas el fondo, ya no estás a salvo, todo es abismo e incertidumbre, llegan los miedos. Pero, al mismo tiempo, da igual lo hondo que esté. O te mantienes a flote o te hundes. No hay más opciones.

Chris tenía razón. Nuestros planes de futuro son vanos por más que nos empeñemos en tenerlo todo calculado. Siempre he querido anticiparme, atar bien cada mínimo detalle. He escrito el guion de mi vida pormenorizadamente y reconozco que los hechos nunca resultaron como los había imaginado, aunque al final fuera sucediendo lo que yo quería que ocurriera.

Con Hernán no había sido distinto. A pesar de que me dejé arrastrar por su huracán, siempre quise tener previstas las distintas posibilidades. De todo. ¿Seríamos compatibles en la convivencia?

¿Encajarían nuestras formas de ser? ¿Y nuestras familias?

¿Queríamos comprometernos y formar una familia? ¿Casarnos?

¿Querría él tener hijos? ¿Querría yo tener hijos con él?

La infinidad de derivadas agolpadas alborotaban mi mente y convertían mis pensamientos en un bucle del cuento de la lechera; yo sola me iba cargando sobre los hombros un peso que ni siquiera existía fuera de mi mente. Y, lo más importante, del que él era completamente ajeno.

Aquello, como comprobé después, no sirvió para nada salvo para angustiarme y perder el tiempo en lugar de dedicarme a lo que de

verdad importaba: vivir mi relación con Hernán. La real, no la inventada.

Por eso, cuando todo dinamitó y voló por los aires no podía creerlo. Entonces opté por no pensar, tan solo me concentré en resistir. Y, de vez en cuando, respiraba.

La chica del grafiti seguía sonriéndome, aunque por momentos parecía que se le congelaba la risa perfecta. Los trazos del enorme mural me trasladaron a aquel verano en Menorca, cuando Hernán dibujó mi rostro sobre un muro medio en ruinas junto a una iglesia abandonada. «El arte es efímero, pero tú serás eterna», me dijo muy serio cuando terminó de dar los últimos retoques. «Te ha quedado precioso —le respondí antes de aproximarme a esos labios carnosos que siempre me sabían a poco—, y mi retrato también», añadí jocosa.

Después le dije: «Hernán, nunca voy a dejar de quererte. Aunque algún día ya no te lo diga, aunque creas que ya me he olvidado de ti, siempre me acordaré de no olvidarte».

Aquella tarde hicimos el amor varias veces. En aquel paraíso improvisado, las ganas siempre ganaban y perdían siempre las pérdidas. Todo sumaba, todo era maravilloso. Nos queríamos.

Fuimos felices en aquella casita alquilada rodeada de vegetación mediterránea y con las chicharras bailándonos el agua durante las calurosas noches estivales. Sí, recuerdo con nitidez que en aquella isla fuimos felices.

—Chris, te lo agradezco mucho. Todo. Lo que me has dicho y tu comprensión. Y también que me hayas confiado tu secreto.

—No seas boba, anda. Lo he hecho porque me caes bien y, sobre todo, porque me he sentido cómodo para decírtelo; sin embargo, tienes razón en una cosa: confiar en las personas es peligroso. Le estás entregando la bala a alguien con un arma y

puede usarla, pero, aun así, creo que es mejor seguir confiando, aunque a veces nos pueda salir mal y el disparo nos pueda venir de vuelta.

—Yo también te entregué mi bala. Te correspondí con un beso. Y

más bien soy de hacer la cobra con facilidad.

—Es cierto, lo valoro y te lo agradezco. —Hizo una breve pausa y cambió el gesto, que ya no era tan sonriente. Aún amables, sus palabras sonaron algo más graves y a despedida—. Me ha encantado conocerte, «chica española». Espero que sigamos en contacto y que me vayas contando cómo discurre tu vida por los senderos de la felicidad. Eso es fundamental. No deberías desviarte del camino de baldosas amarillas que te lleve a ser feliz.

—Lo voy a intentar. Prometido. Y, eso, para mí, ya es un paso muy importante. Te lo aseguro.

Llegado ese momento no supe qué hacer. Me quedé cortada, algo avergonzada incluso, ante Chris, un desconocido que ya no lo era tanto. Él, como había hecho desde que lo vi por primera vez, me lo puso fácil y tomó la iniciativa. Se levantó de la silla y yo lo seguí.

Y de pie, en mitad de la plaza, nos abrazamos durante unos segundos. Fue un gesto sincero. Había cariño en aquel abrazo. Allí estábamos, un australiano y una española abrazados en el centro de Madrid, reflejo especular de esa otra pareja que nos vigilaba desde el mural del edificio de enfrente.

—Cuídate, Gala. Me ha encantado cruzarme contigo. —Me tocó la nariz con la punta del dedo y me besó suavemente.

—Somos aves de paso. En nuestro caso, literal. —Sonreí yo.

—Espero que nos volvamos a cruzar algún día.

Le di un beso en la mejilla y me alejé pensando en nada y en todo. Como siempre acostumbraba a hacer.

Vida secreta 17

Aquella noche dormí regular. Al llegar a casa me había encontrado a mis padres como si tal cosa, viendo la tele tumbados en el sofá y obviando el percance que habían tenido durante la comida.

Pensándolo bien, esa había sido en realidad la tónica de su vida: actuar como si nada, aunque hubiera pasado casi de todo.

Volví con ganas de apaciguar la tensión entre nosotros. Los saludé y les pregunté por la tía Julia.

—Está en su apartamento, ahora le ha dado por ver series de esas por internet. Nosotros preferimos la tele de siempre —me explicó mi madre, orgullosa de su postura conservadora ante las plataformas de pago.

—También nos gusta leer, aunque mejor en la cama —apostilló mi padre, para que no me olvidara de que él era un tipo instruido y cultivado.

Les di un beso de buenas noches y me fui a mi antigua habitación dudando si aquella vida que

habían elegido mis progenitores no sería menos mala de lo que yo siempre había juzgado. A pesar de sus riñas, ellos se entendían y es posible que incluso fueran felices así. Estoy convencida de que a ratos lo eran.

Mi dormitorio podría haber servido de localización para rodar alguna película de miedo: las cortinas a juego con un edredón cargado de bordados y puntillas, un tocador con un espejo iluminado y un juego de peines para cepillarme el cabello antes de ir a dormir.

Algo que nunca en mi vida he hecho muy a pesar de mi madre. El

estilo barroco era asfixiante, pero a la vez creaba una atmósfera de familiaridad. Imagino que como consecuencia de todos los años que me había acompañado. Recuerdo aquel mismo escenario desde mi preadolescencia. Mi única aportación había sido la cama. Me empeñé en que fuera articulada, me parecía el sùmmum de la modernidad poder elegir la inclinación de las piernas y del torso.

Aquel capricho injustificable solo lo utilicé la primera semana. El resto del tiempo, veinticinco años, la cama ha estado completamente horizontal, como en todos los hogares del planeta.

En realidad, le cogí ojeriza a mi novedosa adquisición cuando fui a ver al abuelo Fermín al hospital. Era mi primera vez en un centro de esas características y cuando vi aquella cama articulada me recordó demasiado a la mía. Cuando, además, días después, aquel 25 de septiembre, ocurrió lo que ocurrió en aquella habitación, todavía le cogí más manía a aquel catre del demonio que me acababan de comprar mis padres y que me trasladaba a la escena del crimen del abuelo.

Aquello nunca se lo pude contar a nadie. Oculté mi rechazo por aquella cama con el mismo ímpetu con el que guardé el secreto de lo que pasó en la habitación del hospital del abuelo.

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos le mandé un mensaje a Mauro para ver si desayunábamos, y media hora después, ya estábamos tomándonos un chocolate con porras como solíamos hacer los domingos cuando éramos niños.

—¿Qué tal llevas el día dos sin la abuela? ¿Ya estás mejor?

Nadie me conocía mejor que mi hermano e intuía que andaba revuelta.

—Sí, algo mejor. Todavía no me hago a la idea. La muerte de la abuela, la discusión entre papá y mamá, los secretos que nos han ocultado... No sé, estoy un poco descolocada. —Bajé la mirada con los ojos encharcados y me impuse como única misión remover el chocolate que me acababan de servir.

—Es normal que estés así. Y también es normal que guarden secretos. Todos lo hacemos. Mírame a mí. —Mauro alargó el brazo y me acarició ligeramente la mejilla.

—Te confieso que lo tuyo también me ha afectado. La verdad es que no me lo esperaba de ti. ¿Te puedo hacer una pregunta?

La mano que seguía sosteniendo la taza de chocolate comenzó a temblarme levemente. Aquella situación me incomodaba incluso a mí.

—Claro —respondió Mauro tratando de rebajar dramatismo a la escena—. Prometo que responderé con la verdad.

—¿No te sientes culpable?

La conexión que siempre habíamos tenido los hermanos seguía intacta entre nosotros y me atreví a lanzarle aquella pregunta que bien podría haberse interpretado como una acusación soterrada o un juicio de valor.

—Sí —reconoció él, y bajó la mirada mientras se removía en la silla—. A ratos, claro que me siento culpable, Gala. —Me miró a los ojos y añadió con voz firme—: No soy un psicópata, soy empático.

Siento culpa, sí.

—Ya, pero sigues con ellas. Llevas las dos historias en paralelo.

No sé. Engañas a tu mujer, que además está embarazada, y a tu...

bueno, a tu compañera de trabajo. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes mirarte en el espejo sin sentirte mal? ¿Cómo puedes mentir todo el tiempo a todo el mundo, incluso a Vilma? Es una niña, por Dios.

Por cómo me miró, él mismo se veía culpable de todos los cargos.

—Me siento como una mierda. Cada día me digo que va a ser el último que sostenga esta vida que es una estafa, pero no es tan fácil deshacer algo así, sobre todo deshacerse de las personas. Las mentiras van creciendo y no es sencillo desbaratarlo todo. La decepción sería terrible... No sé, supongo que soy un cobarde y al final termino optando por la huida hacia delante. Y así sigo.

—No es que quiera juzgarte, nunca me he visto en una situación como la tuya y no sé cómo actuaría. Imagino que enamorarte de alguien cuando ya tienes una vida en común y una familia es una gran putada.

Él aprovechó mi leve pausa para sacar el paquete de tabaco y se encendió un pitillo, claramente nervioso.

—Pero ¡Mauro! Tienes a una mujer engañada y a otra esperando, y es posible que también engañada si le has prometido que dejarás a tu esposa. ¡Menudo carajal has montado! No me cambiaría por ti.

Mi hermano dio una honda calada, como si buscara tiempo para revisar sus argumentos.

—Desde luego, no le desearía esto a nadie. Sé que decidir está en mi mano, y que debo hacerlo, pero no es tan fácil renunciar por completo a una de las partes.

—Aun así, me sigue llamando mucho la atención que puedas sobrellevar el cargo de conciencia.

A pesar del embrollo monumental en el que se había instalado Mauro y de la dificultad por encontrar la salida menos dolorosa, no podía quitarme de la cabeza la cuestión que siempre me había acompañado: el sentimiento de culpa.

—Te sorprenderías de lo que somos capaces de tolerar. Al principio me generaba mucha angustia, ahora lo llevo mejor. Nos

acostumbramos a todo, hermanita. Somos la hostia, sobre todo si hablamos de adaptación y de ser egoístas.

—Joder, Mauro, yo llevo años cargando con la culpa y no he conseguido liberarme de ella.

—¿Tú? ¿Qué has hecho? ¿Teñirte el pelo de rosa para fastidiar a tus padres? —El tono entre condescendiente y jocosos de Mauro intentaba aligerar la charla.

—No te lo tomes a guasa porque lleva toda la vida angustiándome.

—A ver, ¿qué es eso tan grave que cargas sobre tu conciencia?

—Ay, es que me cuesta mucho expresarlo, pero ya que estamos de confesiones y tú me has contado tu secreto, te voy a revelar el mío. Lo guardo desde que era una niña, en concreto —hice una pausa para tragar saliva— desde que maté al abuelo cuando estaba en el hospital.

—¿Qué coño dices? —preguntó con cara de incredulidad mientras apagaba el cigarrillo recién encendido en el agua del cenicero que había sobre la mesa.

—Lo que oyes. El día que murió el abuelo escuché al equipo médico decirle a papá que Fermín estaba muy débil y que habría que tomar decisiones en las «próximas horas». Aquel doctor le dijo algo de «decisiones importantes». Cuando salieron de la habitación, me quedé a solas con el abuelo. Recuerdo que estaba rodeado de máquinas y cables. Me acerqué a darle un beso de despedida en la mejilla, justo al lado del respirador de oxígeno que le encajaba en los orificios de la nariz. Tropecé con algo, una de esas máquinas o el cableado, no lo recuerdo bien. Sonó un pitido y luego llegó el silencio. Algo se desconectó y aquella misma madrugada el abuelo murió. Fui yo quien lo hizo, Mauro. Yo lo maté. Sin querer, pero lo hice.

—¿En serio ese es tu mayor secreto, el que te lleva angustiando veinticinco años? —Mi hermano no daba crédito a mi relato y sacó a relucir su faceta de médico—: Gala, el abuelo murió de una parada cardiorrespiratoria. Tu cabeza de ocho añitos creyó que al soltarle el tubo del oxígeno o el gotero con la medicación lo habías matado.

Pues no. La muerte de Fermín fue por causas naturales dentro de su proceso degenerativo asociado a la demencia senil y a la trombosis que le había causado la hemiplejía.

—¿Me estás diciendo que el abuelo no murió porque alguien lo había desconectado?

Estaba en *shock*. No sabía si reír o llorar. Si alegrarme porque acababa de liberarme de una carga

horrible sobre mi conciencia o enfadarme conmigo por ilusa y por no haberlo preguntado antes.

—Pero ¿qué tipo de película tienes en la cabeza, hermanita? El abuelo no estaba conectado a ninguna máquina que lo mantuviera con vida. Así que nadie pudo matarlo por desconectar algún cable.

Olvídate. Tu secreto mejor guardado ha resultado ser un fraude.

Bueno, pensándolo bien, no lo es tanto. Lo cierto es que hay motivos para no contarlo para preservar tu dignidad.

Mauro sonrió al ver cómo se desmoronaba mi gran verdad escondida.

—¿Sabes lo que es un secreto inconfesable? ¿Algo que te angustia día y noche y que te hace sentirte un fraude sin paliativos?

Yo te lo puedo ofrecer. Mi secreto es mucho más gordo que tus delirios de grandeza como asesina. ¿Quieres saber lo que es sostener la culpa sin que nadie pueda enterarse? Es decir, ¿que nadie, absolutamente nadie puede conocer tu realidad?

—Ya lo sé, Mauro. Tu doble vida debe de angustiarte mucho.

—No me refiero solo a eso. Estoy enamorado, sí. Lo reconozco.

He engañado a mi mujer, a mi hija, a todo el mundo. A ratos incluso

me engaño a mí mismo, pero eso no es lo peor de todo. Lo peor es sentirme mal por amar. Lo malo del amor no es solo cuando se acaba, ni siquiera cuando no eres correspondido, lo peor es cuando lo tienes que esconder, cuando te sientes frustrado por no poder controlar tus sentimientos. ¡Como si eso fuera posible! Como si el fuego pudiera elegir no quemar o el agua no mojarnos.

—Ya, te entiendo. Por eso tienes que tomar una decisión y serás libre, Mauro.

Mi hermano resopló y negó con la cabeza, antes de mirarme a los ojos y decirme, muy serio:

—Estoy enamorado de un hombre, Gala. Tu hermano perfecto ha resultado ser un completo desastre y, además, gay.

Vida secreta 18

Siempre era el miedo. Un miedo recurrente y cambiante como mis temores. Se representaba ante mí como un monstruo deforme con grandes fauces y la mirada perdida en mi destino incierto.

Miedo a si me querría tanto como yo lo amaba a él, si estaría siempre a mi lado. Miedo a que se enamorara de otra persona y me dejara. Miedo a que descubriera mis miedos.

Siempre era el miedo.

Cuando discutíamos, ese monstruo de tres cabezas se despertaba con mayor fiereza. Mi

animadversión al conflicto hacía que se me tambalearan los cimientos de mi estabilidad. Pero eso no era lo peor. Lo peor de discutir era todo lo que se desencadenaba después en mi cabeza. Allí dentro, un algoritmo complejo de nuestras posibilidades como pareja cobraba protagonismo, tomaba los mandos y me manipulaba a su antojo.

Mi futuro en manos del miedo y mis pensamientos atascados en la boca del lobo.

¿Cómo íbamos a ser capaces de formar una familia si no éramos capaces de ponernos de acuerdo en qué hacer en vacaciones?

¿Qué pasaría después? ¿Cómo no íbamos a discutir por cosas realmente importantes si ahora reñíamos por estupideces la mayor parte del tiempo?

Mi capacidad para ahondar en el drama —por poco probable que fuera— podía cabalgar a ritmo de vértigo en momentos así.

—¿Qué ocurriría si alguna vez cayera enferma? Si necesitara su ayuda, ¿le encontraría leal junto a mí o se cansaría de una vida de sacrificio a mi lado?

—Y tú —me interrumpió la tía Julia, a la que fui a ver tras mi desayuno con Mauro, para despedirme antes de volver a Barcelona

—, ¿cómo reaccionarías? ¿Acaso lo sabes? Para esa cabecita, por Dios. Mira, Gala. Deja de elucubrar y comienza a sentir. El único miedo que debes tener es el de la falta de sentimientos. Si no hay amor, estás muerto. La pareja está muerta. Y tú habrás muerto un poco también. De esa situación habrá que salir y recomponerse, pero si la pareja no está muerta...

—¿Y cómo sabes si está muerta?

—Tranquila, lo sabrás, siempre se sabe. Cada uno sabe sus recovecos y se conoce mejor que nadie.

—Entonces ¿es suficiente con quererse?

—¿Te parece poco? De todos modos, eso has de preguntártelo a ti misma. ¿Es suficiente para ti? El único límite que no hay que rebasar es el del respeto. Hacia ti misma y hacia la otra persona. De hecho, yo creo que mantener discusiones de pareja es incluso saludable porque nos hacen reflexionar y nos provocan cambios de actitudes que creíamos inamovibles. Lo que es inadmisibles es el chantaje emocional y las faltas de respeto. Por ahí no deberíamos pasar nunca porque todo se desvirtúa. Sostener una relación insana disfrazada de amor es un cáncer para nuestras emociones y para la propia pareja.

—Es que no sé cómo apartar los miedos de mi cabeza. Por un lado, me aterra la idea de comprometerme demasiado y, al mismo tiempo, temo haber dejado pasar a Hernán y haberlo perdido para siempre. No sé cómo explicarlo. Tengo miedo a todas las opciones.

—Eso lo sentimos todos, cariño. ¿Acaso alguien sabe lo que nos va a deparar la vida? Por eso lo mejor es no hacer demasiados planes y no arrepentirse. Hay que mirar atrás solo para aprender.

—
Aquellas palabras me recordaron a las que me había dicho Chris en la plaza frente al grafiti la tarde anterior—. Si estamos dándole vueltas a todo hacia delante y hacia atrás conseguiremos transformar un pasado que ya no existe e inventarnos un futuro que no sabemos si va a ocurrir. ¿No crees que es mejor centrarse en el presente?

—Tienes razón, tía —claudiqué una vez más ante sus razonamientos demoledores—. ¿Tú nunca te has arrepentido de nada?

—Claro que sí —reconoció sincera—, de muchísimas cosas, pero he aprendido a no mortificarme por ello. Seguramente hoy, ahora que sé cómo ha resultado mi vida, haría las cosas de manera distinta, pero no quiero más tormentos. Y cuando me surgen, bebo.

—Pero... —Hice una pausa para darme la oportunidad de callarme y ser prudente. Sin embargo, no pude mantenerle el pulso al silencio—. Pero, tía —agaché la cabeza intentando evitar que aquellos ojos que tanto habían llorado tuvieran que encontrarse de frente con los míos—, tú bebes todos los días.

—Así es, cariño. —Y buscando nuestro cruce de miradas, dijo firme—: Pues ata cabos, Gala... Aprende y sé consecuente. Analiza tus sentimientos y no pienses, actúa.

Vida secreta 19

El dolor me azotaba con toda la virulencia que mi cuerpo podía soportar. Al menos, con toda la que hasta entonces había resistido en mi vida. Aquellas descargas eléctricas me hacían estremecer y en algunas ocasiones desencadenaban sudores fríos y unas lágrimas que brotaban con tanta rabia como aprensión. Yo encajaba la mandíbula y apretaba los dientes intentando contrarrestar las sacudidas de un cólico nefrítico agudo que ninguna postura ni ningún fármaco podían aliviar.

En aquella ocasión sentí el dolor más fuerte que jamás antes había sentido. Y aun así, me pareció liviano comparado con los días posteriores a haberlo dejado con Hernán.

Perdí el apetito y en la boca del estómago se instaló una peonza que no dejaba de retorcerse y bailarle el agua a la angustia durante todo el día. Era una sensación constante y me impedía estar tranquila en algún lugar, en algún momento. No había forma de calmar aquello ni de amansar la fiera que rugía en mi interior. Ni tumbada en la cama, ni sentada en el sofá ni saliendo a caminar. Ni siquiera los paseos por la playa a la que me escapé unos días aliviaban aquella pena. Era como andar con zapatos con suelas de cemento. Los hombros hundidos, el esternón dolorido y la mirada perdida en unos recuerdos que no daba crédito a que ya solo hacían daño.

¿Cómo era posible? ¿Cómo habíamos llegado a este punto? Nos dijimos que estaríamos siempre juntos: para todo y para siempre. Y,

allí estábamos, separados por un mar de dudas revueltas sin ganancias de pescadores.

Porque entre Hernán y yo, al parecer, ya estaba todo el pescado vendido. Ya habíamos discutido todo lo que había que discutir, ya habíamos intentado arreglar lo nuestro con la misma suerte que

una ruleta rusa con las seis balas en el tambor.

Y yo, mientras tanto, sentía emerger aquella tristeza sin alivio ni descanso. La pena llegaba acompañada por un dolor inconsolable que anegaba mi ser, como si mis compuertas se hubieran rendido ante la fortaleza de aquel torrente que arrasaba con todo a su paso.

Yo me resistía a estar triste y derrotada y luchaba contra ese pesar, pero a la vez me regodeaba en los vericuetos de la aflicción porque tampoco quería que pasara el tiempo si eso suponía alejarnos más.

Porque cuantos más días transcurriesen, más nos alejaríamos de la última vez que nuestros alientos se habían rozado.

El susurro de nuestras respiraciones enfrentadas siempre había sido letal. Desde el principio, desde aquella primera noche en la que sacamos el deseo y nuestras lenguas a bailar.

Tres años después, la atracción seguía intacta. Sus manos rozando la comisura de mis labios antes de pasar la lengua por el borde. Mis manos acariciando su cuello, subiendo por la nuca hasta alcanzar su boca, que entonces era mía. Me gustaba pensar eso, que aquellos labios nadie más que yo podía besarlos. Y, ahora, Hernán volaba libre. Y mis miedos y mi dolor también.

Aquellos días se convirtieron en una condena.

Tenía las pestañas amontonadas. Se las intuía fuertes, densas, pobladas y tan negras como el ónix que le resaltaban el color miel

de su mirada, que quedaba delineada por unos ojos rasgados como almendras. Las cejas enmarcaban su rostro armonioso con una boca que parecía haber sido dibujada a conciencia. La nariz ligeramente curvada le otorgaba personalidad, pero sin llamar demasiado la atención, y delimitaba un perfil que habría sido capaz de reconocer en cualquier sombra que proyectase su cuerpo.

Conocía las curvas de Hernán como si lo hubiera diseñado yo misma. Al final del cuello se le formaba una pequeña hendidura que anunciaba el cruce con la clavícula y el comienzo de los hombros.

En el lado derecho, junto a ese hueco imperceptible para la gran mayoría, tenía un lunar doble. Sobre una diminuta peca le había nacido un lunar que le aportaba relieve y distinción. Era una marca única y le pertenecía a él. Y un poco a mí también.

No había mayor disfrute que disfrutarle. Me encantaba acariciarle esa zona, desde la parte trasera de la oreja, deslizar los dedos por el cuello hasta terminar en ese recoveco decorado por aquel punto negro: mi lunar favorito del mundo.

Tenía los brazos torneados como el torso. A pesar de ser de complexión delgada, su figura dejaba entrever una musculatura firme. Era fascinante recorrerle aunque fuera únicamente con la mirada y descubrir los mil detalles que su cuerpo iba desvelando poco a poco, día tras día, ante mis ojos. Allí estaban esperando a que yo los detectase.

Y luego estaba su boca, a la que siempre quería volver. Y sus manos rematadas por unos dedos fuertes y a la vez delicados capaces de hacerme estremecer con su tacto.

Porque lo nuestro era un asunto de piel. Tan simple y tan complejo al mismo tiempo. La química de los cuerpos al entrar en contacto con las emociones.

Imagino que cuando ocurre el milagro del amor, unido al deseo y la pasión, irremediablemente habla el desvelo y calla todo demás.

Echo de menos incluso lo que antes echaba de más. Sus descuidos.

Hernán era, es —supongo que no lo habrá corregido— muy despistado. Nunca se acordaba de nuestros aniversarios y yo lo recordaba todo. El día y la hora de nuestra vez primera. El encuentro, el primer beso, el día que nos conocimos, la primera vez de nuestra primera vez.

A mí me gustaba celebrar todo lo que nos rodeaba. Y a él también, pero nunca se acordaba con suficiente antelación de las fechas para planear algo. Sin embargo, ser desmemoriado era muy útil en los enfados. Al rato de discutir, por más que hubiera sido él quien se hubiera molestado, ya no recordaba el motivo ni encontraba excusa alguna para seguir cabreado.

Tener mala memoria es un seguro de vida. Evitas el rencor y que los recuerdos se enquisten.

Así que ahora, varios meses después de nuestra despedida, me habría lanzado al olvido, esta vez voluntariamente, como yo me lamentaba ante la tía Julia, las dos charlando frente a frente al lado de la piscina.

—O no, Gala. ¿No dices que te ha llamado y escrito varias veces en este tiempo?

—Así es. Quería que quedásemos para hablar e intentar arreglar lo nuestro. Me pidió una segunda oportunidad, pero no le contesté.

Estaba tan dolida que no fui capaz de responderle a aquello. Me pedía audiencia como se le pide a un papa, cuando él mismo me había apartado. No sé. No lo entendí. Tampoco lo entiendo ahora.

—Pero, cariño, las personas nos equivocamos y aprendemos de nuestros errores. ¿No has pensado en esa posibilidad?

—¿Y si nuestro mayor error es estar juntos?

—¿Y si el error es separarse?

Y en esa frase de la tía Julia me ausenté como tantas veces había hecho conmigo Hernán. Se iba a su mundo, en medio de una conversación, mientras ojeaba el móvil o veía la tele. El artista cogía sus espráis y se dedicaba a colorear su realidad paralela de pensamientos que brotaban en su interior sin orden ni concierto.

—Gala, vuelve. —La tía Julia reclamaba también mi atención para hacerme reflexionar—. Te voy a hacer una pregunta, pero me tienes que responder sin pensarlo demasiado. Di simplemente lo

que sientas. ¿Prometido?

—Jurado, como diría la abuela.

—Si pudieras elegir un momento de tu vida, si pudieras desplazarte ahora mismo hasta ese punto, no antes ni después, justo a ese instante, ¿qué momento elegirías?

—Mmmmm. No sé, es muy difícil responder.

—Te he dicho que no pienses, solo dime lo que sientes. ¿Qué quieres?

—Quiero eso.

—¿El qué?

—Lo que te conté... —acerté a decir tímidamente.

—Ya no me acuerdo, explícate —dijo la Julia más asertiva.

—Volvería al momento en el que Hernán me agarró por la cintura y, sin dejarme alternativa, me besó.

—¿Eso quieres, Gala?

—Sí. Quiero repetir ese primer beso como si fuera el último todos los días de mi vida.

Vida secreta 20

Las rayas de la camisa de manga corta no combinaban con los pantalones de pernera ancha. En los pies, unas sandalias que parecían cómodas, algo que sospecho que era la única cualidad indispensable en la vestimenta de aquel señor. Con las piernas cruzadas, tumbado sobre el asiento algo reclinado, iba leyendo un libro con las páginas ya amarillentas y la letra ofensivamente diminuta. Desde mi asiento, ubicado en su diagonal, no podía leer el título, pero tenía pinta de ser un clásico, como lo era aquel hombre.

A su lado iba sentada su mujer, que con gesto sonriente le dirigía la palabra lo justo, pero siempre en tono cálido. El señor sonreía apenas ante los comentarios de su esposa y cuando hablaba meneaba el delgado bigote plagado de canas.

Estaba claro, era una pareja feliz. Viajaban en el AVE de Madrid a Barcelona —como hacía yo, de vuelta a casa después de aquel viaje relámpago que había cambiado mi forma de ver la vida—. Ellos lo hacían juntos y parecían disfrutar del trayecto de su vida.

Observándolos de lejos, como siempre hacemos cuando somos meros espectadores, nadie diría que podían tener algún problema más allá de los achaques propios de la edad.

Él ojeaba su reloj dorado de cadena y se servía agua con la calma que da la felicidad. De repente le ofreció el vaso a su vecino de pasillo. Iba sentado en la plaza individual, justo delante de mí, por eso no lo había visto. Miré su reflejo por el cristal y allí estaba.

Era un hombre en los cuarenta y tantos con algún tipo de retraso

mental. Iba haciendo crucigramas que tenía que pegarse a las gafas porque apenas podía leer. Cogió el agua que le ofrecían y le dijo:

—Ya casi lo tengo.

Los padres —di por hecho que lo eran— sonrieron.

¿Cómo era posible que aquella pareja estuviese feliz con una situación así? ¿No les daría pena? Y cuando ellos faltaran, ¿qué haría su hijo? ¿No sentirían rabia o frustración por haber tenido mala suerte en la vida?

Mientras mis pensamientos deambulaban a sus anchas taladrando mi mente e intentando encontrar salida a los tormentos ajenos que seguramente no existían más que en mi cabeza, el señor se levantó para ir al baño y en mi ángulo de visión quedaron al descubierto las manos de su esposa.

Ella continuaba sentada, iba leyendo un libro de Viktor Frankl: *El hombre en busca de sentido*. Con una caligrafía propia de su edad, casi todo en mayúsculas, incluía notas que iba escribiendo a medida que avanzaba las páginas de su lectura.

El sentido de la vida... Encontrarse a uno mismo... Resiliencia...

Ego *versus* elegancia...

Aquellas anotaciones eran propias de una sesión de psicoterapia y no de una pasajera de la tercera edad subida en un tren de alta velocidad.

Aquella señora mayor que hacía unos segundos me había dado pena estaba leyendo las vivencias de un psiquiatra austriaco judío que había estado en un campo de exterminio. El bofetón de realidad que me dio esa mujer resonó en toda Europa. Y la lección que recibí tampoco la olvidaré: aquella señora seguía luchando y buscándole el sentido a la vida, interesándose por aprender, por buscar otras perspectivas, por intentar ser feliz.

Quizá esa sea la solución del misterio o el truco, si es que lo hay; que nos pueden robar todo, incluso la libertad, pero no nos pueden arrebatar la actitud ante la vida, nuestra elección ante las adversidades.

Me quedé adormilada con aquella idea rondándome.

Al llegar a Barcelona, con la mochila en la espalda y la vista puesta en la ciudad que me acogía con sol, de nuevo me vino a la mente Hernán. Me senté en un banco mientras decidía si caminaría un rato o tomaría un taxi para volver a casa. Y mientras decidía, mis pensamientos continuaban a lo suyo sin pedirme permiso.

Hernán y yo lo tuvimos delante, lo acariciamos con la yema de los dedos. Estuvimos a un paso, que ya no sabía si daríamos algún día.

«¿Y si a lo que tuve miedo realmente era a que saliera bien?», me pregunté.

«No me lo puedo permitir», me decía una voz interna que cada vez me hablaba más fuerte.

«Puedo soportar el fracaso pero no el hecho de tener miedo», eso me dije antes de atreverme a coger el móvil y marcar su número de teléfono.

Al otro lado escuché al mismo Hernán de siempre, su voz sonaba cálida e ilusionada por mi llamada. Los nervios me hicieron hablar con premura, pero también con toda la valentía que me habían aportado esos días en Madrid.

Tras unos minutos de charla intrascendente, en la que volvimos a mostrarnos tímidos como al principio, me atreví a hacerlo. Me sinceré.

—Lo intenté con todas mis fuerzas, Hernán, pero no he sabido hacerlo.

—¿El qué, Gala?

—Olvidarte.

La vida desnuda

Mónica Carril o

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la cubierta, Carnation (R)evolution © Luisa Azevedo

© Mónica Carril o, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

ISBN: 978-84-08-22727-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Encuentra aquí tu próxima

lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [Premio Azorín de Novela 2020](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Cita](#)
- [Mi vida](#)
 - [Vida 1](#)
 - [Vida 2](#)
 - [Vida 3](#)
 - [Vida 4](#)
 - [Vida 5](#)
 - [Vida 6](#)
 - [Vida 7](#)
 - [Vida 8](#)
 - [Vida 9](#)
 - [Vida 10](#)
 - [Vida 11](#)
- [Mi vida privada](#)
 - [Vida privada 1](#)
 - [Vida privada 2](#)
 - [Vida privada 3](#)
 - [Vida privada 4](#)
 - [Vida privada 5](#)
 - [Vida privada 6](#)
 - [Vida privada 7](#)
 - [Vida privada 8](#)
 - [Vida privada 9](#)
 - [Vida privada 10](#)
 - [Vida privada 11](#)
 - [Vida privada 12](#)
 - [Vida privada 13](#)
 - [Vida privada 14](#)
 - [Vida privada 15](#)
 - [Vida privada 16](#)
- [Mi vida secreta](#)
 - [Vida secreta 1](#)
 - [Vida secreta 2](#)
 - [Vida secreta 3](#)
 - [Vida secreta 4](#)
 - [Vida secreta 5](#)
 - [Vida secreta 6](#)
 - [Vida secreta 7](#)

- [Vida secreta 8](#)
- [Vida secreta 9](#)
- [Vida secreta 10](#)
- [Vida secreta 11](#)
- [Vida secreta 12](#)
- [Vida secreta 13](#)
- [Vida secreta 14](#)
- [Vida secreta 15](#)
- [Vida secreta 16](#)
- [Vida secreta 17](#)
- [Vida secreta 18](#)
- [Vida secreta 19](#)
- [Vida secreta 20](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)